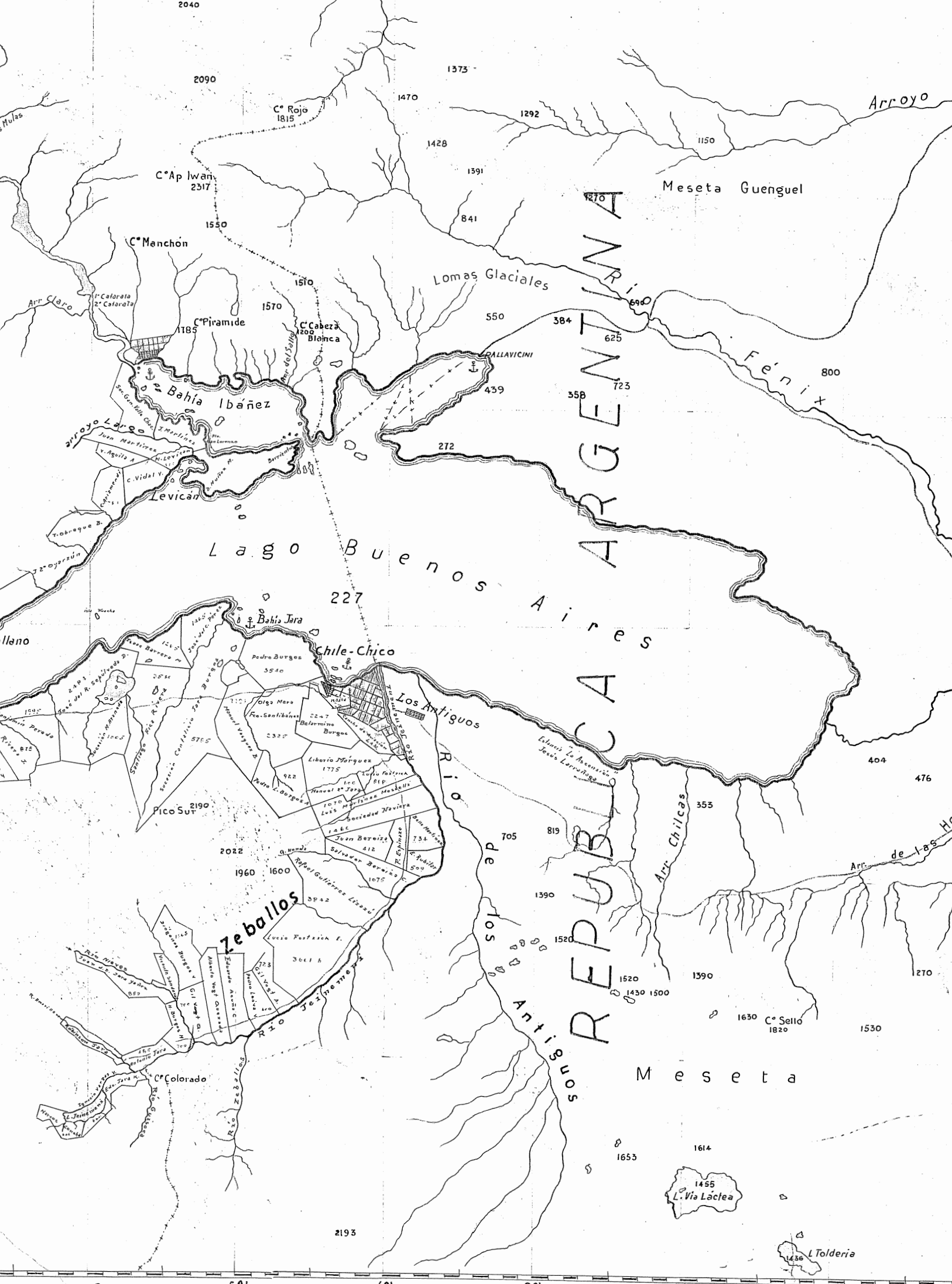


BÁRBARA COSMELLI PEREIRA

Del mundo al sur
Aysén

ATILIO COSMELLI ESTEVA
LUZ PEREIRA LYON





2090

1375

C° Rojo
1815

1470

1292

Arroyo

Meseta Guenguel

C° Ap Iwan
2317

1428

1591

1270

C° Manchón

841

Lomas Glaciales

1550

550

1570

384

C° Piramide

625

C° Cabeza Blanca

723

Bahía Ibañez

DALLAVICINI

800

Arroyo Largo

Lago Buenos Aires

439

358

Bahía Jara

227

Chile-Chico

Los Antiguos

404

llano

Pico Sur

2190

476

2022

1960

1600

Zeballos

Rio de los Andes

705

819

Arroyo Chilcas

355

Arroyo de las H

1390

1520

1520

1430

1500

1270

Meseta

C° Sello
1820

1530

1653

1614

L. Via Láctea

2193

L. Tolderia

Bárbara Cosmelli Pereira

Mapa de la Sociedad Naviera Chile Chico
Dibujado por Atilio Cosmelli Esteva que muestra la
ubicación de las familias de pobladores alrededor del lago.

Diseño: Gracia Vial Cosmelli
Edición de textos: Jacqueline Hott Dagorret

Primera edición: diciembre 2014
Segunda edición: julio 2024

Del mundo al sur
Aysén

ATILIO COSMELLI ESTEVA - LUZ PEREIRA LYON

PRÓLOGO

El verano de 1952 yo tenía veinte días cuando mis padres me llevaron a Chile Chico, pueblo donde vivían desde 1945, año en que se casaron. Yo era la quinta de ocho hermanos. Me precedían León, Pilar, Carolina y Luz. Debo haber abierto ojos y oídos bien grandes porque grabé tantos detalles que aún tengo nítidos en la memoria. Algo que también me ayuda a recordar es la enorme cantidad de fotos que mi papá sacaba.

Ahora que ya he recorrido mi propio camino, puedo ver que fue un tiempo de realización y comunión entre mis padres en el ciclo de sus vidas. Con este libro he querido transmitir lo que vivimos, mucho de lo que les oí, también lo que leí entre líneas en los diarios de la mamá y en otros papeles. Comencé la tarea de juntar estos recuerdos y documentos de la época para reconstituir la historia de la familia, los Cosmelli Pereira, que es especial, por el hecho de haber vivido en Aysén en aquellos años en que la región se estaba recién colonizando y conectando con el resto de Chile. Por último, quiero agregar que la ayuda y el compromiso de mi hermana Gati fueron fundamentales para concretar esta tarea.

Escribir este libro ha sido algo así como pintar un cuadro impresionista a través de pinceladas sueltas, que miradas desde cerca pueden parecer inconexas pero que observadas a mayor distancia me permiten transmitir el ambiente de la época, el estilo de vida, los caracteres y personalidades que hicieron de Atilio Cosmelli y Luz Pereira una pareja cuya existencia es digna de ser contada y conocida. Se dice que la infancia es la mitad de la vida, porque es un tiempo que corre separado del reloj, para mi fue larga e intensa.

Todos los hermanos recordamos nuestra infancia en Aysén como un tesoro. Fuimos ricos en silencio, en paisajes, en tiempo. Teníamos que entretenernos y solucionar los problemas, grandes o pequeños, únicamente usando nuestra imaginación. Allá están las raíces que nos hacen vivir aún hoy con un pie y parte de nuestros trabajos en esas queridas tierras.

Bárbara Cosmelli Pereira
Santiago, diciembre de 2014

INFANCIA Y JUVENTUD DEL PAPÁ



Familia Cosmelli Esteva.

De pie están Elena, Fernando, Isabel, Raquel, Atilio y Juan; sentados Ester María (Uca), Atilio, Mami Rosa, Inés y en el suelo, Marta.

La infancia de Atilio Cosmelli Esteva, mi padre, transcurrió entre Viña del Mar y Quintero, pueblo de la costa al que se accedía en pequeñas embarcaciones o por la gran playa de Ritoque durante la marea baja. Rosa Esteva, su madre mallorquina, se casó muy joven en Mallorca, España, con un aventurero, mitad chileno y mitad italiano, el abuelo Atilio Cosmelli Zapata, al que solo conocemos en alguna lejana foto. Allí nació parte de la prole numerosa: Rosita, Fernando, Isabel, Helena, Raquel. Luego, atraídos por la ilusión de un negocio hotelero, esta joven familia se vino a Chile, donde nacieron Atilio, Juan, Ester, Inés y Marta. Mi papá llegó al mundo el 2 de septiembre de 1914 en Viña del Mar.

Soñador, el abuelo proyectaba construir un hotel e iluminar Quintero, para lo cual encargó a Europa materiales caros que nunca llegaron. Sin embargo, aún existe el hotel Mónaco, que fue su primera empresa. En ese pequeño balneario de la Quinta Región, que en ese tiempo era un buen puerto con una moderna base aérea para hidroaviones, la vida para los hijos alternó entre el colegio, ayudar a la mamá, y jugar. Mi papá recordaba con cariño ese tiempo de muchos amigos, en especial a Osvaldo Acosta, con quien tenía parentesco. Se dejaron de ver por muchos años y el reencuentro en la adultez permitió volver a estrechar lazos. De viejos se encerraban horas a conversar, pienso que tenían sus historias.

La vida de mis abuelos paternos fue muy difícil, tanto que no vieron otra vía que la separación del matrimonio. La Mami, como le decíamos a la abuelita Rosa, tiene que haber estado cansada de todo, del fracaso de los planes primeros, de batallar para dar estabilidad a tantos hijos y sobre todo de la profunda y dolorosa desavenencia con su marido. Creo que además sufría por estar lejos de una patria que añoraba, de las tradiciones de siglos, de las casonas de piedra, de su clan, los Esteva Cannet, numerosa familia que sin duda la motivaba a regresar a Mallorca. Ellos la apoyarían pues tenían buena situación. A la abuelita Rosa también le preocupaban las hijas que estaban en edad de encontrar marido. De hecho, la mayor se había casado en Chile con un marino, pero por una misteriosa enfermedad Rosita, su hija mayor, murió al poco tiempo. Esa fue otra puñalada en el corazón de mi abuela y la empujó a concretar el regreso de todos a España, hacia donde partieron en 1928. Poco después, mi abuelo se fue a Madrid aunque siempre estuvo en contacto con la familia. Murió cuidado por una de sus hijas, con la que vivió. Su tumba está en el Cementerio de La Almudena, en Madrid.

La Mami Rosa era una mujer difícil de derrotar. Cocinaba ricos platos mallorquines, tejía, bordaba las iniciales en cada uno de los pañuelos de sus hijos, y se las ingenió para sobrevivir y mantener a esa tremenda familia.

Contaba mi padre que la vida en Mallorca era bajar y subir callecitas, lomas y senderos. Caminaba con sus hermanos de un pueblo a otro por atajos, observaba las ovejas pastando, los almendros y olivos ordenados en terrazas de cultivo, las ancianas vestidas de negro en las puertas de las casas, el clima tibio. Todo hacía a esta isla acogedora y grata. Las hermanas, hacendosas, ayudaban en las tareas de la casa y Atilio aprendía de botes y del mar. Fernando era un buen hermano mayor. Tenía un carácter fuerte, pero era protector y alegre. Se casó al poco tiempo con Dolores Maroto y fue cónsul vitalicio de Chile en esa isla hasta su ancianidad. En 1970 mi mamá nos llevó a los cuatro menores a pasar unos meses a esa fantástica isla. Tuvimos la oportunidad de vivir con parte de los Cosmelli en el caserón en pleno centro de Palma. Recuerdo patente la placa de bronce algo oxidada con el nombre de mi tío Fernando junto a otra con la inscripción Consulado de Chile.



Mami Rosa



Campos de Mayorca, cultivados en terrazas.

CRISIS MUNDIAL

En los comienzos del siglo XX occidente vivió fuertes tensiones políticas que derivaron en dos tremendas guerras, lo que significó cambios radicales en la mentalidad de un mundo que empezaba a globalizarse. Entre estos dos conflictos, España tuvo su propia guerra civil, que durante tres años sembró dolor, muerte y escasez.



Atilio mariner, con 22 años.

Aunque podría haberse eximido por su nacionalidad chilena, en 1936 mi padre se alistó voluntariamente en el ejército de la Falange, en las filas de Franco, contra la voluntad de su padre, que era republicano. A sus veintidós años, creía firmemente que el comunismo era una utopía imposible, engañosa, una falacia. Dentro de él un fuego se encendió, un celo por su España querida, por el mundo.

Luchar por los ideales de José Antonio Primo de Rivera fue crucial en la vida de Atilio. La guerra le permitió tocar con las manos la fragilidad, la pobreza, entender la miseria de nosotros los humanos. Fueron tres años de los que nunca quiso hablar, murieron dentro de él.

Después de esa experiencia límite, sintió en lo profundo el deseo de huir a la soledad, al silencio, a la paz. Dedicar su vida al servicio de los demás y desarrollar un trabajo que pudiera realizar con las manos enormes que Dios le dio. Se preguntó entonces si en Chile encontraría la tranquilidad que buscaba. Era la patria de su infancia, profetizada por san Juan Bosco como la tierra del futuro. Además, el abuelo le pedía venir y ver algunos asuntos que habían quedado pendientes.

CHILE EN LA MIRA

Con esos objetivos en la mente, Atilio Cosmelli Esteva volvió a Chile en 1939, con veinticinco años y sin más capital que su entusiasmo. Lo llamaba esta patria, que en realidad era su terruño, el de la niñez que se graba a fuego, cuando el tiempo se vive con libertad e intensidad. Sabía que en este país joven había mundo para él, que podría construir una vida, un futuro. Se vino sin nada, pero dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara. Buscaría en el sur, pues en su alma las leyendas acumuladas y recogidas sin querer le decían que su lugar era ese, donde estaba todo por hacer, donde había que empezar de cero.



Vivió en Magallanes por un año, hasta que aprendió el manejo de la voluntad.

En una entrevista hecha por Marianne Carey y publicada por la revista Ladeco América en 1989, cuenta:

Llegué a Punta Arenas con el deseo de trabajar en una estancia ganadera. Al cabo de ocho días de entrenamiento para un cargo de contador me asignaron a una estancia a tres días a caballo. Partí solo con un pilchero para llevar mis pertenencias y una valija de correspondencia para el administrador de la estancia, sin conocer la geografía del lugar y sin tener práctica de montar a caballo.

La travesía por la playa rodeada de acantilados casi le cuesta la vida. El caballo del pilchero se había enredado en las bolsas y no podía avanzar. La creciente marea era cada vez más amenazante.

Dios me ayudó y amarré como pude, comencé a galopar sintiendo que el agua tocaba los cascos de los caballos. La marea subía y subía. Cuando ya me abrumaba divisé un cañadón, un zanjón profundo que se adentraba en el acantilado donde el agua no podía penetrar. Subí hasta que me sentí seguro y con el último aliento que me quedaba, amarré los caballos a una mata de calafate y me dormí hasta la mañana siguiente.



Fue una lección para mi papá, que termina la entrevista diciendo:

Con esa experiencia y luego de vivir un año en la soledad de Tierra del Fuego, supe que estaba preparado para irme a Aysén. Había aprendido el manejo de la voluntad.

Después de doce meses en Punta Arenas, el papá sintió que había llegado el momento de concretar su sueño: encontrar un pedazo de tierra propio más al norte, en Aysén.



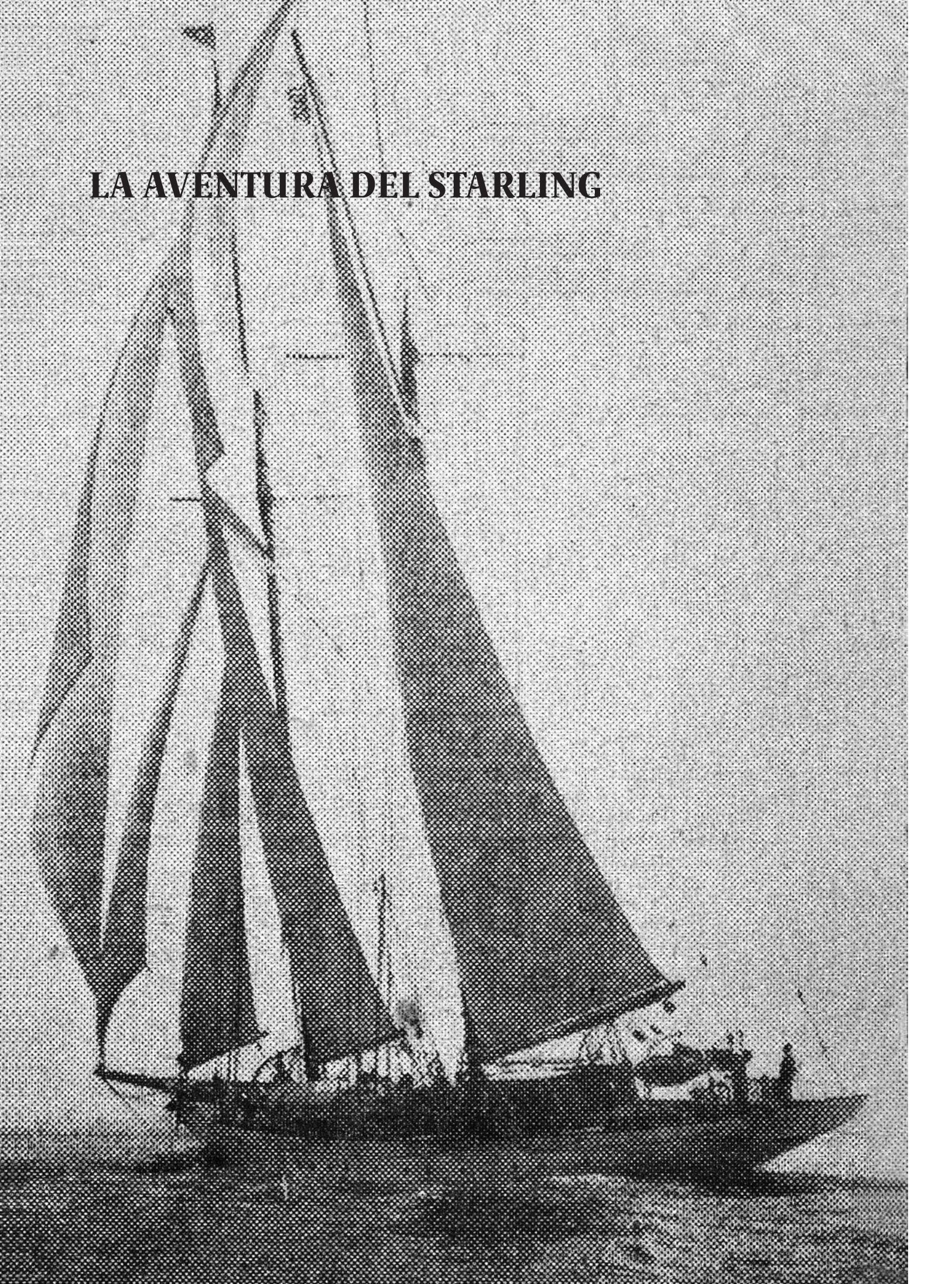
Antes de Magallanes el papá no sabía de caballos.



La ganadería ovina en la Patagonia fue la principal actividad de los colonos que se instalaron a comienzos del siglo XX.



LA AVENTURA DEL STARLING



Como la vida da vuelcos inesperados, se presentó una oportunidad interesante y el papá decidió no dejarla pasar: Durante un viaje a Santiago, donde tenía algunos amigos y conocidos, tomó contacto con don José Aldunate, con quien su padre había formado una sociedad pesquera en la década del 20, y trabó amistad.

Un día don José lo llamó para proponerle un desafío grande y marcador. Se trataba de encontrar y traer al país una embarcación a vela desde Estados Unidos, para el flete de langostas y mariscos desde la isla Juan Fernández al continente. Este empresario lo estaba invitando a participar de un proyecto pesquero que parecía muy interesante, ya que la pesca era sin duda una de las riquezas de Chile. A pesar de que sus planes eran instalarse en Aysén, lo aceptó en ese momento con decisión y fe.

La hazaña de traer el velero Starling, desde Nueva York hasta Valparaíso fue una travesía azarosa y no exenta de peligros, pero la naturaleza aventurera de mi padre acalló cualquier temor. Los diarios de la época de los cuales transcribo algunos trozos– consignan la epopeya, y Pepe Claro Vial, su querido compañero de viaje y luego amigo para el resto de la vida, puso por escrito en su libro "Apuntes de Viaje de la Goleta Starling". Le agradecemos y queremos citar parte del relato, que nos describe la audacia de estos diez marinos y nos muestra la personalidad luchadora y perseverante tan característica del papá:

El año 1941 era tiempo de guerra, lo que estimulaba el espíritu aventurero, y fue así como un grupo de amigos nuevos y antiguos acordamos participar en el viaje cuyo destino principal era traer por sus propios medios un barco usado comprado en los Estados Unidos para ser transformado en transportador de langostas de las islas de Juan Fernández al continente.

El primer paso consistía en reunirse en Nueva York los primeros días de diciembre, y así lo hicieron. Pero el 7 de diciembre de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, los japoneses bombardearon la escuadra norteamericana en Pearl Harbor, lo que resultó en cientos de embarcaciones destruidas y más de dos mil norteamericanos muertos. Esa noche, el presidente Franklin D. Roosevelt, con voz emocionada, comunicó al país que desde ese momento Estados Unidos declaraba la guerra a Japón y entraba en el conflicto, ya en curso desde 1939.

Así empiezan a surgir las complicaciones de todo tipo para seguir adelante con la empresa encomendada por José Aldunate, gestor de la compra. Pero nada los detiene y al final de dos meses de diligencias adquieren un barco de muy buena estructura, destinado originalmente a yate de lujo, con casco de acero, construido en 1926. Don José Aldunate designa jefe de la



A la llegada a Miami.
José Claro, Juan Santa Cruz,
mi papá, Eugenio Greene,
Guillermo Santa Cruz, Pedro
Echeverría, Benjamín Pereira,
Julio Lira.

expedición a Atilio Cosmelli, a quien Pepe Claro describe elogiosamente:

(...) pude apreciar sus destacadas condiciones de audacia, liderazgo, trato amable y espíritu aventurero, alimentado por un invariable optimismo y entusiasmo a toda prueba. Esto, unido a un físico atrayente y una mirada franca, le daban un aspecto especialmente notorio.

Con el barco ya en su poder y ansiosos por zarpar, los tripulantes del Starling se toparon con las enormes dificultades que suponía navegar en tiempos de guerra. Pepe Claro anota:

Para el regreso nos impusieron una cantidad de requisitos y reglas. La principal era que debíamos navegar con luces apagadas, reportándonos a las patrulleras que custodiaban la zona, y siguiendo un track preestablecido paralelo a la costa. Conscientes de los riesgos de ataques de submarinos a que estaríamos expuestos, confeccionamos y pintamos sobre dos lonas grandes banderas chilenas que fueron ubicadas a babor y a estribor para exhibir la nacionalidad neutral de nuestra nave.

Finalmente, la invernal y fría mañana del 23 de febrero de 1942, con una temperatura de trece grados bajo cero, el barco inicia el zarpe de Nueva York hacia Chile.

Los diarios de Iquique y Valparaíso hicieron mención a este acontecimiento náutico. Uno de ellos publica: *“El mar es un personaje gigantesco y a veces furioso, pero siempre es un romántico de la vida. Sobre el lomo de su verde corcel siempre el hombre estará escribiendo la palabra aventura. Cada día el mar trae una noticia”.*

A los pocos días del zarpe, en la costa este de Estados Unidos se desató un enorme temporal. Para capearlo anclaron cuatro días en Norfolk, Virginia. Sumado a esto se agregaban los peligros de la guerra submarina y fue así que una noche, cumpliendo instrucciones de viajar a oscuras, se estrellaron con un buque faro, felizmente sin mayores consecuencias.

Pepe Claro agrega:

Ya en plena navegación oceánica, el Atlántico se hizo presente con toda su fuerza. Las olas fueron creciendo progresivamente, y la escora hacía cada vez más difícil nuestro traslado sobre la cubierta. El frío viento reinante arrastraba nubarrones amenazadores, que luego se tradujeron en abundante lluvia. Las baterías, invadidas por las aguas que bañaban la cubierta, quedaron inutilizadas, y las maniobras de las velas nos obligaban a sumar todos nuestros esfuerzos.

Por fin el 6 de abril cruzaban el canal de Panamá. Todos soñaron con que desde ahí la navegación seguiría sin tropiezos hasta Valparaíso, pero esta vez fue la ausencia de viento la que los obligó a recalar en El Callao para aprovisionarse de petróleo y víveres. En el Pacífico, los vientos desaparecieron y ahora el problema era la inmovilidad, ya que el Starling navegaba a vela por falta de combustible. El ánimo de los tripulantes se vio afectado por la forzada quietud, la imposibilidad de comunicarse con sus familias y la escasez de alimentos frescos.

*A Atilio, la falta de vitaminas le provocó los primeros síntomas de escorbuto. (...)
Se estableció un racionamiento diario de agua, escribe Pepe Claro.*

Finalmente, el 23 de mayo, tres meses exactos desde el zarpe de Nueva York, el Starling fondeó en Valparaíso. El Mercurio de Valparaíso publica la noticia el 25 de mayo de 1942: “Ayer atracó al sitio 3 de los malecones en Valparaíso el yate Starling, procedente de EE.UU., después de una navegación de noventa días. Diez jóvenes pertenecientes a distinguidas familias de Santiago forman la tripulación. Se enrolaron voluntariamente y sin paga en un viaje que ha resultado pleno de interés, peligro y emociones. Sus manos, no acostumbradas al esfuerzo físico, han encallecido ahora con las faenas de cubierta”, a modo de recuerdo, se trajeron un ancla tatuada en el brazo, como un sello de tan gran aventura.

A todos los esperaban familiares y amigos, menos a mi papá. Pero lo aguardaba algo muchísimo más valioso: gracias a este viaje conocería a la mujer de su vida, Luz Pereira.

LUCECITA DE FRANCIA Y DE LA BUENAVENTURA DEL CARMEN, TERESA DE JESÚS



En el palacio Pereira. La gran mamá, los niños Ismael y Lucesita y atrás, dos tíos.

Así, con ese nombre interminable, fue bautizada mi mamá, que nació el 14 de julio de 1914.

De niña fue muy precoz y original. Cuando cumplió seis años, su mamá le preguntó qué quería de regalo, y ella respondió: “Me gustaría mucho este sillón en el que estoy sentada”. No entendió las risas que provocaron su petición, ¡ella realmente lo quería! Ya a esa corta edad le encantaban los muebles, la decoración, los colores, los ramos de flores, reciclar todo y aprovechar lo que había. Ese talento le sirvió para crear ambientes acogedores en todas partes, con lo poco o lo mucho que hubiera. Le agradaba proponer cambios al entrar en las casas de familias amigas. Solía decir: “¿Me dejarías dar vuelta los muebles?, te quedará fabuloso”. Y siempre acertaba.

Su niñez transcurrió en lugares muy elegantes y también muy sencillos. Varias veces me contó que sus primeras imágenes eran del magnífico caserón de más de dos mil metros cuadrados, que hoy llaman Palacio Pereira, situado en calle San Martín esquina Huérfanos, en pleno centro de Santiago, y que hoy es Monumento Nacional. Allí nació y vivió junto a sus padres y sus hermanos Ismael y Eliana, además de tíos, abuelos y primos. Eso, decía, le dio una fuerte sensación de seguridad. Sin embargo, el año 1920 se trasladaron pues mi bisabuelo le regaló una casa a su hija, mi abuela Luz Lyon Lynch, y la familia dejó el Palacio Pereira.

Esta abuela Lyon era una mujer austera y discreta. Junto con sus hermanas había estado interna desde los cinco años en las Monjas Inglesas a causa de un gran incendio en su casa paterna. En ese colegio se sintieron tan a gusto que la amistad y colaboración con las monjas se mantuvo de por vida.

Luz Lyon conoció al que sería su marido, Ismael Pereira Ñiñiguez, en un viaje a Europa, pero fue en los campos de Marchigüe y Almahue, donde ambas familias tenían tierras vecinas, que se enamoraron. Todo se fue dando poco a poco en las innumerables visitas del buen mozo Ismael al fundo de los Lyon, al que llegaba después de galopar veinte polvorientos kilómetros. Se casaron en 1910, y en pocos años nacieron los tres hijos: Ismael, Luz y Eliana Pereira Lyon.

Mi madre adoraba a su papá y se sentía su regalona, aunque los tres hijos admiraban su buen carácter de padre dedicado y su espíritu emprendedor y visionario. Abogado de profesión, mi abuelo fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores en 1899, durante el gobierno de Federico Errázuriz Echaurren, y su labor en los problemas limítrofes con Argentina fue destacada.



La familia Pereira Lyon: Luz Amelia e Ismael y los niños Ismaelito, Eliana y Luz.

En 1923, mi abuela Luz se dio cuenta de que la salud de su marido andaba mal y planificó un viaje a Europa pensando que quizás el cambio de aire y la medicina de allá podrían ayudarlo. Se embarcaron tal como ella había aprendido a hacerlo en sus numerosos viajes con sus padres: con muchos baúles, cajas de sombreros y todo lo que podrían necesitar para una estada larga. Los acompañó mi mamá, de nueve años, mi tía Eliana, mi tío Ismael y la institutriz, madame Rosalie.

Después de varios meses y cuando el abuelo parecía haberse restablecido, decidieron volver. Sin embargo, en el viaje de retorno, cerca de La Habana, sufrió un derrame

cerebral. Mi abuela con mi tío Ismael bajaron a tierra para que recibiera atención, y las niñas siguieron con la institutriz a Chile. Después de este episodio, mi abuelo nunca se recuperó. Murió el 4 de noviembre de 1925 en Santiago. El tío Ismael escribió en sus “Memorias de la vida”:

Su muerte fue un golpe atroz, incomprensible, que trastornó toda nuestra vida, de la que mi papá, con su dinamismo y alegría, era el centro.

Con todo, mi tío se agigantó y manifestó que él sería el hombre de la familia.

La vida siguió, marcada por los eternos veraneos en Almahue, hasta que en 1929 mi abuela anunció un nuevo viaje a Europa. La noticia preocupó al encargado de sus ingresos. “Señora Luz, debo advertirle que su situación económica no lo permite”. Su respuesta fue: “No estoy pidiendo permiso, estoy avisando. Me basta con que me manden el dinero que me dan aquí”. Su sangre irlandesa la hacía ser muy ordenada y económica, y si había que apretarse el cinturón, se lo apretaba sin problema.

De modo que el viaje se realizó y duró dos años, y fueron recibidos con enorme cariño por las familias conocidas en viajes anteriores, gente aristócrata, de alta alcurnia, y también personas sencillas o empobrecidas. La abuela no hacía distinciones en ese aspecto.

Además, el vacío dejado por la muerte de mi abuelo hizo que la relación entre madre e hijos y entre hermanos se estrechara. En sus memorias, escritas con enorme encanto y prolijidad, el tío Ismael relata mil detalles de nuestros antepasados, de los viajes, de cómo se fue desarrollando la existencia sin el padre.

Pasado un tiempo, Ismael comenzó a preocuparse por su ingreso a la universidad, que sería en Chile. A Eliana y Luz, mi madre, la abuela las matriculó en un colegio en Inglaterra, donde no fue nada fácil insertarse, sin embargo hicieron amigas que conservaron para siempre.



La familia Pereira Lyon en Europa, poco antes de la muerte del abuelo Ismael.

REINA DE LA PRIMAVERA

En 1932, con dieciocho años, Lucy, como le llamaban cariñosamente, ya era una joven que hacía su ingreso en sociedad. Al finalizar el invierno se organizaban en Santiago celebraciones como la famosa Fiesta de la Primavera, cuyos fines benéficos incluían visitas y regalos a asilos de ancianos, hospitales y orfanatos. Ese año mi mamá fue coronada reina. Ella me contaba que fue un acontecimiento glamoroso en el que había que ponerse enormes sombreros y caminar por las pasarelas. Pululaban a su alrededor admiradores, fotógrafos, aplausos. Todos decían que había triunfado no sólo por su belleza sino por su fuerza interior, su sencillez y su gracia.



La reina, sin sombrero, al centro.

Dios le concedió muchos dones, entre ellos el interés por los más desprotegidos. Sabía que su vocación se acercaba a la carrera de asistente social, la que pudo estudiar durante dos años y durante toda su vida ejercer a su manera y de mil formas. Una de sus cualidades era su constante interés por saber más; estaba convencida de que nunca se termina de estudiar ni de ejercer si uno ama este servicio tan lindo. Admiradora y seguidora de San Alberto Hurtado, a quien había podido escuchar en charlas de la universidad, leía en sus libros lo mucho que hay que hacer por el prójimo.



Retrato hecho por el pintor Bricard.

ENCUENTRO ENTRE LUZ Y ATILIO

Pocas semanas antes de cumplir treinta años, Luz Pereira Lyon había puesto fin a un prometedor noviazgo con un pariente que vivía al otro lado de la cordillera. A días de la boda, con todo organizado, tomó conciencia de que cometía un error y decidió que no se casaría. La ruptura afectó terriblemente a su mamá y a sus dos hermanos, Ismael y Eliana. ¡Habría que dar explicaciones a tanta gente y más encima acompañarla en medio de su río de lágrimas! Sin embargo, el buen sentido de mi abuela y su intuición de madre valiente y amorosa le decían que aquel no era su camino, y ella misma devolvió el enorme anillo de compromiso. Ese pariente serio y circunspecto no era para la niña coqueta, amistosa por naturaleza, que había crecido rodeada de un familión alegre y querendón.



Foto de la revista Zig Zag, 1932.

Después de varios meses de oscuridad y tristeza que vinieron luego de la cancelación de la boda, mi mamá y un grupo de amigas fueron invitadas a homenajear a la tripulación de un velero traído recientemente por diez jóvenes aventureros desde Nueva York a Valparaíso por encargo de don José Aldunate. Se preparó una recepción en el Hotel Crillón para celebrar esta proeza. Cuenta en su diario:

A todos los ubicaba y conocía más o menos y supe cómo se armó y cómo se embarcaron en esta aventura, cómo suspendieron otras tareas y estudios y se pusieron a practicar el arte de la vela. Todos sabían que no era empresa fácil.

Pero lo que yo ignoraba es que a la cabeza, como capitán, venía un personaje voluntarioso y obstinado. Irradiaba mucha fuerza, la misma que tuvo que utilizar para esta aventura que duró tres meses.

Ese joven voluntarioso y obstinado era mi padre, Atilio Cosmelli Esteva, un audaz español de Mallorca. Sus ojos intensos, enormes, que traspasaban hasta el alma, su sonrisa maravillosa, que se hacía más blanca por el contraste con su tez morena, curtida por el sol, la cautivaron. Todo en él le pareció perfecto y se propuso conocerlo más. Así, gracias a Nacho Tagle, amigo común además de su confidente y su paño de lágrimas, se urdió una reunión más íntima, una comida para un grupo pequeño en la que también participó Julita Astaburuaga, que aún lo recuerda.

El día de la cena ella se vistió con un atuendo especial. Así lo cuenta en su diario:

Qué fantástico fue cuando entró Atilio y me dijo: 'El turbante que llevas en la cabeza te queda muy bien, pero lo has hecho con un pañuelo mío que olvidé en casa de Nacho'. Fueron carcajadas, y desde allí el ambiente se puso muy suelto y simpático, también interesante y entretenido, pues este español no se anda con chicas y proyecta ahora recorrer el sur de Chile, buscando una tierra que ha soñado.

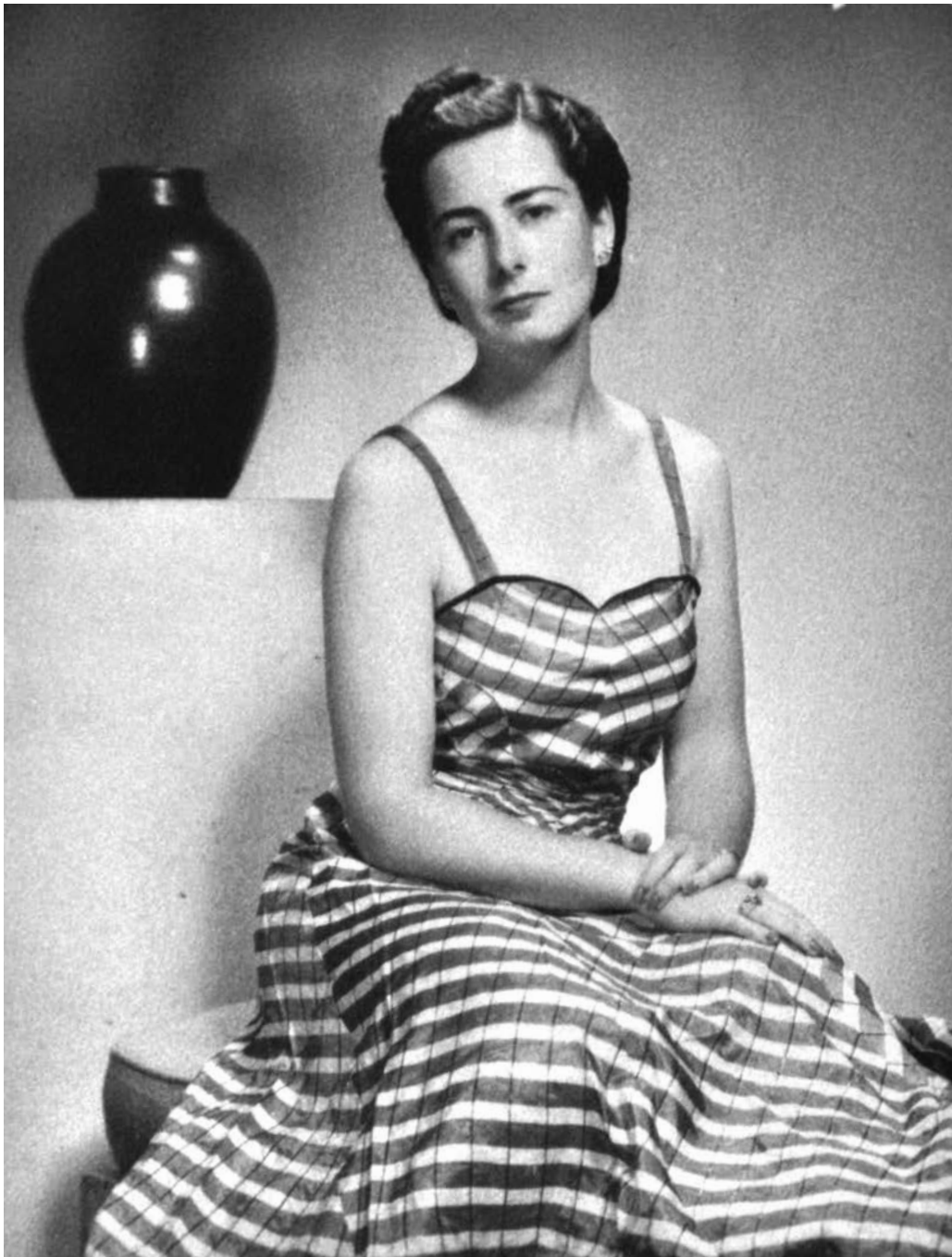


Atilio, listo para presentarse en sociedad.

Para la mamá, la zona donde Atilio esperaba asentarse no era del todo desconocida. Su padre, Ismael Pereira Ñíguez, había transitado desde Argentina hasta Aysén, donde, con ojos visionarios y mucho patriotismo, recorrió a caballo y recuperó para Chile grandes extensiones de tierra que estaban en la frontera y corrían peligro de quedar en territorio argentino. Presidió grandes estancias ganaderas y formó la Sociedad Estancia Río Cisnes. Durante la velada, le habló de lo escuchado a su padre y el tema los fue uniendo. Para ambos era un asunto apasionante. No pararon de conversar mientras cupido lanzaba sus flechas a uno y a otro.

A los pocos días, esta mujer intrépida estaba dispuesta a irse con el joven español al fin del mundo. Ni ella ni nadie entendían lo que estaba pasando, ¿se habría vuelto loca? Por Nacho supo que Atilio la encontraba la muchacha más atractiva que había

conocido. Pero hasta los oídos de mi madre llegaban noticias de otras interesadas en este misterioso personaje, y su sentido común le aconsejó darle tiempo al tiempo. Sí, ella debía disimular su interés mientras él se iba con algunos amigos a descansar a Zapallar y luego al sur. Si la amaba, él la buscaría. Para infundirse ánimo, se repetía: “Soy una reina, soy una reina”.



Luz con un vestido diseñado por ella.

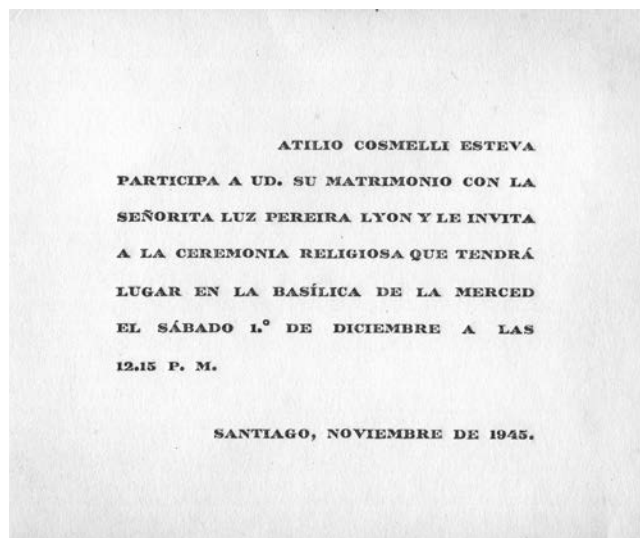
NOVIOS

Nacho Tagle, el amigo cómplice, aseguraba que desde un principio supo que Lucy y Atilio, ambos de treinta años, eran el uno para el otro. Todo se fue dando fluidamente. Les atraía una misma misión y además podían hablar mucho o nada sin aburrirse. Lucy jamás había conocido un hombre tan decidido y especial, y en poco tiempo se sintió completamente enamorada.

Por su parte, Atilio sabía que ella era la mujer indicada como su compañera de vida y así fue como decidieron casarse. Era el mes de junio de 1945. La boda sería en diciembre y de inmediato partirían a su nuevo hogar en Chile Chico.

Lucy debió consultar un mapa para ubicar el lugar exacto. Ni siquiera sabía que existía un pueblo con ese nombre, no tenía idea cómo se llegaba, no podía entender que no hubiera camino por Chile. Atilio le explicó que este poblado donde quería trabajar y establecerse quedaba frente al lago Buenos Aires, más tarde llamado General Carrera, mitad chileno y mitad argentino. Para llegar hasta allá había dos opciones: atravesar desde Argentina por pasos cordilleranos, o desde Coyhaique, desplazándose malamente por tierra hasta Puerto Ibáñez, en la ribera norte del lago, y desde ahí cruzar en barcaza hasta Chile Chico. También le contó sobre los amaneceres en la pampa, sobre la cordillera de Los Andes, que allá se hunde en el mar y todo cambia.

Pero ningún cambio se compararía con el experimentado por Luz Pereira Lyon, criada en el lujoso Palacio Pereira, donde los más de dos mil metros cuadrados construidos eran para la familia algo normal, tan normales como las comodidades, la innumerable servidumbre, la vida ajena a las vicisitudes cotidianas. También debía renunciar a la independencia, a los viajes para hacer cursos relacionados con el tema que le interesaba, lo social. El año



anterior había realizado algunos estudios en los Estados Unidos. Con gran orgullo, mi mamá contaba que al acto final fue invitado nada menos que Albert Einstein. Ella, con su envidiable capacidad de socializar, se acercó al físico alemán con el que tuvo el honor de intercambiar algunas frases. Ahora todo esto sería parte del pasado y ansiaba enfrentar nuevos horizontes y dar a su vida un giro de ciento ochenta grados.

Estas amistades y gran parte de la familia no salían de su estupor. ¿Sabría Lucy lo que estaba haciendo? ¡Cómo se iba a ir tan lejos con un hombre al que apenas conocía!

Sin embargo, todo fue rápido, no había tiempo para explicaciones. ella se reía sola porque estaba feliz, sabía que emprendía una gran tarea y aunque había sido un noviazgo breve, se tomaba el asunto muy en serio. “Hasta que la muerte nos separe”, repetía. Deseaba, además, que Dios les regalara muchos hijos para poblar esas tierras solitarias y formar con Atilio una familia grande. Sentía esta unión como una fuerza que se multiplicaría hasta el infinito.

Optó por una boda sencilla, lo que su madre respaldó. El velo y el vestido de novia los diseñó ella misma y fueron elaborados en casa, también, a pedido de ellos, los regalos fueron prácticos, que cooperaran con la aventura que emprenderían, como por ejemplo, un camión en el que además llevarían el baúl del amor, el sillón de la abuela y otros bártulos.

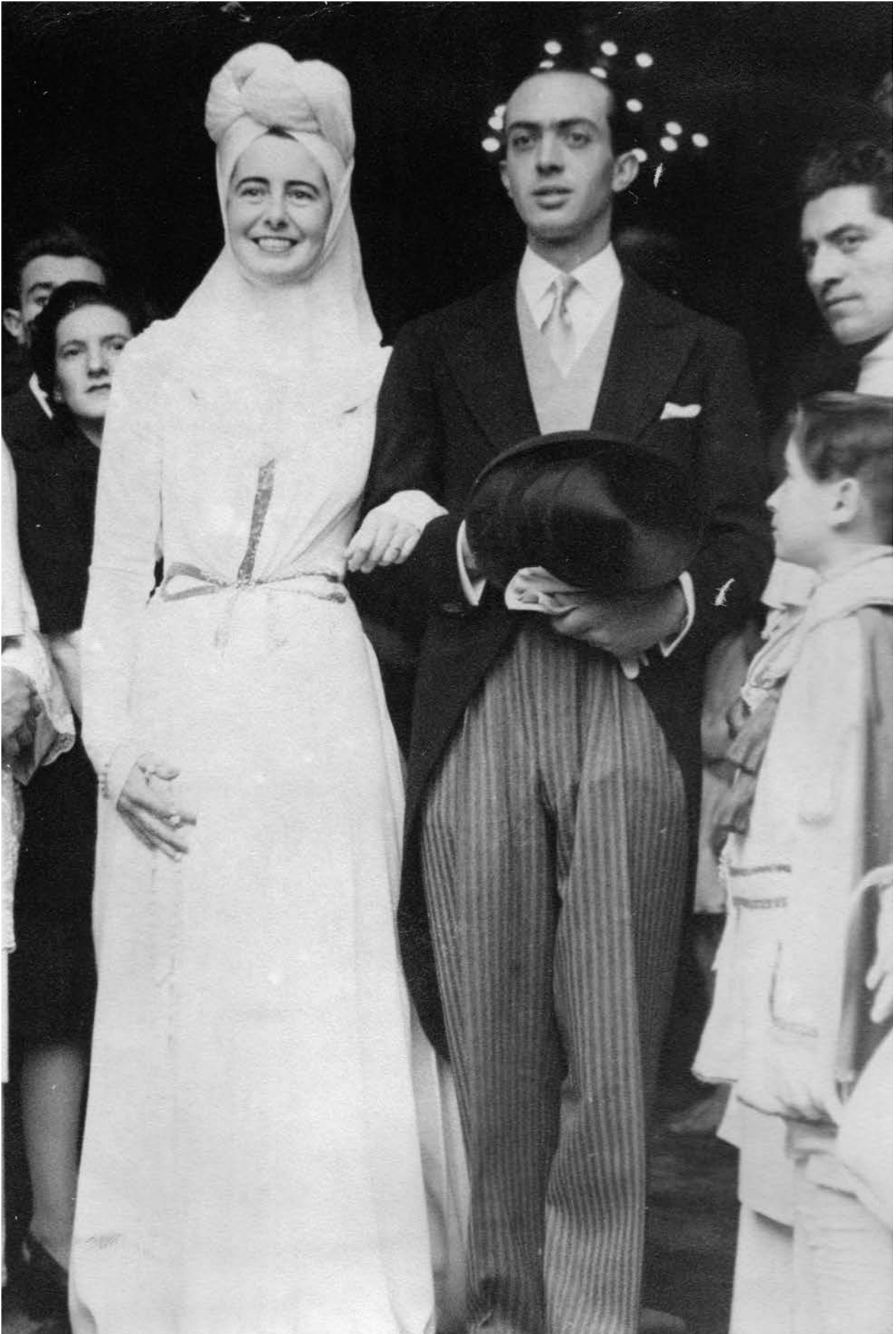
Con todo, lo único que realmente le importaba era que el sí de ambos saliera del corazón, sabiendo que vendrían momentos difíciles. Pero confiaba en Dios. Ella y él poseían personalidades fuertes y habían sido muy independientes, pero ahora los unía el amor y un objetivo común.



Con el tío Ismael llegando a la iglesia.



En la ceremonia, Nacho Tagle y la tía Raquel Cosmelli, los novios, el tío Ismael y la mamá.





Antes de partir al sur, pasaron una semana en la casa de la Punta.

ECHAR RAÍCES



Vista de Chile Chico desde el cerrito, en 1963. Foto tomada por Ribet.

Después de una brevísima luna de miel cerca de Santiago, en un hermono lugar llamado "La Punta", Atilio y Lucy emprenden viaje a su destino final, Chile Chico. Advertida por mi papá que la travesía sería larga, mi mamá va más sorprendida que asustada, pero también decidida tomar todo con humor.

Atilio sabía que a amigos y parientes su decisión de irse a Aysén les parecía muy extrema. Pero ahora que había hallado a la mujer que amaba y que lo acompañaría en su aventura, veía todo providencial. Los acontecimientos se iban dando en cadena: decidir dónde quería asentarse, la búsqueda y el encuentro del lugar preciso, su misión allí y Lucy.

Siempre le oímos decir que le agradecía a Dios esa posibilidad –la de instalarse en Aysén–, que lo atrajo y lo apasionó. Se sabía fuerte para el trabajo, resistente contra el frío, hábil para sortear obstáculos. La disciplina que le permitiera triunfar en las empresas anteriores lo haría salir adelante. Sí, su vida había sido dura, años difícilísimos de hambre en España, la guerra... Reconocía poseer una enorme fuerza de voluntad. Pero este nuevo cometido, el matrimonio, era algo desconocido, la carrera más seria en la que estaba embarcado. Y todavía mayor si su futura esposa era una señorita chilena nacida en cuna de oro. Él no tenía nada que ofrecerle salvo sus sueños, su empuje, sus proyectos. Pero el momento había llegado y no había vuelta atrás. El aliento de su Mami Rosa disminuyó el temor: "Tilito, todo lo que emprendas te saldrá bien si te encomiendas a Dios. Eres honrado y tienes decisión y disciplina".

Comenzaba una etapa en la que convergían sus experiencias acumuladas y lo que estaba por descubrir, procesar, crear. Quería ir a Aysén a echar raíces, formar allá su hogar en medio de esa infinita soledad. Chile Chico era y sigue siendo un pequeño pueblo donde el viento pega fuerte, donde se palpa "una soledad poblada de aullidos", como dice el cántico de Moisés. Pero Atilio era un solitario, nunca le atrajo la vida de la gran ciudad. Los que lo conocieron lo saben. Se enamoró de esos lugares casi desconocidos y ¡qué maravilla!, ella, Luz Pereira, estaba dispuesta a seguirlo. Juntos emprenderían una misión importante: hacer patria en la Patagonia chilena.

Antes de partir se entrevistó con el ministro de Tierras y Colonización, con el fin de presentarle sus intenciones y propósitos. El ministro, asombrado, le preguntó por qué que se iba a un lugar tan remoto si no había matado a nadie. Después de hablar un rato, el ministro se paró, cerró la puerta y le pidió a mi padre: "Cuando vuelva y pase por Santiago, venga a verme para que me cuente la realidad de allá, qué necesidades hay, cómo se vive".



Chile Chico, 1963. Foto tomada por Ribet.

Chile Chico fue fundado el 21 de mayo de 1929, gracias al tesón de doña Luisa Rabanal Palma, primera profesora fiscal del lugar, que deseaba reunir a todos sus alumnos en un sitio apropiado. Con la ayuda de don Fabriciano San Martín y otros habitantes, como el juez Martínez Toro, consiguieron que don Manuel Jara donara un terreno para trazar el pueblo.

Se construyó una escuela, se abrieron el Juzgado de Paz, la Capitanía de Puerto, el Banco del Estado, la municipalidad, la posta. También se estableció el Registro Civil, donde mi papá tuvo el C.I. N° 8. Pero la época de oro del pueblo fue entre los años 1940 y 1950, cuando surgieron faenas mineras en Puerto Cristal, en la ribera norte del lago General Carrera, lo que significó mucha actividad para Chile Chico. Aumentó el comercio, se instalaron hoteles y pensiones y así se fue armando un lugar más o menos civilizado.

La mamá empieza un diario de vida en el que, durante sus primeros cuatro años allá. Cada día anota sus afanes, sus alegrías, sus preocupaciones.

Sus primeros apuntes datan del 1 de enero de 1946:

Hoy hace un mes que me casé y estoy en Chile Chico. Costó llegar, fue una odisea, formábamos un buen equipo Atilio, yo y el eficiente Rogelio Paillán, que venía detrás en el camión. Atilio, precavido, tenía avisadas a muchas personas -o a las pocas que había en el camino- que íbamos a pasar. Programó las paradas para hacer el viaje lo más agradable posible.

No termino de conocer y descubrir facetas de este marido que Dios me ha dado y con el que me he embarcado en una aventura insólita. Una luna de miel tradicional, de largas vacaciones, a él le hubiera parecido tirado de la mechas; tiene prisa por avanzar en su gran sueño de instalarnos en Chile Chico.

Durante el viaje, se concentró en el paisaje desconocido, inesperado. ¿Qué vendría más adelante? ¿Cómo sería el lugar donde pasaría sus primeros años de casada?

Una vez que llegamos, qué susto, puras piedras y pasto, unos pocos árboles, torcidos por el viento que no para, una fila de casitas, un solo lugar donde ir a buscar los víveres y el gran lago que ronca y nos separa del resto de Chile.



De paseo por el lago.



Cruzar ríos siempre fue peligroso y prodigioso.



El tío Fernando Cosmelli, hermano mayor y socio del papá en los comienzos.

La vida tiene muchos momentos.



Los temporales son fuertes. Cuando vienen los aguaceros, los cerros se oscurecen, el viento encrespa el lago y se produce un ruido aterrador, parece que la ventolera va a sacar de raíz la firme casa de ladrillos que arrendamos mientras construimos la nuestra. A veces no se puede salir a la calle, en ocasiones me he tenido que agarrar de algún escuálido y chueco arbolito para no caer.

Chile Chico es un pueblo donde pasan muchas cosas, sobre todo en mi casa, que es punto de llegada para muchos. Me gusta recibir, siento que apporto con mi granito de arena.

En poco tiempo, mi mamá convierte su hogar en el centro de reunión para las familias del pueblo. Se esmera en abrir sus puertas cálidamente a cada persona y siente que así retribuye la hospitalidad con que ha sido acogida.

La familia Burgos nos presentó a la crème de la crème del pueblo. La familia Crespo siempre tiene en su pulpería un vermut a la hora del aperitivo. Con los Lara, especialmente con Aída, hemos hecho una buena amistad. La alegría de Irene Belman me levanta el ánimo cuando estoy triste.

No tiene muchas oportunidades para deprimirse, porque sus afanes son interminables. Día por medio hay que ir al lago a buscar el agua para tomar, bañarse, cocinar, lavar la ropa. En verano es preciso juntar leña en enormes cantidades. Aparte de eso, mi mamá también debe terminar las cortinas, bordar y tejer, labores que siempre le gustaron.

Lo de ir a buscar el agua a mí me parece pintoresco y divertido, pero sé que es tarea pesada para el que arrastra el tambor lleno a la vuelta. Ayer acompañé a nuestro ayudante Rogelio, pues al atardecer suelen estar en la ribera algunas mujeres con sus niños, y quería conversar con ellas. No me encontré con nadie y terminé completamente empapada. Desde el tablón medio metido en el lago yo también quise cooperar con algunos baldes de agua, pero fue imposible no mojarme pues las olas salpican con fuerza al reventar en la playa de piedras. El tambor se llena sacando un tapón, luego se pone de costado y con un encatrado hecho de cordeles y madera se tira con fuerza para sacarlo del lago y luego se hace rodar lentamente calle arriba.

Todo es machucado aquí. Tener harta leña es necesario pues será la fuente de calor para cocinar, abrigarse y calentar esta agua deliciosa que cada mañana nos tiramos encima a modo de ducha. Para darme un baño de tina la única opción fue cortar por la mitad el tambor más grande que encontré, lo llené y me senté adentro con el agua hasta debajo de los brazos. Con un jarro, que dejo cerca, me voy echando agua por la espalda y así completo el baño. Tengo que hacer otra pirueta cuando necesito lavarme mi melena, que me llega hasta la cintura. Me acomoda tener el pelo largo para hacerme moños, así ando

peinada, el viento no ayuda en esto. Hincada en el suelo, con la cabeza inclinada sobre la tinaja de madera, dejo caer el agua con un jarro, ya estoy muy ágil para hacerlo.

Solo tiene ayuda doméstica algunas horas al día, gracias a la señora María. En esos escasos momentos, ella lee. Trajo muchos libros de Santiago. Las largas vacaciones de niña en Almahue, donde no había otra cosa que hacer por los treinta y dos grados de calor, le crearon ese hábito. También le gusta escribir cartas a su familia y amigas y espera impaciente las respuestas, que a veces llegan todas juntas: “*Ayer recibí un paquete con ocho cartas de Chile*”, anota en su diario, dejando entrever que para ella el lugar donde vive es tan remoto que casi parece otro país.

Pronto surge otro quehacer: el sacerdote de Chile Chico, sabiendo que Lucy es una mujer de fe, le pide su apoyo en la preparación de treinta niños que harán la Primera Comuni3n. Ella no puede negarse, es el 3nico sacerdote en kil3metros a la redonda, un hombre bondadoso que recorre la zona a caballo, en barco, en lo que venga, para asistir a los feligreses. Con algo de inseguridad, accede. Confía en Jesucristo, quien acoge siempre desde la cruz para regalar resurrecci3n. Tambi3n se siente apoyada por la V3rgen Mar3a y por la Divina Providencia, que en esta nueva misi3n se le revela en todo su esplendor.

Enero 5, 1946. Tres de la tarde, catecismo en la capillita. Llev3 chupetes de dulce para los dieciocho ni3os asistentes. Se bautiz3 una ni3ita de siete a3os. Emoci3n. Celebramos con una comida sencilla, agradable.

A esta alegr3a se suma otra, la primera visita de su madre:

24 febrero, 1946. Lleg3 mi mamá con miss Fabard. Al abrazarme, lloraba, no sé si de felicidad o de la impresi3n por el cruce del r3o Jeinimeni, que como siempre estaba algo movido, peligroso y pintoresco. Todo el vecindario las recibió con flores, verduras frescas y mucho cari3o.

Las dos semanas de febrero, con su madre en Chile Chico, se pasan volando y do3a Luz Lyon debe regresar a Santiago. Pero la tristeza por la partida le dura poco a Lucy, porque d3as despu3s llegan su hermana Eliana con su marido Rafael Carvallo, con los cuales aprovechan de hacer paseos entretenidos y conversan hasta bien entrada la noche. Y continúan las sorpresas.

11 de marzo, 1946. Alejo Vidal Cuadra tambi3n nos visita y se dedica a pintar. Es un gran artista. Me puse a pintar con 3l un biombo, voy aprendiendo.



Colaborarle a los sacerdotes fue siempre una tarea feliz.

El verano se aleja y con él los invitados, que ya resienten el cambio del clima.

30 de marzo, 1946. Empezó el frío en serio y no había estufa. Me puse a llorar y Tilo me trajo una.

De nuevo a solas con su marido, Lucy retoma sus actividades, pero con menor energía; curiosamente, se siente cansada.

Los últimos días, sin embargo, he estado algo lenta, no me atrevo a decir nada, Dios sabe cuántas ganas y lo mucho que le he pedido que nos regale hijos. Quizás me sugiere, pero tengo más sueño que lo normal y una sospecha de embarazo que me pone indescriptiblemente feliz, me siento misteriosa con este secreto.

LOS COLONOS BELGAS

Hubo también por estos años un acontecimiento que formará para siempre parte importante de la historia de Chile Chico y de sus pobladores, se trata de la llegada de un grupo numeroso formado por cinco familias belgas. Las guerras de Europa y contactos de familiares con mi mamá los motivó a emprender lo que sería una gigante aventura: venir a instalarse y a hacer patria como colonos a la Patagonia chilena.

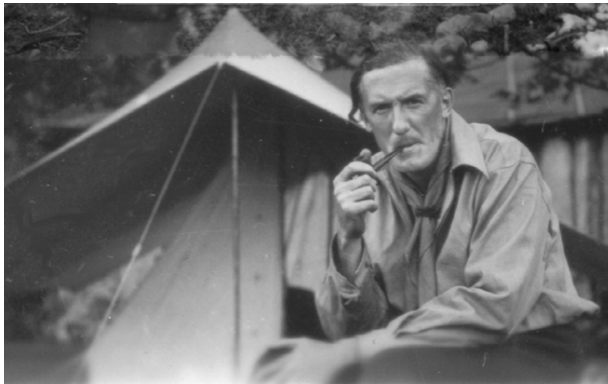
Se prepararon seriamente antes de partir, trajeron máquinas y adelantos impensados para la zona y por sobretodo, la decisión de adaptarse a la enorme precariedad que imponía el lugar, por las distancias, el clima y la pobreza de los suelos que ocuparían. Fue una empresa de enorme sacrificio, con total austeridad que no dio el resultado que soñaron, pero que ellos, ordenados y trabajadores lucharon por dominar. Hicieron avances en muchos aspectos, lo que significó un gran aporte para el pueblo.

Entre los colonos venían un par de ingenieros, un médico, un cura, un mecánico, todos los cuales mantenían una férrea unión ayudándose en todo lo posible para sobreponerse a las múltiples adversidades del medio. El padre Polain, que posteriormente fundó el colegio Notre Dame en Santiago, reclamaba en sus cartas por el inclemente y terrible viento que no cesaba de soplar y no le permitía crecer a las pocas plantas que intentaba afirmar en la tierra de su jardín. Sus pobres tulipas eran permanentemente arrancadas por el viento. El médico Leon Cardyn asistía a los colonos en sus diversas enfermedades y a las madres durante los partos o intervenía quirúrgicamente si la situación lo exigía con los mínimos elementos disponibles. Mi mamá agradecía poder acudir a él con sus niños, apoyo que hasta ese momento solo encontraba en el veterinario del lugar.

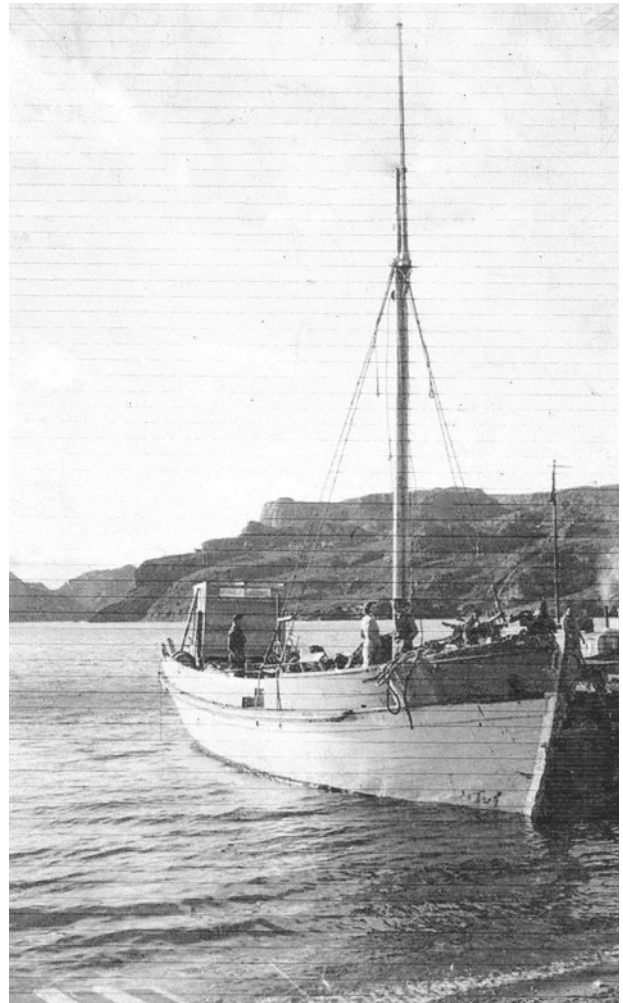
Fueron gradualmente adaptando a ese territorio hostil hasta asentarse con diversas actividades productivas, intentando mantener las mismas costumbres de la lejana Bélgica, especialmente la música y la lectura, al cultivo de plantas en los jardines y huertas, la ganadería y la agricultura.

Mi mamá se visitaba con las mujeres del grupo, se ayudaban, compartían las penas y alegrías y también las revistas *Paris Match* y *Life*, al que mi mamá logró estar suscrita, aunque llegara esporádicamente en forma de números atrasados. Mis papás siempre tuvieron gran respeto y admiración por ellos.

El primer belga nacido en Chile Chico fue Carlos D'Smet Dolbec que nació el 1 de enero de 1950, fue el primero de la numerosísima prole de los nuevos ciudadanos Belgo-Chilenos y Patagones. El libro "*Cuando éramos niños en la Patagonia*" relata la interesante historia de esta familia, en palabras de Jean Chenut.



El Padre Roberto Polain fundó en Santiago el Colegio Notre Dame y trajo a Chile a los Scout.



El cabotaje por el lago fue una de las ocupaciones de los belgas. El Helga fue uno de sus barcos.



Lucy, 1953

EL SUEÑO DE SER MAMÁ

Sí, estoy embarazada, todos los síntomas están presentes y aunque no hay un doctor que consultar, tengo una seguridad absoluta. Lo celebramos con Tilo con un vino muy bueno que guardábamos para una ocasión especial. Nadie sabe ni puede imaginarse lo que esto significa para mí, tengo treinta y dos años y mi instinto maternal estaba reprimido hacía mucho. Estoy segura de que no hay nada más grandioso que ser madre. Le agradezco tanto a Dios que me lo haya dado así, rápidamente, sin complicaciones. Aquí, en estas lejanías, cualquier contratiempo de salud es un problema. Hemos sido sanos los dos y nos queremos tanto, que esto viene a ser el fruto que frente al altar se nos anunció: formar una familia. Me alegro de estar lejos, de tener más soledad y silencio. En Santiago quizás hubiera andado dispersa, inquieta y agitada, aquí estoy más recogida.

He conocido a muchas mujeres de acá, es muy interesante saber la historia de cada una, son como verdaderas novelas, pues cada familia ha llegado rompiendo esquemas, para todas ha sido una aventura, un riesgo. Hay gente muy valerosa y entretenida. Tengo tiempo abundante y he corrido la voz que me gusta mucho que me vengan a visitar. Estoy siempre lista con un queque por si llega alguien para tomar té y conversar, pero también valoro esta calma que me hace estar más dentro de mí ahora que llevo esta criatura, ¡qué emoción!

Hay temas femeninos en que necesitaría a mi mamá, hemos sido tan apegadas a pesar de que a ella le fue siempre más fácil la relación con mi hermana Eliana, organizada y tranquila. Ahora que me vine lejos y las cartas de Chile se demoran en llegar, me doy cuenta de lo importante que es la comunicación.

No me quejo de nada, he tenido mucho que hacer y me entretienen los preparativos para mi casa propia. Ya tenemos el sitio y estamos empezando la edificación en una esquina de la plaza. Aunque debo aclarar que también la plaza está por hacerse.



La oficina de la Sociedad Naviera Chile Chico.

Siempre apasionado por el proyecto del cabotaje por el lago.



SOCIEDAD NAVIERA CHILE CHICO

Por su parte, Atilio está iniciando una ambiciosa y prometedora empresa, la Sociedad Naviera Chile Chico, que compartirá con su amigo Nacho Tagle y con otros socios minoritarios. Las embarcaciones desarrollarán la importantísima labor de conectar y transportar a la gente, al ganado y el centenar de productos que faltan en los pueblos al sur del lago.

Atilio está pendiente del avance de la fabricación de los barcos. Al fin se lanza a las aguas el primero, bautizado María Isabel. Al poco tiempo le sigue La Estrella, construido con lindas maderas, tarugos y detalles bien cuidados. Un verdadero trabajo de joyería.

Lucy lo respalda y anota en su diario:

Se entusiasma y se involucra en los pormenores de la construcción y preparación de los barcos. Goza al sentir el olor de las diferentes maderas, se preocupa hasta de la última minucia, está pendiente de todo. Se va tempranísimo y ahora en verano aprovecha hasta que se pone el sol, o sea llega a las once de la noche. Pero almorzamos juntos y después duerme su infaltable siesta de quince minutos. Dice que ya llegarán meses en que el día dure solo seis horas.

Se inician los viajes de los barcos y se establece un itinerario de navegación entre una ribera y otra del lago, pero es imposible cumplirlo rigurosamente debido a los caprichos meteorológicos. Esto impacienta a mi papá, que nació apurado –él no entiende eso de que “el que se apura pierde el tiempo”– y cuya obsesión es aprovechar cada minuto. Ese recóndito lugar tiene una lentitud propia y por su geografía es inútil planificar nada. Se programa el zarpe pero el tiempo decide si puede ser hoy o dentro de dos días. A veces mi papá logra relajarse y al calor de unos mates e historias hace hora esperando que las condiciones mejoren. Otras veces, audaz, parte dispuesto a capear las tormentas. Ha pasado grandes sustos cuando, sin previo aviso, se levanta el Corcovado.

Como complemento, la Sociedad Naviera Chile Chico instala poco tiempo después algunos aserraderos para aprovechar la materia prima propia del lugar y tener el elemento principal para la fabricación de las naves. Las diversas y preciosas maderas de la zona fue un tema que acompañó a mi papá hasta el final de sus días. Año tras año iba perfeccionando sus talleres hasta que tuvo en Coyhaique una barraca modelo. A todo quien llegara se la mostraba con orgullo por lo ordenada, limpia y eficiente, y por la calidad de las maderas y sus derivados.



Vista desde la playa de San José.



La Estrella en la bahía de Chile Chico.



Alejo Vidal Cuadra en Puerto Burgos,
puerto del fundo la Montaña de la Sociedad Naviera Chile Chico.

Asimismo, y como fruto de las andanzas por los entornos del lago General Carrera, surgió la posibilidad de comprar el campo San José de Mallín Grande, localizado entre Chile Chico y Puerto Guadal, lugar privilegiado por ser el más soleado en la ribera de esa parte del lago. Aún permanecen en la zona los hijos del matrimonio que, por irse a vivir al pueblo, le vendió esas tierras a mi papá.



Con Alejo Vidal Cuadra a bordo de la Estrella.

VILLA AYSÉN EN LAS CONDES

La parcela precordillerana de Las Condes, comprada por Lucy con la herencia de su padre en el año 1935, fue un lugar buscado con esmero. Recorrió una y otra vez la zona montada en una pequeña moto, ya que la bencina para los automóviles aún escaseaba como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Así como Atilio soñaba con la Patagonia, mi mamá descubrió muy cerca de Santiago una casita de abobe muy linda y chiquita en la falda de un cerro enclavada, adornada por parras, tal como el canto popular dice. Ahí podía empaparse de la naturaleza y, quizá, algún día construir ahí su casa y dedicarse a otro de sus pasatiempos, la jardinería. Por el momento, tenía dos piezas donde refugiarse, lo que para ella era su pequeño “chalet” o “chaleco”, como lo llamaba.

Años después, en 1950, mis padres le encargaron los planos de la casa definitiva a Nacho Tagle, amigo y arquitecto. Así nació Villa Aysén, situada en lo que hoy es Camino La Viña. Contaba mi mamá en su diario:

Era un peladero a treinta minutos de Santiago hacia la cordillera. Con Tilo hemos buscado y conseguido árboles enormes, alcornoques, nogales, hayas y cipreses. Fue un refugio para mí en mi larga juventud, gozando los amaneceres y atardeceres bajo esta montaña que, según yo, cada día es diferente, a veces morada y muy alta, otras veces más baja, iluminada con tonos rosados, amarillos y azules. Yo, que soy apegada a la tierra y a la gente, quisiera estar en muchas partes a la vez. Tengo sentimientos de profunda nostalgia hacia Almahue, campo tan querido e importante para nosotros en la viudez de mi mamá. Esas tierras fueron nuestro sustento gracias a que mi hermano Ismael se hizo cargo del fundo



El chaleco de las Condes

siendo muy joven. Ahí transcurrió parte de mi infancia, con sus eternos y lentos días, donde pasábamos largos y calurosos veranos. Recuerdo el aroma de los corredores de adobe, perfumados por las enredaderas de la flor de la pluma, el ilan-ilán y los jazmines. Cada lugar tiene su encanto particular.

En Aysén no crecen estas plantas trepadoras, pero allá tengo mi hogar, mi marido y ahora a León, mi niño, y estoy ligada a él “más fuerte que la hiedra”. Le canto ese bolero aunque soy desafinada. Le converso, porque esta personita que ha llegado a nuestra vida me cautiva absolutamente, es un niño muy varonil, parece que entendiera cuando le hablamos.



El jardín de las Condes



La Villa Aysén se ha convertido en lugar de encuentro de la familia Cosmelli Pereira. Entre todos se autodenominan "los villanos".



NACE LEONCITO, UN NUEVO HABITANTE PARA AYSÉN

Con bastante anticipación para no correr riesgos, Lucy se traslada a Santiago para recibir a Leoncito, que nace el 29 de agosto de 1946. La madre está radiante:

Por más de treinta años esperé a este hijo. Atilio llegó antes del parto, como me lo había prometido. Me adormecieron a último minuto, yo quería vivir los “dolores de parto” y todas las etapas. Me había preparado con ejercicios, actividad y movimiento permanentes. De hecho, me encontraba plantando unos árboles en Las Condes cuando comenzaron las contracciones.

El día 2 de septiembre fue el cumpleaños de Atilio, se hizo el bautismo en la capilla de la Clínica. Comulgamos los dos para dar gracias por tantas bendiciones. Realmente sentimos este hijo como el máximo regalo.



León

A pesar de que pasa malas noches por los llantos de la guagua, los meses en la capital son una fiesta para Lucy. Aprovecha para estar con su mamá, para visitar a sus tías mayores, a su hermana y a sus sobrinos, que han sido sus regalones.

El 4 de septiembre, salió elegido presidente Gabriel González Videla.

Después de un mes en Santiago y cuando se sintió restablecida, los tres emprendieron la vuelta a Chile Chico para aprovechar los meses buenos. El verano era una época fundamental para Atilio. Trabajaba doce horas diarias, con un breve descanso para almorzar y hacer su rápida y profunda siesta mallorquina.

La llegada de León a la vida de mis padres produce ciertos roces. Ella se queja de la poca paciencia de su marido, quien no acepta que el niño duerma en la pieza matrimonial.

En algunas ocasiones mi papá toma el diario de mi mamá y escribe algunas líneas de su puño y letra. El 23 de enero de 1947 anota: *“Anoche, como a las tres de la mañana, me vestí y con toda decisión me fui a la calle. A una cuadra, Lucy me seguía descalza con una vaporosa camisa de dormir de seda. Pactamos que a partir de mañana Leoncito dormirá con su mamá Helena”*.

Lucy se refiere así al episodio:

El viento, el pelo, el camión, deben haber sido tragicómicos, las pocas personas que a esa hora tomaban el último mate junto a la ventana habrán elaborado alguna conjetura que sirvió para el pelambre durante unos días. Finalmente el tema se solucionó, armé pieza aparte para el niño.



La mamá de viaje con la mamá y Leoncito.

Y aunque León tiene buena salud, en mayo contrae una amigdalitis que preocupa a su madre. El 16 de ese mes anota:

“León con amigdalitis y fiebre. Amaneció nevando pero tuvimos que emprender viaje igual para coincidir con el barco en Chacabuco y seguir a Santiago según lo planificado. Pasamos hacia Argentina en un auto pésimo, Leoncito llora y yo también, histérica. Un viaje tormentoso, oscurece temprano y nos quedamos diez veces pegados en la nieve. Con la ayuda de un jeep pudimos seguir y volvimos a entrar a Chile, no hay otro modo si se quiere evitar el cruce del lago, poco seguro en esta época. Llegamos a Balmaceda a alojar en la única e improvisada pensión. Al día siguiente continuamos a Coyhaique, y ya socorridos por la opinión de un médico y con remedios de la farmacia, seguimos a Aysén para tomar el barco hacia el norte. Puerto Montt es la parada siguiente y desde ahí a la capital. Nos dieron un camarote grande para los cuatro (la mamá Helena viene con nosotros). Fue una felicidad indescriptible subirme al barco, después del trayecto eterno”.

Esta situación de aislamiento había cambiado algo el reciente 13 de abril de 1947, cuando aterriza el primer avión en Chile Chico. El pueblo en pleno sale a recibir con vítores a este pequeño aeroplano que, al fin, los conectará con el resto del país. En él vienen Nacho Tagle y otros incondicionales amigos de los Cosmelli. El acontecimiento, en gran parte gestionado por mi papá, es celebrado con un almuerzo en la cancha de aterrizaje, que se construyó con la participación de muchos habitantes de la zona, que captaban su importancia.

Con todo, y a pesar de las precariedades y complicaciones propias de la lejanía, mis padres disfrutaban de esta vida intensa y llena de gratificaciones. Pequeños logros cobran enorme valor, como lo ocurrido el 8 de mayo de 1946, pocos meses antes de que naciera León. Mi papá anota: “Hoy se molió harina de trigo por primera vez en la historia de Chile Chico. Así va progresando nuestro pueblo”.



MÁS COLONOS ESPAÑOLES

Motivados por Atilio, en 1950 llegaron de España hasta la Patagonia chilena su hermano Juan Cosmelli con su señora Maribel Basols y sus tres primeros hijos. Se instalaron en Puerto Murta, en la ribera sur del lago General Carrera. Maribel tuvo seis hijos más y soportó estoica la dureza del clima durante doce años. Culta, con profundos conocimientos de inglés y francés, ejerció como profesora en ese poblado, que recibió agradecido sus aportes docentes y su contribución a la formación cristiana de los habitantes de Puerto Murta.

Ese mismo año, 1950, y también de España, vinieron a instalarse a la zona la tía Uca, hermana de mi papá, con su marido Antonio Llompart y Fernando, el primero de sus hijos. El tío Toni, de gran espíritu pionero, se dedicó a la agricultura, mientras la tía Uca se ocupaba de la familia, como una esposa perfecta y sumisa. Poseedores ambos de caracteres complementarios, nosotros los vimos siempre como un matrimonio verdaderamente ejemplar.



El tío Juan Cosmelli con Fernando en brazos, la tía Maribel Bassols con los mellisos Juan Carlos y Lidia, Judith y Elizabeth.



En la primera casita de San Jose vivieron el tío Toni y la tía Uca por seis años.



La tía Uca con Álvaro y la María
Eugenia Llompart Cosmelli, 1956



Tío Toni, Fernando, León, Lucy y tía Uca



La tía Uca, su hermana Marta, de visita en Chile,
y los tres primeros niños Llompart Cosmelli.

Cuenta mi prima María Eugenia Llompart Cosmelli que cuando se acercaba el momento de su nacimiento, sus padres se fueron a la casa de mis papás en Chile Chico, en uno de los barquitos que cruzaban el lago. Allí, con el propio tío Toni como partero y los auxilios de improvisados voluntarios, nació María Eugenia antes de que la matrona alcanzara a llegar. Los únicos partos que el tío había presenciado eran los de las ovejas, o sea que su preparación era nula. Pero su calma y tranquilidad infundieron confianza a todos y la tía dio a luz sin contratiempos. Años después, y del mismo modo, nacieron Álvaro y Marta. Un relato muy similar me hizo mi prima Judith Cosmelli Bassols, nacida también el año 52.

Seis años estuvieron los tíos y primos por allá, luego de lo cual se trasladaron a un campo de la zona central, donde nacieron Carolina y Antonio.

Durante diez años, en San José de Mallín Grande solo existió una casita de madera. En 1960 mi papá comenzó a construir una casa de ladrillos de mayores proporciones, que se conserva hasta hoy. Él mismo supervisó la fabricación de los ladrillos en el lugar y llevó cada clavo en el bolsillo. No había camino por tierra, solo se llegaba en barco por el lago, lo que hizo el traslado de los materiales una faena larga y peligrosa.

Desde el principio, ese campo ha sido difícil de trabajar. Su mayor valor es la hermosura y pureza de su paisaje. Con gran esfuerzo, lo limpiaron, lo empastaron y pusieron ovejas,

que se atendían sobre todo en verano. Entonces había que reunir las para el baño y la esquila. Mis hermanos y yo –según las fuerzas de cada uno– participábamos encantados en esas labores y en la corta de pasto para el forraje de invierno.



Construcción de la casa en San José, el constructor fue el tío Toni Llompart.

También el ganado vacuno era y es hasta hoy otra de las actividades productivas de ese campo. El traslado de los animales, para llevarlos a la feria y venderlos, sigue siendo todo un acontecimiento. A veces se transportaban en barco, para lo cual había que subir a esas bestias muy bagualas una por una con la grúa, todo un espectáculo.



Traslado de animales en barco, medio que se usó hasta la construcción de la Carretera Austral, en 1987.

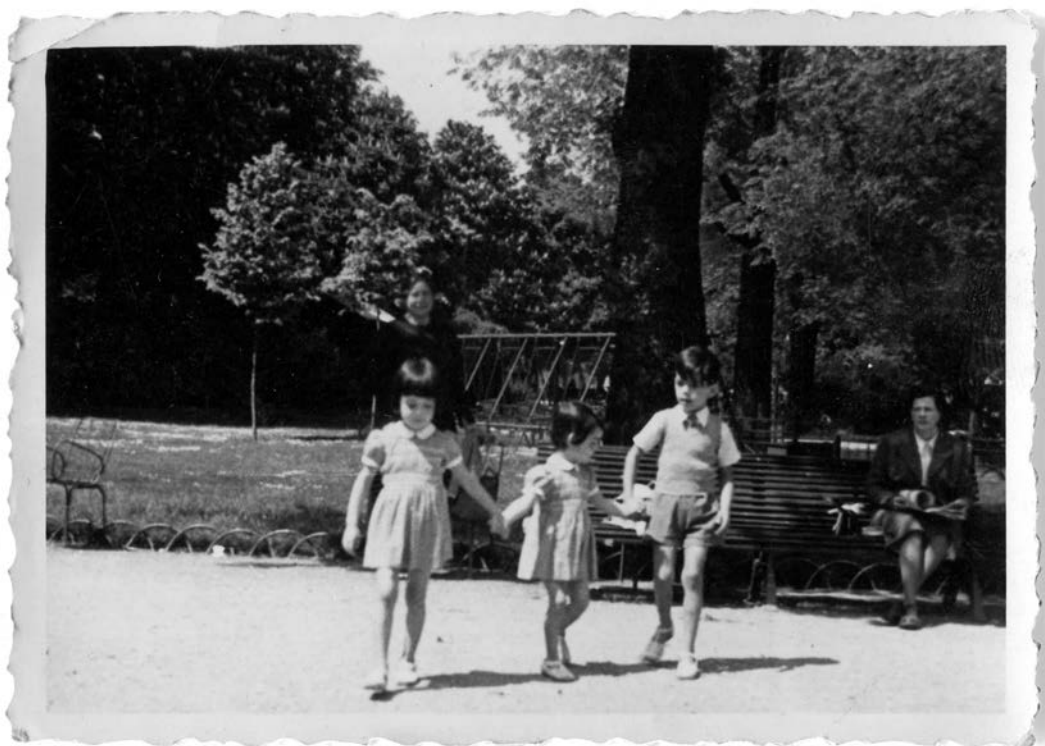
Otras veces los piños se iban semanas andando hasta llegar a alguna feria, extenuados. El largo trayecto los enflaquecía, por eso decía mi papá que aquí nadie se hace rico. Ahora es muy distinto, la gente aprecia el valor y la belleza del lago General Carrera, del espacio, del paisaje, lo que ha fomentado el turismo. Cada año aparecen empresarios con grandes proyectos. Si mi papá viviera, rogaría a Dios que fueran personas con amor a la naturaleza y respeto por estas tierras y por quienes las habitan.

CRECE LA FAMILIA

Justo un año después del nacimiento de León, llega Pilar, el 1 de septiembre de 1947. Es una hermosa niña con piel de porcelana, a la que sigue Carolina, que nace el 15 de diciembre de 1948. Desde el primer día mi madre advierte lo buena moza que será, morena, como el papá.

Y aunque cada embarazo es distinto al otro, todos son buenos. Lucy conserva su vigor y su alegría:

“Tengo claro que mi tarea primera, segunda y tercera es educar, ser madre, y quiero ser una mamá respetuosa, entretenida. Veo la importancia de todos los detalles, me gusta estar cerca, llevarlos de paseo, verlos jugar con otros niños. Todo tiene que convertirse en un panorama, hasta las cosas más simples, porque panoramas acá no hay ni habrá si uno no los inventa. Con los que ya caminan vamos a buscar manzanas cuando calienta el sol para que tomen harta vitamina D. Son muy sanos en general, les doy aceite de bacalao, miel y estas manzanas de Chile Chico, que son fabulosas. “One apple a day keeps the doctor away”...”



Pilar, Nina y León.

El tío Ismael Pereira, hermano de mi mamá, llega de visita el año 1948 a Chile Chico y cuenta después en sus memorias:

Luz había arreglado, como siempre lo hacía, una casa muy bonita, atractiva y agradable. Creo que hasta tenía agua corriente, una novedad en la zona; al principio se bañaba en una gran batea, echándose agua con baldes. La casa estaba situada en la plaza principal, frente al lago, pero atravesar dicha plaza era punto menos que imposible, debido al viento.

Luz tenía ya dos niños, Leoncito y Pilar, esta última de pocos meses. Atilio contaba con su propio barco, La Estrella, que era el centro de su vida. En él hicimos un viaje hasta el fondo del lago, a Bahía Murta, donde Atilio era propietario de una pulpería y un aserradero. El trayecto corría por un brazo del lago, precioso, rodeado de bosques, que salía en dirección norponiente. Proyectábamos visitar al regreso una estancia que Atilio tenía ahí, San José de Mallín Grande, pero la marejada y lo avanzado de la hora lo impidieron. Al pasar por una angostura, frente a la mina de plomo de Puerto Cristal, el motor se paró, dejando a La Estrella a la deriva, a merced de la corriente y el viento. Mientras Atilio y el piloto trataban de reparar el motor en el interior del barco, improvisamos una vela hecha con sábanas, la amarramos al mástil y, sujetándola como pudimos, Luz a un lado del puente y yo al otro, logramos enderezar la nave, ayudados de un marinero que manejaba el timón. El desperfecto duró alrededor de una hora, durante la cual pasamos bastante susto, pues la corriente nos quería lanzar contra las rocas. Con el bamboleo y el susto Anita se mareó, y solo por momentos podía ayudarnos a sujetar la improvisada vela. Al fin partió el motor; no recuerdo música más hermosa que su zumbido, cuando lo oímos desde el puente. Llegamos a las diez de la noche a Chile Chico, donde ya se preparaban para salir a rescatarnos, o para organizar el velorio.

Yo quedé con una pobre impresión de Chile Chico, pero con una muy grande de Luz, que asumió allí un rol de pionera.

Diecinueve meses después de Carolina, el 31 de julio, llega Luz, con su carita redonda de durazno maduro. Como sus hermanos, nace en Santiago.

Ese año mis padres tenían un plan muy especial: partir por seis meses a Europa. Mi mamá confió su guagua recién nacida a su hermana Eliana, madre de 6 niños, y a la Chepina, la querida y fiel nana de tantos años. Los tres mayores –León, Pilar y Carolina– ya podían moverse un poco por sí mismos, y viajarían con ellos para ser presentados a la enorme parentela en España. Atilio no ve a su madre y hermanos hace diez años.

“Fue un viaje fantástico, aunque mi corazón estaba partido en dos, porque veía a la Lucecita crecer a pesar de la distancia, podía adivinar sus gracias, sus descubrimientos. El instinto maternal me hacía sufrir en silencio, no decía nada pues los pasos ya estaban dados y había que seguir hasta el día del regreso, que para mí siempre ha sido lo mejor en todos mis viajes”.

Aparte de conocer a toda la familia de Atilio, Lucy aprovecha de comprar lámparas de Mallorca, de la famosa cristalería Gordiola, y muchos metros de tela para la casa que Nacho ya había comenzado a trazar en Las Condes. Por fin en Santiago, el reencuentro es una fiesta.

“Qué impresión, qué regalo fue encontrarme con mi Lucecita de seis meses, criada y gordita. Ya se sienta sola, come con muchas ganas y ha desarrollado con la Chepina un lazo imborrable”.



Con tíos y primos Cosmelli
en Palmas de Mallorca.



La Chepina con la Bárbara, Cristóbal y la Luz.

Esta mujer pequeña, Corina Álvarez, a quien los niños bautizamos como Chepina, había llegado a la casa de mi abuela junto con su hermana Margarita, ambas huérfanas. De pelo colorín y ojos azules. Llamó la atención del pintor chileno Pedro Lira por su belleza, éste la vió un día en un carretón en la Vega y le pidió que asistiera a su taller, para retratarla. El cuadro se titula “Flor silvestre” y está en el museo de Bellas Artes de Buenos Aires. La Chepina nunca nos abandonó; murió en la casa, ya viejita, después de recibir y criar a los cinco últimos niños Cosmelli Pereira. La queríamos más que a una abuelita y gritábamos de alegría cuando cada mañana la veíamos aparecer cargada de mamaderas.

Después de Luz seguí yo, Bárbara, que nací el 25 de noviembre de 1952. Según mi mamá, desde muy niña fui sacando mi propia personalidad y mis garritas para defenderme. Efectivamente, yo sufría cuando me cortaban las uñas por mi extrema sensibilidad en las yemas de los dedos. Debía pasar un par de días con los brazos medio estirados y sin poder sacarme la ropa porque se me ponía la piel de gallina. Mi mamá también hablaba de mi imaginación y de cómo me gustaba imitarla pasando el plumero, la escoba o lustrando zapatos. Al parecer, para ella era muy bueno tenerme de niña de los mandados.

Debo agregar que ese año asumió su segundo mandato como Presidente de la República el general Carlos Ibáñez del Campo. Tenía gran interés por la zona, por sus límites y fronteras y el abandono en que se encontraba. Debido a ello, la visitaba con cierta frecuencia, lo que generó una gran cercanía con mis padres. Años más tarde, la Undécima Región de Chile pasó a llamarse Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo, lo que fue una alegría para nosotros.

Cristóbal fue el próximo hijo, nacido el 23 de abril de 1954. Por fin otro hombre. Mi papá soñaba con traspasarles su experiencia a sus hijos varones, que solo fueron dos, aunque a todos quería enseñarnos a sobrevivir con lo que viniera,

“con penitencia o con perdices”, como predicaba. Desde chico, Cristóbal lo seguía como un perrito y estaba atento para aprender acerca de las herramientas, los nudos con cordeles, los barcos, el lago, la oficina, todo. Mi mamá se atemorizaba, temía que tuvieran un accidente. No estaba de acuerdo con su marido en hacer a sus hombrécitos grandes y valientes demasiado rápido. Ella era más precavida. Había visto cómo las aguas se pueden tragar al más bravo en un minuto, con bote y todo.

Para ella y mi papá cada hijo era una bendición de Dios, llenaban la exquisita casa de Chile Chico que, a pesar de estar, en el último confín de la tierra, fue un centro de enorme de energía, visitada por mucha gente: científicos, amigos, sacerdotes y cualquier personaje relevante que apareciera por la zona. Se acogía a todo el que lo necesitara.

Además de preocuparse por sus hijos, mis padres ayudaron a todo el que lo requiriera, sin distinción. Su sueño era traer adelantos a ese lugar tan remoto. Se necesitaban caminos, puertos, aeródromos.



La mamá y el Presidente Carlos Ibañez del Campo.



Luchito Neira y Cristóbal con don Amadeo Leitchle en la corta de pasto, vecino de San José. Fue domador de las tropillas de Lucas Bridges.



Sobre la cabina de la Estrella, al fondo la playa de San José

Los años pasan y la madurez va sintiéndose como algo estupendo para mi mamá, quien, con cuarenta y tres años, descubre que por séptima vez está embarazada. El 28 de julio de 1955, cuando en Chile Chico todo estaba blanco y de manera excepcional en Santiago también nevaba, llegó la Nievcita. No se la esperaba tan pronto y pilló a mi papá desprevenido. Corrió a Coyhaique con sus botas llenas de barro y su clásica boina de paño con la que se protegía de los vientos ayseninos. A empujones, nervioso, se subió al avión que partía a la capital. Debía ir a recibir a su hijita Nieves, una negrita exquisita con dos rayas de ojos que lo llenó de ternura.

A las pocas semanas, y haciendo honor a su fortaleza física y emocional, mi mamá vuelve al sur, donde han quedado sus otros seis niños. Los cuatro más grandes van a la escuela del pueblo, junto con los demás estudiantes del lugar. Y los dos restantes esperan ansiosos la llegada de la mamá y la nueva hermanita.

Mi papá no para nunca, pero la comunicación entre ellos es excelente. Le cuenta a su mujer todo lo que se le pasa por la cabeza, le consulta las decisiones, los problemas del pueblo, hasta los últimos detalles, como de qué color pintar un barco. Estar solos contribuye a la unión, pese a ser tan diferentes. Lucy sabe que se necesita perseverancia, paciencia, comprensión y amor para aceptar al otro tal como es.

No es fácil el matrimonio. Solamente si se ponen los ojos en el Eterno, el amor humano puede ser para siempre. Hemos sido y somos complementarios. Atilio se impone con autoridad y a mí me hace sufrir cuando les quita el chupete a los niños. ¡Qué manera de gustarles el chupete a Cristóbal y a la Barbarita! Incluso ahora que son grandes, se lo sacan a la guagua, lo chupan cada uno un ratito y luego se lo devuelven.

Mi Nievécita es todo terreno, no quiero que nadie me ayude a cuidarla. Es rebosante de energía, no le gustan los calcetines ni los zapatos, así es que a pata pelada da sus primeros pasitos. Hace pocos días le hicimos un precioso bautizo, celebrando también la llegada de Pola, su madrina. Ella es un ángel que Dios me mandó desde Inglaterra, una amiga de aquellos dos años vividos allá con mi familia después de la muerte de mi adorado papá. Pola es amorosa, sabia. Para ella es una aventura venir a instalarse con nosotros en Chile Chico. Habla inglés con los niños y me conecta con mis años de colegiala en Londres.

Lucy ya está completamente integrada a Chile Chico. Se admira y aprende de las personas que la rodean, que viven contentas en estas lejanías. Poco a poco va surgiendo entre ellas una amistad verdadera y natural e intercambia con otras madres puntos de crochet y recetas de cocina. Se declara absolutamente feliz dentro de su casa, dentro de ese pueblo.



Nina, Luz, Cristóbal, la mamá con la Nieves, la Pilar, la Bárbara, el hijo de los cuidadores y León singando la chata.



Pilar, Luz, León, Carolina, la Pola, la mamá con la Nieves en brazos y la Bárbara.



La mamá con la Luz, Bárbara, Cristobal y Nieves.

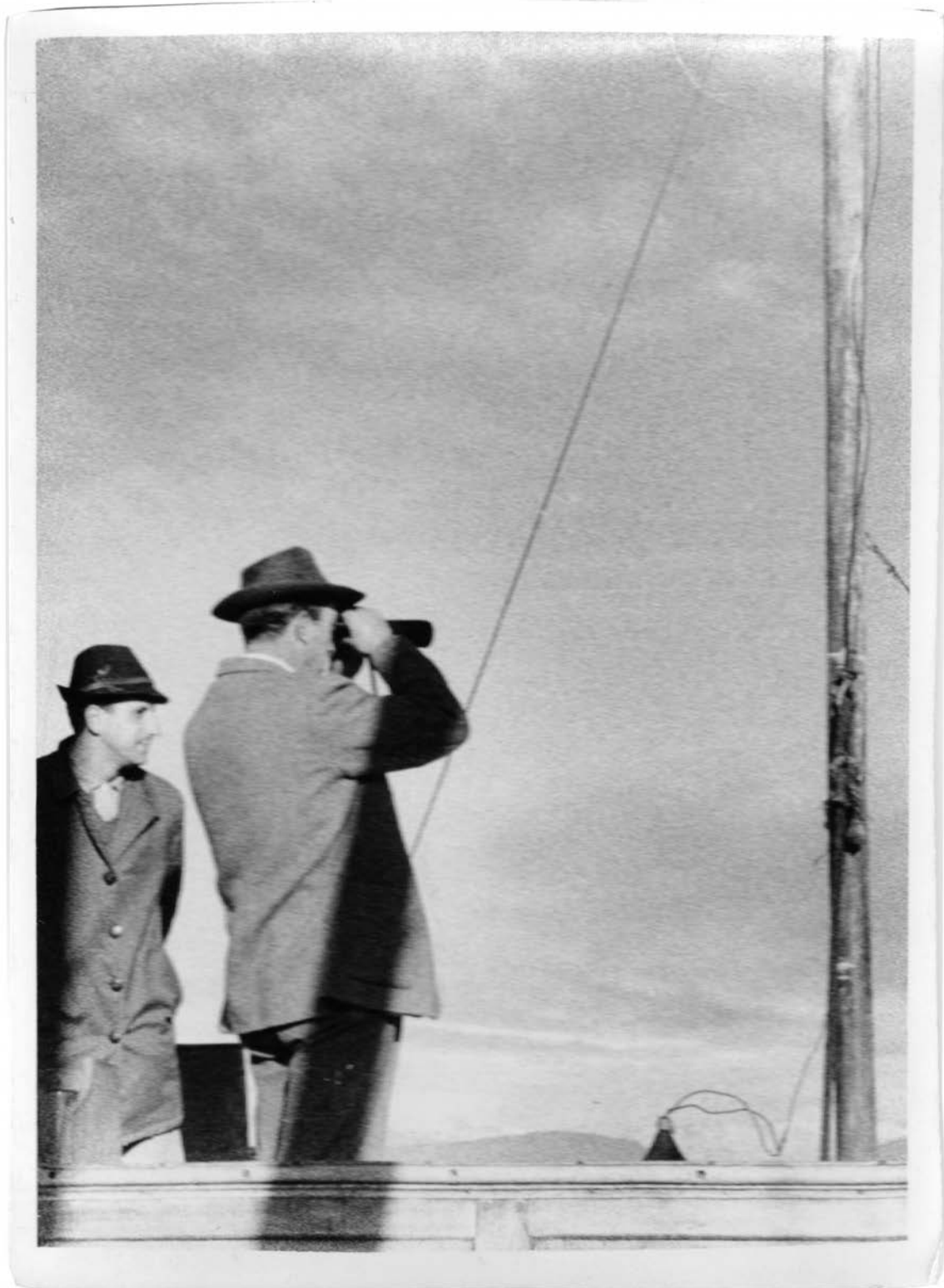


Las panas eran frecuentes.



La mamá comiendo cordero.

**MI PAPÁ INTENDENTE,
ADIÓS A CHILE CHICO**



En 1958, poco después de que asumiera don Jorge Alessandri Rodríguez como Presidente, mi papá fue designado intendente de Aysén, lo que hizo que toda la familia nos trasladáramos desde Chile Chico a esa ciudad. Años más tarde, en el marco de una campaña política de 1965. La mamá hizo un discurso que destaca la labor del papá en este período:

Atilio fue nombrado intendente de Aysén el año 1958, por el recién elegido Jorge Alessandri Rodríguez. Cumplió su labor en forma destacada, con prudencia e inteligencia, características que poseía. Con mucho dinamismo y capacidad de servir, pudo desde este cargo gobernar con orden. Era metódico y puntual, diariamente comenzaba a las ocho de la mañana a recibir en audiencia tanto al destacado político como a la viejecita que quería contarle sus penas, sus problemas familiares o sobre la tenencia de las tierras. Asunto que enfrentó con especial interés y cuidado, para hacer justicia con los pobladores. Todo problema tenía solución y el dinero, aunque escaso, era sobriamente administrado, no se podía dilapidar en cosas vanas, pues había demasiadas necesidades urgentes.

Edificio de la Intendencia
y la casa del intendente.



El equipo del papá
en la Intendencia.



Para mí, abandonar Chile Chico más el nuevo cargo de mi papá significaron cambios que registré en mi propio diario:

1958, fue un año muy importante para mí. *Cumplí seis en noviembre y entré al colegio por primera vez. Y el 16 de ese mismo mes nació mi hermanita Gracia, que fue la número ocho. Muy graciosa, se parece al papá, con una nariz chica, respingada y unos rulos dorados. Mi mamá dice que haber tenido una guagua a los cuarenta y seis años es un gran regalo de Dios, ella pensaba que se habían acabado los hijos. Hacía apenas un año, y con seis meses de embarazo, había perdido a una niñita que alcanzó a bautizar con el nombre de María Luisa. Será siempre un angelito en el cielo.*

Dejamos Chile Chico, la escuela a la que asistíamos, y nos fuimos a Puerto Aysén. La mudanza fue un episodio que tengo borroso, solo recuerdo que mi hermana Nina, quiso venirse en un camión para proteger a una gallina que acababa de sacar pollitos y que ha sido la “fundadora” de nuestro enorme gallinero. Me entretiene ir a buscar huevos y mirar ese mundo desde la ventana de mi pieza. Me alucina la independencia de las gallinas.

El papá viene de la oficina a la casa en unos minutos. Ahí instaló para Cristóbal una mesita chica al lado de su enorme escritorio. ¡Qué suerte, lo tiene de secretario! Aunque el verdadero secretario en la Intendencia es Rodolfo Stangue, un joven carabinero que junto a su esposa Coca fueron trasladados hacia Aysén y hay también muchas personas eficientes y cariñosas trabajando allí. La Intendencia está al lado de nuestra casa y todo se ubica frente a la plaza: la catedral, el gimnasio, la casa de la Verónica Vargas, que vive en el segundo piso del Banco del Estado porque su papá es el jefe. También está la tienda del señor Pualuan, donde venden de todo, desde ollas hasta zapatos, es linda y grande. El Día de la Madre compré ahí un florero para una sola flor. Al lado está la tienda de las señoritas Pino. El mostrador es altísimo, apenas me ven cuando llego. Son dos hermanas tan viejas que pienso que un día no las voy a encontrar a ellas ni a sus exquisitos caramelos a un peso. Voy casi todos los días.



Tía Eliana, Mamefía y mamá. Delante 7 de los hijos.



Muelle de Puerto Aysén.

Todos en Puerto Aysén se conocen y las noticias vuelan. Repicaron las campanas de la iglesia y escuché que fue nombrado un nuevo Papa, Pablo VI, y muchas cosas van a cambiar. Por ejemplo, podremos comulgar una hora después de comer.

A mí me ha gustado este cambio de vida. La casa es grande y algo vacía. Tiene un corredor tan largo que podemos andar en patines y en triciclo. Los carabineros nos prestaron camarotes con unas barras que sirven para hacer gimnasia. También hay unos muebles con espejo que me tienen muy intrigada, no me explico cómo se produce la magia para que todo se vea repetido.

En este pueblo hay más gente que en el otro, se nota sobre todo los domingos en la plaza, a la salida de misa. Es muy entretenido, toca la banda de los carabineros y las mujeres paseamos del brazo en redondo por la plaza mientras los hombres lo hacen en sentido inverso. Cuando nos cruzamos, cada cual busca a su pareja. Adentro de la iglesia, ellos están a un lado y nosotras en el otro y nos comunicamos con las miradas. Mis hermanas ya tienen cada una su pinche. Yo soy la recadera, la que lleva papelitos, porque mi papá no las deja salir mucho.

Cuando pasan cosas importantes nos enteramos porque tocan las campanas de la iglesia. Según la melodía, sabemos si es misa, incendio o un funeral. Yo nunca había participado en un funeral tan emocionante como el de ayer. Se murió una viejita muy querida, las campanas comenzaron su lamento y todos corrimos a la iglesia para una despedida que terminó en el cementerio, al otro lado del río, cuando anochecía. La banda y las lloronas, vestidas de negro, seguían ahí con muchas familias y niños. Yo aproveché de llorar también y desahogarme y compartir la pena de

todos con las mías, porque a veces siento que no me entiende nadie, que los grandes me ponen nerviosa y mis hermanos se ríen de mí.

Una noche, como a las tres de la mañana, empezaron a repicar las campanas anunciando incendio. Nos pusimos los abrigos y las botas encima del pijama y corrimos hacia el incendio, que iluminaba varias cuadras. Era la casa de los Cárcamo, las casas de madera se queman rápido y no alcanzaron a sacar a la Carmen Gloria, era la menor y amiga de la Nieves, que dolor.



EL NUEVO COLEGIO

Y siguen mis apuntes sobre lo mucho que me cambió la vida:

Las Siervas de Jesús se llama el colegio al que vamos. Es una casa de madera de tres pisos. Cuando pasa un camión parece que hubiera terremoto, las tablas crujen con el viento, también cuando caminamos por los pasillos y escaleras. En el tercer piso duermen las internas. Mi mamá a veces debe viajar a Santiago, entonces la Nina y la Luz se quedan internas por unos días. Una vez yo dormí ahí con ellas, nuestras camas estaban separadas por cortinas y nos obligaban a guardar silencio.

En el primer piso están las salas de clases y el patio donde jugamos. Las que se portan mal deben hincarse un rato. Mi profesora es la señora Nena Fortes. Sus hijas –Nenuca, Cristina, Carmen Gloria y Angélica– están también en la escuela y son nuestras íntimas amigas.

La profesora nos da tareas por fila porque hay alumnas de todas las edades, y luego desaparece por una puertecita al fondo del patio, que para mí es mágica, aunque sé que da a su casa. Se va a cocinar y después vuelve a revisar las tareas. Casi siempre nos encuentra jugando cerca de la estufa donde calentamos piedras que metemos en los bolsillos.

El primer día de clases en el colegio lloré cuando empezó la Canción Nacional, la encontré muy triste. Al terminar el Acto Cívico corrí donde la Nina, mi protectora, asignada desde hace muchos años, porque para hacer más fáciles las cosas mi mamá encargó a cada uno de los más grandes preocuparse de un chico, lo que a mí me gusta, pues la Nina se lo toma muy en serio. Le dije que



Desfile escolar en Puerto Aysén.

necesitaba ir al baño. Me llevó a un lugar muy raro y hediondo, sin lavatorios ni excusados, solo unos compartimentos donde había que agacharse y hacer pipí en el aire. Ni siquiera estaba el cajoncito de madera de “las casitas” que teníamos en Chile Chico. Por estas tierras en ninguna parte se tira la cadena, no existen las tazas de loza blanca, como en Santiago. Cuando llegó la primera a Chile Chico la gente salió a mirarla después de que un camión la dejó en la plaza, era la gran novedad.

También pasan cosas divertidas. El otro día un niño se me acercó y me quiso levantar la pollera. Yo lo encontré bastante ordinario, así que le conté a mi mamá. Ella decidió retirarnos del colegio por un tiempo y mandarnos a clases particulares donde la señorita Calderón. Es amorosa la viejita, pero prefiero ir a Las Siervas de Jesús, donde puedo jugar con mis compañeras.

En las tardes me hace clases la madre Luna en la clausura. La profesora de Cristóbal, la madre Antonia, es muy bonita. También la madre Amadora y sor Lucía, del hospital. A veces van a la casa y nosotros hacemos representaciones en inglés. Me encanta cantar “Oh where, oh where has the little dog gone. Oh where, oh where can he be”. A veces yo soy el perro, otras veces canto. Tenemos un teatro perfecto, porque entre el comedor y el living hay unas cortinas blancas; se abren y comienza la función.

Como me estoy preparando para la Primera Comuni3n, me pusieron entre las Hijas de María. Las reuniones son los martes. Al finalizar nos dan una florcita de papel que tiene escrito por el revés un sacrificio para la semana. Hoy me tocó “Ayudar y servir sin reclamar”. Quiero que me resulte, aunque soy muy rabiosa y picada. O sea, ayudar me gusta, sobre todo porque me da pena mi mamá y la Chepina, que tienen que hacer tantas cosas. Por eso si mi mamá se acomoda en un sofá con un libro, pero se le han quedado los anteojos o el vaso y le cuesta pararse, yo se los llevo. También me gusta lustrar los zapatos y ordenar los clósets donde hay unas torres de delantales blancos, almidonados, tan tiesos que parecen de cartón.

Todos los días en el corredor de la casa hacemos un tren con las sillas de caña, que son como treinta. Jugamos horas y horas sin percatarnos de que afuera hace frío y llueve sin parar. Mi mamá pintó las paredes amarillo limón porque hay muy poco sol y así la casa está luminosa, como si resplandeciera.

Los cuatro chicos no comemos en el comedor casi nunca. Eso me gusta porque nadie nos apura, sobre todo cuando hay sopa de letras, que nos fascina, y hacemos competencia de palabras con Cristóbal, que es como mi mellizo. Con él tenemos una casa fabulosa arriba del pino gigante del patio de atrás. Desde ahí hemos descubierto cosas divertidas y otras terribles, como la siguiente: una vez a la semana en el patio de la Intendencia matan una oveja. Es macabro, le entierran un cuchillo en el cuello, la oveja no se mueve ni grita, cae al suelo, mira con ojos de resignación. Nos produce pena, pero más pena tengo porque mis tres hermanos mayores, León, Pilar y Nina, tienen que irse el próximo marzo a estudiar a Santiago, internos a algún colegio.

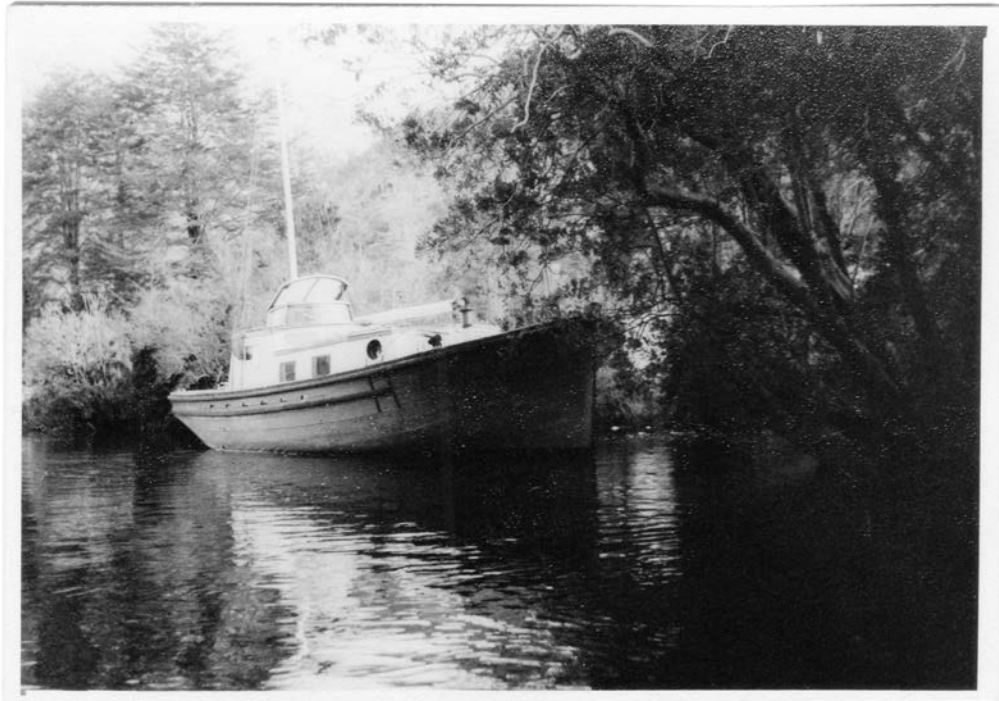


Iglesia Catedral, Puerto Aysén.



Navidad, reparto de regalos en la Plaza de Puerto Aysén 1959.

LA LUCIÉRNAGA



Mi papá, que tenía genes de marino, acondicionó un casco de madera de 16 metros de eslora que compró y trajo en un camión desde Argentina y lo transformó en una estupenda nave, ayudado por su hermano Juan Cosmelli que también era artista con las manos. Juntos construyeron “La Luciérnaga” un prodigio donde podíamos dormir, cocinar, comer y hasta hacer nuestras necesidades. Una enorme cantidad de gente cabía en este barquito familiar, que navegaba por los canales y se guardaba cerca de Puerto Chacabuco. Cada centímetro estaba pensado y aprovechado. De noche, lo que habían sido mesas y asientos se transformaban en camas y camarotes, y esto permitía a mi papá invitar a políticos, biólogos y exploradores de todas partes del mundo, sin embargo, los más asiduos eran los parientes y los amigos íntimos.

El baño no era gran cosa, pero como el barco iba recalando en ensenadas, los más “delicados” bajaban a tierra y se escondían bajo una nalca o detrás de un tronco caído.

En ese entonces Aysén, aunque no está en la costa, se consideraba puerto gracias a que la profundidad del río Aysén permitía la navegación, pero ya en la década del '60 el río comenzó poco a poco a embancarse, producto de sedimentos arrastrados desde su cauce superior. El puerto entonces se trasladó a la costa, al punto donde actualmente se encuentra Puerto Chacabuco.

Es importante recordar también que el año 1960, tuvimos en Chile un enorme terremoto, con epicentro en Valdivia, que dejó gran cantidad de muertos y en Aysén trajo grandes repercusiones sobretodo en el movimiento de la tierra y los ríos de la zona. Esto produjo que pasásemos muchos días durmiendo vestidos, con nuestra maleta en mano por si era necesario escapar. En este momento fue que nuestro querido amigo, Rodolfo Stangue asumió la enorme responsabilidad de coordinar toda la emergencia.

Cada una de las salidas fue inolvidable y tomamos muchas fotos. La laguna San Rafael era, año a año, la travesía más esperada, y aún recuerdo miles de anécdotas en las termas de barro, durante las tempestades, y en cada lugar que visitábamos. Creo que ninguno de nosotros puede olvidar el grito terrorífico de ¡hombre al agua!, que varias veces escuchamos. El peor fue durante un viaje con nuestros primos Pereira. No sé qué pasó, pero la Carmen, por suerte provista de una gruesa parca que se infló al caer al mar, voló por los aires para aparecer al rato en medio de las olas y de la oscuridad de la noche, lo que obligó a José Miguel, su hermano, a lanzarse a las heladas aguas.



Esa “lancha”, como la llamábamos, prestaba importantes servicios a la comunidad. Recuerdo muy nítidamente el día que capotó una avioneta que acababa de despegar y, como de costumbre, había pasado por sobre el pueblo haciendo un ruido espantoso. Al poco rato de desaparecer de la vista se sintió el estruendo y todos adivinamos la desgracia. Entre los pasajeros iban nuestro querido obispo, monseñor César Gerardo Vielmo, la madre Antonia, profesora de Cristóbal, y veinte personas más. El papá abordó inmediatamente el barquito y partió en busca del avión siniestrado. Navegaron un par de horas hasta que divisaron los restos de la nave casi colgando de los enormes árboles de la ribera. Solo una persona se salvó y el rescate de los cuerpos fue un doloroso trabajo en el que participaron muchos voluntarios del pueblo.

En cada viaje mi papá adelgazaba algunos kilos. Los canales son complicados, traicioneros, traen palos enormes, la marea varía ocho metros entre la pleamar y la marea baja. Más de una vez encallamos para luego quedar en seco, escorados totalmente, tumbados sobre un costado. La mamá se aterraba, pero al final no quedaba más opción que esperar a que subiera la marea. Era peligroso, pero al papá le gustaba que saliéramos en familia, observáramos el maravilloso entorno, lucháramos y aprendiéramos, entre otras cosas, a mariscar. Después la cosecha se convertía en curantos y panzadas de erizos.



Cuando iba nuestra familia en pleno se formaba una apretada convivencia entre nosotros y la demás gente. Muchos ángeles deben habernos protegido porque navegábamos en armonía, pese a lo reducido del espacio. Para mí era como una casa de muñecas, por eso el lavado de los muchos platos y otros menesteres los ejecutaba sin quejarme. Echaba el balde al agua después de amarrarlo, y cuando sentía el fuerte tirón debido a la corriente, como si fuera un entretenido juego lo subía, enjuagaba el cerro de platos y lo lanzaba de vuelta al mar para llenarlo de agua limpia. Cuando comíamos en tierra algún curanto o un picnic, utilizábamos la arena como detergente para lavar platos y utensilios. Aprendimos que ese y otros mil detalles se solucionan con ingenio cuando no hay nada.

PUERTO CISNES



Los niños de la obra Don Guanella, fundadores de Puerto Cisnes

Muchos de los grandes adelantos que realizó mi papá como intendente, recién los vine a comprender gracias a los testimonios —que citaré más adelante— de quienes lo conocieron a él y su obra. Fue una etapa importante para la zona, yo era muy chica para darme cuenta. Sin embargo, lo que recuerdo siempre de nuestra vida en Aysén es la frecuente presencia en nuestra casa de doña Eugenia Pircio-Biroli, personaje fundamental en la historia de Puerto Cisnes, ubicado a 197 kilómetros al norte de Coyhaique.

Doña Eugenia, un buen día apareció en nuestra casa porque mi papá era la autoridad y ella necesitaba su apoyo y todo lo imprescindible para fundar un nuevo pueblo. Lo situaría en el punto donde se averió la nave en que viajaban ella y unos jóvenes de la Obra Don Guanella. Era 1959, pleno invierno, y el objetivo del viaje desde Santiago a Punta Arenas era encontrar en esa ciudad un futuro para aquellos niños. Pero el designio de Dios era otro y así lo entendió la señora Eugenia, cuando los desperfectos del barco los obligaron a recalar en un lugar desconocido de la costa. Era un punto del litoral muy bello pero de difícil acceso. Ni siquiera contaban con una fuente de agua dulce. Con todo, doña

Eugenia decidió que ahí se quedarían ella y los muchachos.

Así, se dirigió a mi padre —en ese entonces intendente de Aysén— para presentarle su insólito plan. Y muy pronto, doña Eugenia fue casi una más de la familia, tanto que sin siquiera golpear la puerta ella entraba a nuestra casa con toda confianza. Estaba determinada a fundar Puerto Cisnes, como bautizó al lugar donde el destino la había llevado. Nunca olvidaré su metro ochenta, sus bototos embarrados, su gran manta, su turbante, su vozarrón ronco y su acento italiano. Cuentan que hacía lo mismo cuando se dirigía a La Moneda a entrevistarse con alguna autoridad. Simplemente pasaba de largo, tranqueando fuerte, sin detenerse ni responder a los guardias.

Pocos días después de la muerte del papá, ella escribió un artículo en el que destacaba las cinco realizaciones principales que se hicieron en su naciente pueblo con el apoyo y la gestión no solo de mi padre sino también de mi mamá.

Yo viajaba a plantear problemas a Aysén, de quien dependía, pues no tenía municipio en Puerto Cisnes. Llegaba a la casa de Atilio Cosmelli, donde me recibían con gran cariño. Su esposa, doña Luz, muy simpática y sencilla, se preocupaba de las cosas que yo solicitaba pues cooperaba con su marido en la tarea de gobernar. Y continúa: Debo recordar que ella quiso mucho Puerto Cisnes, pues su papá, don Ismael Pereira Ñiñez, fue un pionero que recorrió a caballo estas tierras, buscando caminos para integrar Chile, razón por la cual nuestra plaza lleva el nombre de este patriota.

Mi mamá y doña Eugenia se hicieron grandes amigas. La italiana era estudiosa de la astrología e hizo la carta astral de algunos miembros de mi familia, aunque el resultado se lo mostraba solo a mi mamá. Sin embargo, una vez ella misma nos contó que las circunstancias astrales de mi papá le habían otorgado “un carácter autoritario en casa”. Para mí escuchar esto fue un gran alivio y me permitió relajarme frente a él. Comprendí que su modo tan drástico, tan apegado a la disciplina, era únicamente una manera de expresarse frente a la familia y no significaba que estuviera enojado por nuestras conductas y quisiera castigarnos con la dureza de sus palabras.



Su labor como intendente fue muy importante, se fundaron pueblos como Puerto Cisnes, Puerto Aguirre, Villa Mañihuales y otros.







A SANTIAGO

En marzo de 1962 la familia tenía que trasladarse a la capital para que los hijos fuéramos a buenos colegios y luego a la universidad. La mamá se iría con nosotros, pero a mi papá nadie lo movería de Aysén. Así, a principios de año llegamos en tropel donde la abuelita Luz, a la que cariñosamente llamábamos Mamatía, y nos acomodamos en su casa de la calle Bueras 188. Durante algunos meses, permanecemos ahí mi mamá y los ocho hermanos esperando la devolución de Villa Aysén, su casa en Las Condes.

Ese año anoté en mi diario:

Ahora estudiamos todos en Santiago, las mujeres en las Monjas Francesas y los dos hombres en el colegio Manquehue. Mi papá vendrá cuando pueda y apenas salgamos de vacaciones volaremos para Aysén.

Han sido meses entretenidos, pero muy tristes para mí. Lloro tanto por Aysén que los ojos me quedan hinchados y rojos.

Cada tarde la abuela nos convoca a todos en su pieza a rezar el rosario, que a los más chicos se nos hace eterno y que en forma disimulada transformamos en chacota.

Años más tarde, apunto:

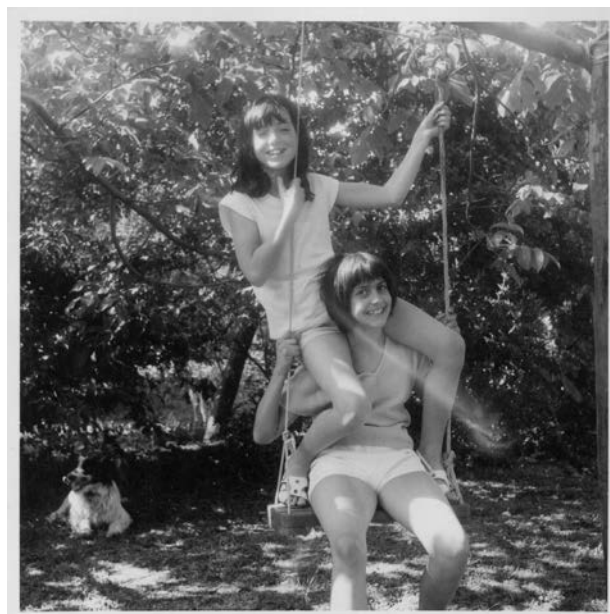
Recuerdo a esta abuela como una mujer simpática y alegre. Aún no puedo olvidar su risa cuando jugaba canasta y el triunfo era suyo. También me encantaba que me llevara al campo, a Almahue, y al subir al auto me pedía: "Barbarita, cuéntanos un cuento". ¡Cómo me conocía! Sabía que mis narraciones empezaban en Santiago y no paraban hasta que llegábamos al fundo, tres horas duraban. Mezclaba y aumentaba lo mucho que había leído y escuchado. Una vez allá seguía el ritual del rosario vespertino, la canasta y una variedad interminable de juegos que inventábamos los veintidós primos que nos juntábamos.

Cuando terminó el periodo como intendente, el año 1965, mi papá trasladó su residencia a Coyhaique, que se había constituido en la capital de la región. Solo sesenta kilómetros separan a ambas ciudades, pero Coyhaique ofrecía mejor clima y era más próspera. A los hijos nos habría encantado pasar todo el año allá y cada vez que íbamos la estadía se nos hacía corta.

Pero no había vuelta atrás; deberíamos adaptarnos a Santiago.

Mi hermana Nina ha coleccionado miles de anécdotas. Recuerda, por ejemplo, que un día llegaron a su casa las hermanas María Elisa y Blanquita Bulnes Ripamonti contando que habían aparecido en el colegio unas niñas extrañas con los pelos muy largos y pegados, que tejían en clase, hablaban cantadito y que venían de Aysén. La señora Elisita Ripamonti, su madre, que conocía a mis papás y toda la historia de los Cosmelli Pereira, les explicó el asunto a sus hijas y les pidió que fueran acogedoras con las recién llegadas. Desde entonces y hasta hoy hemos sido amigas del alma con las Bulnes.

Los papás seguramente sufrieron nuestras adolescencias, sobre todo en Santiago. No entendían las tenidas, para ellos estrafalarias, los pololeos, las excursiones para recorrer Chile. Sentían gran temor de que a alguna de estas seis hijas les pasara algo. Para nadie fue fácil adecuarse a la capital. Hoy, al recordar los chascos, nos reímos, ¡éramos totalmente sureñas!



Bárbara y María Eugenia Llompart.



La entrada y la casa de la Villa Aysen hasta el año ochenta.



NUESTROS VECINOS, LOS BENEDICTINOS

Un privilegio del que todos somos conscientes y agradecidos es que esta Villa Aysén, tan querida, esta nada menos que a los pies del Monasterio Benedictino de la Santísima Trinidad de Las Condes.

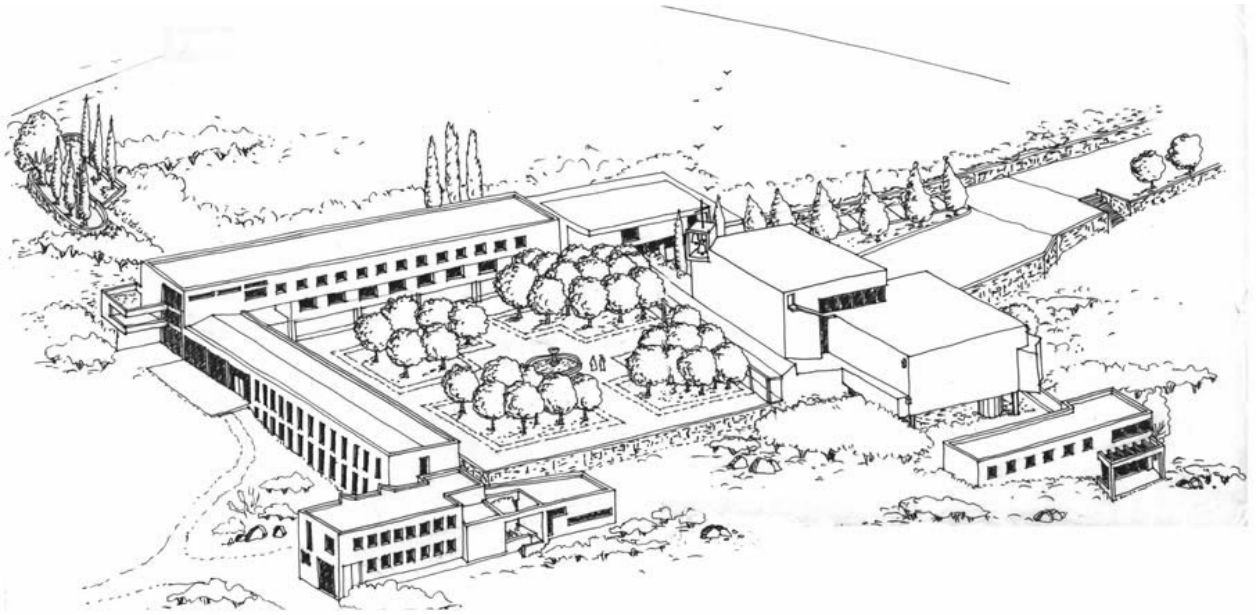
Siempre fue y seguirá siendo un oasis del que brotan múltiples gracias, el Ora et Labora en un ritmo maravilloso y la estabilidad de ellos nos han ayudado a todos. Siempre están ahí, siempre escuchan, siempre sonrien, siempre irradian una paz envidiable.

De chicas los veíamos pasar con ojotas y delantales, Baltazar, Enrique, Gregorio son algunos nombres antiguos, el Padre Ángel, que además de su enorme cariño y disponibilidad hacía clases de canto a los amigos del Monasterio que se lo pedían. Nos aceptó como sus alumnas a algunas de nosotras.

Para mi mamá y nosotras fue una enorme compañía y amistad, tantas veces subíamos a vivir la oración y la misa, no había cercos ni calles que nos dividieran.

La amistad con el Padre Mauro Matthei que perdura hasta hoy al que mi mamá recurría para que bendijera la casa y aprovechaba de pedirle que nos confesara, detrás de un biombo del living. El Padre Gabriel Guarda que sólo salía los jueves, a hacer múltiples trabajos de servicio a la cultura e historia de Chile, aprovechaba de pasar un momento donde la tía Bebé Pereira a tomar una taza de té a las 5 en punto, allí observé algunas veces lo hermoso de la tertulia culta, amena y elegante que tenían.

Un regalo de la Providencia Divina ha sido que el espíritu benedictino haya echado sus ramas en nuestra familia, a través del Movimiento Apostólico Manquehue.



¡POR FIN VACACIONES!



Al terminar el año 1962 la mamá y los hijos volvimos al sur a veranear. Primero acompañamos unos días al papá en Coyhaique, en la linda casa arreglada por ambos. Allí con frecuencia mi mamá proponía cambios o mejoras, tapizaba, enmarcaba grabados — cosa que siempre le fascinó hacer—, y que mi papá le celebraba.

El plan para ese verano comenzaba con un paseo por los canales en la Luciérnaga, con algunas amistades y luego nos trasladaríamos a San José de Mallín Grande, el campo a orillas del lago General Carrera. Era temporada de trabajo: había que bajar de los cerros a las ovejas para marcarlas, bañarlas y esquilas; cortar el pasto aunque estuviera lloviendo, y luego hacer fardos; juntar leña y mil y una tareas. Por entonces los hijos más grandes éramos una enorme ayuda para el papá.



En el living de la casa de San José.

La mamá, por su parte, además de leer, seguía dedicando su tiempo a arreglar lo que estaba roto, decorar con pocos elementos la casa, armar floreros y con las hijas mayores lavaba frazadas, cojines, cortinas y sacaba al sol los colchones. En la cocina se esmeraba en buscar variadas recetas para hacer el infaltable cordero de una manera diferente cada día. Si había suerte en la cacería, el almuerzo era liebre escabechada. Una ayuda grande era tener de vecinos a los descendientes de Fabriciano San Martín, fundador de Chile Chico. Solo debíamos cruzar el río para ver surgir frente a nuestros ojos sus hermosos huertos. Ahí nos surtíamos de lechugas, papas, habas y arvejas, además de deliciosas guindas y manzanas. Volvíamos cargadas de frutas y verduras, además de huevitos frescos.

Debo confesar la secreta envidia que me provocaban estas familias porque no se movían en todo el año de ese terruño tan querido. Y recuerdo con nostalgia las tardes pasadas con un mate y una cantidad impresionante de “tortas”, como llaman allá a las sabrosas sopaipillas fritas en grasa de cordero. Nunca olvidaré lo acogedores que fueron con nosotros.

El año 1966 anoto en mi diario:

Después de unos días en Coyhaique, donde vi a mis amigas, nos preparamos para partir en avión al lago. Aterrizamos en la cancha de arriba, mejor y más segura. Ahí nos esperaba la carreta tirada por los fieles Remiso y Bandera, unos bueyes fortachones, donde pusimos todo. Yo, por supuesto, traje el Silabario Hispanoamericano, agujas, hilos, botones y mis cachureos. Sé que encontraré acá a mis queridas amiguitas Vidal o las niñas Cofian y con ellas trataremos de mejorar la lectura. El año pasado algunas lágrimas echaron, pues al comienzo parecía imposible que juntaran las letras. Yo soy bien bruta con la ortografía, entonces me encanta sentir que se prenden luces en el

cerebro y de repente algo pasa y mis alumnas se largan a leer: “Mi-mamá-me-mima”. Qué satisfacción. También hemos fabricado muñecas de trapo con ojos redondos de botón, pelo, sonrisa, vestidos y todo. Los días más calurosos construimos balsas con neumáticos para meternos al lago, confeccionamos carpas improvisadas, o hacemos algunos trabajos con la greda que hay por aquí. Mi mamá entretiene a los más chicos e inventa ricos picnics. Nunca olvidaré sus “pasteles inventados”, que no eran otra cosa que pan con mantequilla y azúcar, pero nos parecían deliciosos.

Aquí no me importa andar cochina. Además, para bañarse hay que meterse al lago, que es heladísimo. A veces también se pone malo, en las tardes sale viento y las olas golpean fuerte en la orilla, lo que produce un ruido terrorífico con las piedras. Cuando está tranquilo llenamos los tambores con el agua que se usa para cocinar y para los baños. A mi mamá le calientan una tina y después a nosotros nos bañan por orden, empezando por las más chicas. Yo soy la tercera después de la Gati y la Nieves. El agüita aún está tibia aunque no muy transparente.

Atrás quedaron los tiempos del barco Estrella, ahora viajamos en una barcaza. Pero no puedo dejar de recordar cómo me encantaba cuando, aprovechando el viaje de las ovejas, nos embarcábamos todos y atravesábamos los lagos calentitos y agrupados con el piño, que para mí era de puras mascotas. Me gustaba tanto dormir con ellas en la bodega, el olor de la lana, hasta me parecía que acompañándolas iban más tranquilas. No me importaban los balidos de esas pobres ovejas, seguramente tan asustadas como mi mamá, que le da miedo el barco y el avión, ya que en los dos hay hartos accidentes. Se va todo el viaje rezando.

Termina el verano y el temporal, se vino de nuevo, con harta lluvia. Tuvimos algunos días buenos, aunque lo normal es que el cielo azul no dure muchas horas, las nubes gordas y de colores viajan sobre la meseta a una velocidad increíble. Efectivamente, aquí el cielo es más grande y cambiante.





La mami Rosa vino un verano desde España, la llevamos a San José. Hubo que bajarla del barco con la grúa, con silla y todo.

Estamos esperando que venga la avioneta a buscarnos para llevarnos a Coyhaique. A ratos se siente un ruido como del avión y todos agarramos los bultos por si hay que correr a la cancha, debemos llegar rápido para poder elevarnos en pocos minutos, mientras el cielo está abierto. Dicen que es muy difícil volar en esta zona. El avión venía medio inclinado para un lado, metiéndose por cañadones de cerros que pasan muy cerca. No queda más que confiar en Dios y en el piloto. En el pueblo esperaremos para continuar en un LAN a Santiago. Al colegio llegaremos algo atrasadas.

Me apena dejar este lugar, mi corazón se va partido, tengo que abandonar a mi “Cachito”, el corderito huacho que cada año nos regala el

papá. Cuando van a buscar a las ovejas a la veranada para la esquila y el baño, siempre encuentra alguno recién nacido que está sin madre. Para mí darle leche con mamadera y aguacharlo es lo máximo. Siempre le pongo el mismo nombre, por la canción de Nat King Cole: “Cachito, cachito, cachito mío, pedazo de cielo que Dios me dio”. Me sigue como un perrito, le hablo, me reconoce.

En los potreros vemos pasar las nubes y unos gansos voladores que gritan fuerte, también muchas liebres corren hacia los cerros y cuando las aves de rapiña dan vueltas con insistencia, se termina la tranquilidad para los corderitos y otros animales pequeños.

Cada verano, como ceremonia de despedida, esperamos una noche despejada y sacamos los colchones para dormir alrededor de una fogata. Es maravilloso, se ven constelaciones, meteoritos, estrellas fugaces, muchos planos superpuestos, la Cruz del Sur casi topando el lago.

Hay que despedirse de Aysén. Yo sé que para los diez años que tengo, mis vacaciones han sido muy distintas a las de mis compañeras en las Monjas Francesas de Santiago, mi colegio, en el que por suerte ya no me pierdo. Todas saben las últimas canciones, han estado en las playas de moda y hablan de las fiestas, de los niños que les han gustado... Yo estoy agradecida de Dios, que me trae al fin del mundo, sé que es importante estar aquí, cuidar estos lugares para que sigan siendo puros, como el primer día de la Creación. Aquí, dice mi papá, surge en forma natural la alabanza a Dios. Este es un buen lugar para una vida de contemplación y oración.

Adiós lago, me llevo en los oídos el latigazo de las olitas en las piedras, adiós viento, quizás en Las Condes te escuche pasar algún día silbando parecido, adiós silencio y amigos. El que pasó a caballo con su pilchero porque iba de viaje fue recibido, atendido y apreciado. En esta soledad maravillosa cada uno es importante.



En el campo Las Brisas, camino a Jeinimeni.



Campamento en la playa de San José.



Cristóbal, en medio del cultivo de trigo en fundo San José, lago General Carrera.



Un jacuzzi natural.



Nieves, Luz y Gati.

DESDE 1962 A 1970

La infancia, ya muy lejana, quedó grabada a fuego en cada uno de nosotros, y sentimos que se cumplía lo que afirma el salmo 127: “Los hijos de la juventud son como flechas en manos de un guerrero”. Efectivamente, ser disparados a Santiago nos permitió encontrar otros espacios donde volar, espacios donde cada uno de nosotros, los ocho hermanos Cosmelli Pereira, tendríamos la oportunidad de agradecer tantas bendiciones recibidas. Entre ellas, seguir siendo unidos y hacer fructificar la maravillosa herencia dejada por nuestros padres, Atilio y Lucy. Nos legaron bienes que cada uno cuida y valora hasta hoy, sobre todo esa característica que los hizo ser luchadores y a la vez gozadores de cosas simples. Ambos, a su modo y con su ejemplo, nos enseñaron a mirar el lado bueno de las cosas, no solo para que el mundo sea mejor para uno mismo, sino para todos los que nos rodean.



La mamá gozaba disfrazándose, aquí, de China con la Gati.

EL COSTO DE LA DISTANCIA

Quiero dar pinceladas de las etapas finales de mis padres: la distancia física, los miles de kilómetros de nuestro largo Chile fueron imprimiendo su huella. Al principio mi papá venía a Santiago aproximadamente cada dos meses. Llegaba a celebrar en familia fechas como Semana Santa, el 14 de julio —cumpleaños siempre celebrado de la mamá—, el 18 de septiembre en Almahue y Navidad. Con mi mamá hablaban mucho por teléfono.

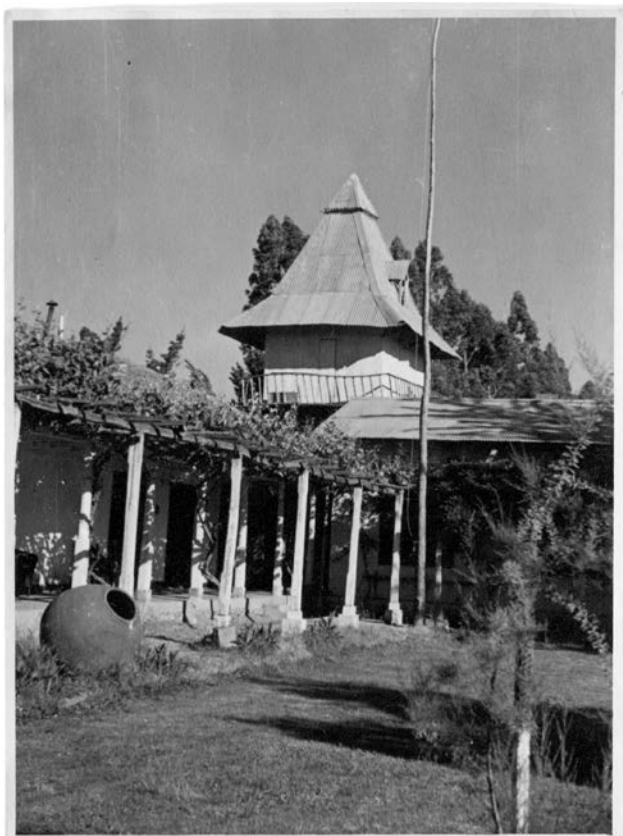
Los niños viven el día a día, así es que yo veía aparecer y desaparecer a mi papá como algo normal, era una situación asumida por todos. Lo esperábamos con ganas e ilusión, aunque pasado un tiempo las visitas se fueron espaciando y poco a poco el papá se fue haciendo más ajeno a nuestras preocupaciones e inquietudes de adolescentes y jóvenes que anhelan la libertad.

La mamá debía lidiar sola con los ocho hijos y sus andanzas, algo nada fácil. La veíamos sobrepasada. Además, se volcó a sus tareas de agrónoma en su reserva del fundo de Almahue. Le gustaba ir y se propuso hacer producir esas tierras, para lo cual buscó ayuda. La enorme casona de adobe también necesitaba constante mantención, lo que esa mujer incansable realizaba con encanto.

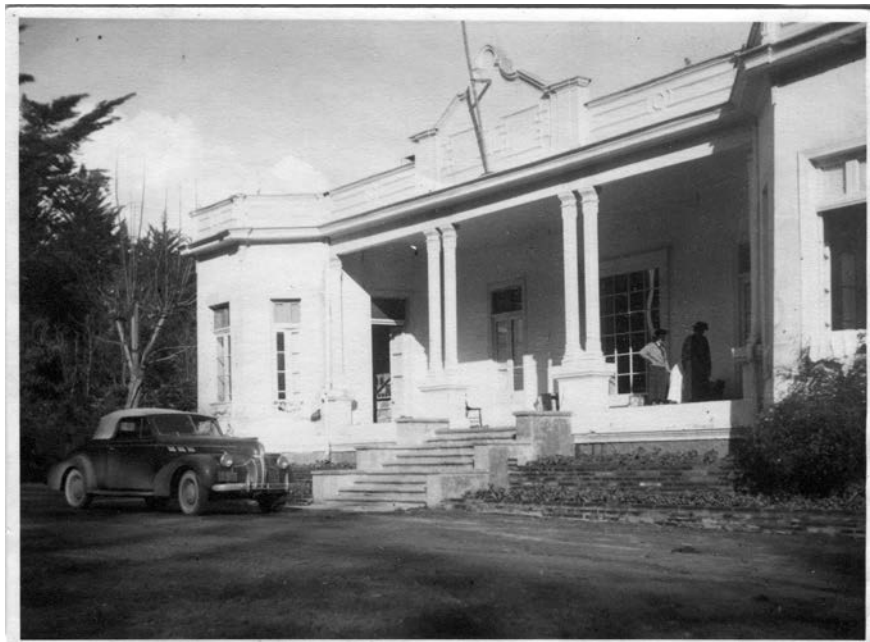


Ahí estaba también su clan, en el vecindario, los primos y amistades de toda su vida y en la casa, su mamá quien asiduamente viajaba al campo, hasta antes de morir, el año 1972. El tío Ismael, un gran *pater familias*; con la tía Anita, una apóstol silenciosa, que entre todas las obras de caridad y cariño que hacia escondida tenia el gesto de hacerse presente siempre con un regalo el día del cumpleaños de cada uno de sus dieciocho sobrinos almahuinos. Si alguno estaba de viaje en “la Cochinchina” allá llegaba su tarjeta, nadie sabía cómo. Esto me hacia sentir importante, feliz y sorprendida. Sus cuatro hijos, siempre allá, hasta hoy, vecinos y amigos, ahora las nuevas generaciones son como hermanos.

La tía Eliana, conocedora de mil refranes, con el tío Rafi Carvalho, cercanos y entretenidos. Ella llevaba las riendas de su buque con los diez hijos. Primos con los que nos une un lazo imborrable después de haber compartido tantísimos años las semanas santas en la preciosa capillita, las vacaciones de invierno, fiestas patrias en ramadas de verdad, y mil aventuras más.



La casa de San José de Marchihue.



La casa de Almahue.



La mamá con la sobrina mayor,
María Antonieta Carvallo.

LA CASA DE RECREO

Esta casa situada en un lindo cerro entre Viña y Valparaíso, fue un gusto que la mamá se dio. Le había echado el ojo siendo niña, en una de las visitas con la abuela a un pariente que vivía en la Avenida Portales, justo sobre la playa de Recreo. Con la misma seguridad con que se prendó de un sofá a los seis años, la mamá se enamoró de esta casa angostísima que se deslizaba pegada al cerro. Tan larga era, que tenía dos entradas: una en lo alto, donde formaba parte de un barrio sencillo, con sabor a pueblo, y otra a la orilla del mar.

Habían pasado casi treinta y cinco años cuando, en un viaje al Puerto, mi mamá vio que esta propiedad estaba a la venta. El precio era bajísimo por las pésimas condiciones en que se encontraba, pero ella sintió que la Divina Providencia se la había puesto en su camino, y la compró. Además de la cercanía de la playa, le gustó el hecho de que a pocas cuadras hubiera una parroquia capuchina. El pariente lejano había muerto ahí en medio de cerros de mugre y nos penó por mucho tiempo, hasta que, a base de oraciones, creemos que descansó su alma.

Comenzó entonces el trabajo para esta maestro chasquilla sofisticada, que iba y venía en su Renoleta cargada de las cosas más diversas, desde antigüedades hasta escobas, trapos y cojines. Hizo prodigios: pintó las vigas del living color salmón, empapeló las murallas, puso plantas y maceteros en un pequeño y soleado jardín interior, colgó cuadros y cubrió con coloridas mantas los baúles viejos. El resultado fue una casa preciosa, abierta a quien quisiera llegar, con un gran living con vista al mar y a la Caleta Portales. Muchos veranos las taquilleras niñitas que éramos en aquel entonces, además de ir a Aysén, pasamos nuestras vacaciones en Viña. Fue una casa acogedora, siempre abierta para el que quisiera llegar.

Además de algunos remojones en nuestro Pacífico, con frecuencia se daba baños calientes de mar, que funcionaban en esta casi extinta playita. En los balnearios antiguos no podían faltar unas construcciones –hoy desaparecidas-- en cuyo interior, dentro de camarines, había tinas de cemento. Las señoras permanecían largo rato disfrutando del baño, convencidas de que los efectos saludables del agua salada caliente eran enormes.



La casa de Recreo.

Uno de los que más disfrutó de esa casa fue mi hermano Cristóbal, que en 1970 se fue a estudiar ingeniería a Valparaíso. Pasó varios años en Recreo, cuidado por la señora Carmen Castillo, una viejita amorosa que, pese a su ceguera, se encargaba de todo. Vivieron juntos hasta una mañana, en que Cristóbal la fue a ver, y se percató de que ella había muerto, esa noche, placidamente en su sueño. Se quisieron mucho.

CHILE Y UN GRAN CAMBIO

El año 1970, después de muchos intentos, llegó a la presidencia Salvador Allende, un artista de la retórica. Fue un acontecimiento impresionante: en Chile se dejaba caer el comunismo con sus hermosos discursos populistas. Cuba estaba encima de nosotros en ese tiempo, y todo el comunismo internacional hizo entrar en un enorme pesimismo a los sectores chilenos de derecha, que de antemano veían la amenaza de la confiscación de sus bienes. Por lo tanto, muchas familias comenzaron a vender sus casas o campos a huevo y a irse del país.

Mi mamá, que tenía un apego absoluto a su campo en la Sexta Región, recibió de la CORA sólo 40 hectáreas a consecuencias de la Reforma Agraria comenzada durante el mandato de Eduardo Frei Montalva. Entonces, decidió que vendería sus vacas y haríamos un viaje ella y los cuatro menores a Mallorca. En primer lugar, quería que conociéramos a la abuela, tíos y primos españoles. Además, seguramente pensaba observar a la distancia lo que estaba pasando en Chile.

Yo terminaba el colegio y el plan era permanecer fuera desde diciembre hasta marzo, nos fuimos en barco desde Buenos Aires, cargados de maletas con todo lo necesario para harto tiempo, por si la estadía se alargaba. Pasamos allá una Navidad y Epifanía muy diferentes a las celebradas en Chile, con misas, turrone, Reyes Magos y representaciones, al más puro estilo católico-español, algo nuevo y mágico para nosotros.

La mamá gozaba su estancia en España pero a la vez sufría pensando en los que habían quedado en Chile, donde León y el papá vivieron momentos muy duros. Sabiendo lo que pasaba, ella, consideró que no podíamos dilatar más el regreso y en marzo del 71 volvimos a Santiago. Mis hermanos colegiales retomaron sus clases y yo me preparé para estudiar Pedagogía en Arte.

La situación en Chile se fue poniendo más y más tensa y caótica. Todo, hasta lo más cotidiano, comenzó a escasear y esto, sumado a la anarquía, que no puede traer nada bueno, la sufrimos cada uno en mayor o menor medida.

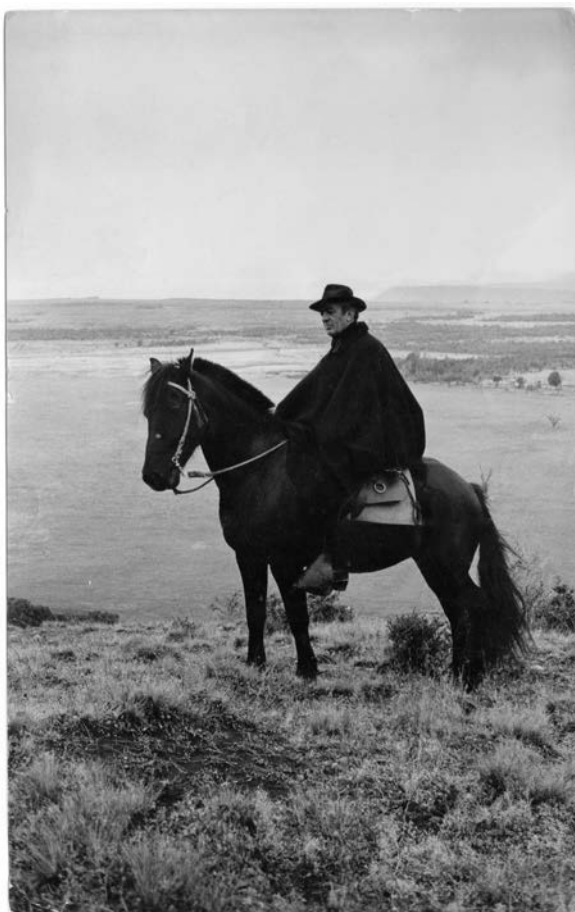
El país se derrumbaba a vista y paciencia de sus integrantes, sin excepción. No había comida ni trabajo, las industrias pararon, se acabó el respeto. Un país entero protestaba haciendo sonar tapas de ollas, suplicando a los militares que hicieran algo. Para incentivarlos les gritábamos ¡"gallinas"! Debíamos hacer largas colas para conseguir víveres, hilos y telas, artículos de aseo. La paralización era casi completa, pero aun así, la vida seguía y cada uno intentaba sobrellevar lo que le tocaba con sus altos y bajos. Los hermanos siempre con un pie en *Aysén*, apenas terminaban las clases, nos íbamos.



Mi papá conocía y se acercaba a saludar, con el barco, a las pocas familias originarias que habitaban el archipiélago.

SAN JOSÉ AMENAZADO

La expropiación de los campos a lo largo y ancho de Chile continuó de manera muy mal planificada. En Aysén, mi papá daba la pelea frente al inminente despojo de San José de Mallín Grande y de otros campos de personas tan trabajadoras y esforzadas como él. Esta amenaza lo motivó a escribir una proclama, como él la llamó, que transcribo a continuación porque ilustra bastante bien la situación que se vivía. La distribuyó de mano en mano en los últimos meses del año 1971 para crear conciencia y alertar del peligro. Además, pidió hacerla circular entre los muchos que, en la Undécima Región, se encontraban en una situación tan angustiada e indefensa como la suya.



¡ALTO AL DESPOJO, AYSÉN NO SE ENTREGA!



Pobladores, campesinos, hombres de Aysén, duros y curtidos por el rigor y la soledad de las grandes distancias. Tallados por el viento, la lluvia y la escarcha. Hombres, mujeres y jóvenes de Aysén, por vuestras venas corre sangre de pionero, elevemos juntos nuestras voces y lancemos al cielo un grito vigoroso para que el eco de las montañas lo repita, un grito de justicia y libertad que honre la memoria de nuestros viejos, que con su valor y decisión nos dieron el ejemplo... Esta tierra es y será de los que la conquistaron, la trabajan y la están haciendo producir. Aysén, antes que nosotros, era una leyenda brutal: tierra de castigo, tierra de desolación, territorio inexplorado, mal dibujado en los mapas y con títulos precarios de soberanía. Cuando los primeros chilenos llegaron aquí, vadearon los ríos caudalosos, vencieron la selva y desafiaron las montañas cubiertas de nieves eternas. Avanzaron sin descanso ni desmayo, con los ideales más puros de conquista grabados en sus corazones. Somos testigos y parte de esta gesta. No despojamos a nadie, nunca ningún hombre había habitado esta tierra. Era por los cuatro costados un paisaje de grandiosa soledad, como los primeros días de la creación. Avanzaron y avanzamos sin volver la vista atrás, caminando extraviados por bosques impenetrables, hundidos en mallines y pantanos, siempre calados hasta los huesos, calzados de tamangos y vestidos con lo puesto, con ropas desgarradas por los arañazos de la mañana, comiendo lo que se podía y cuándo se podía, blandiendo como únicas armas y herramientas un hacha y un machete. Cuántas noches de insomnio, cobijados en una casa de piedra o bajo un tronco sin siquiera un cuero de pilcha; cuántas jornadas de hambre y frío; cuántos años de privaciones y desvelos, cuántas muertes prematuras, cuántas vidas sacrificadas.

Con los músculos palpitantes y los cuerpos sudorosos a golpes de hacha y machete abrieron la primera senda regándola muchas veces con su sangre y muchas más con las lágrimas de sus mujeres y de sus hijos que, obedientes y silenciosos, seguían sus pasos. Penetraron hasta el corazón de lo desconocido, en algún lugar elegido abatieron los coihues, gigantes de nuestros bosques, rozaron los fachinales, y a la orilla de un arroyo levantaron su tapera de canoas. Trabajaron todos, hasta los niños, de sol a sol, avanzando metro a metro en la limpia, recogiendo palo a palo, astilla a astilla. Así, después de muchos años, un día germinó la pradera. Pero el tiempo había transcurrido inexorablemente. Empezaron a disminuir las energías. El cansancio les llevó al lado del fogón donde hicieron el recuento de los mejores años de su vida, de todas sus luchas e ilusiones. Dieron una mirada interior de contemplación a su campo y a su obra, que en ese momento silenciosamente legaban a sus hijos, los que sin tregua continúan la jornada. Así fue la vida de los que llegaron primero. En un pequeño y humilde cercado dentro de su propia tierra, sus hijos sepultaron, con espartana sencillez y contenida emoción, reverentemente, sus restos. Una

pequeña cruz clavada sobre el techo de una casita de madera honra su memoria. Los cementerios de Aysén, que están en todos los campos, son testigos mudos de esta historia real.

Hoy estamos amenazados de desalojo y ocupación de nuestros predios. Despojarnos de lo legítimamente adquirido con tanto sacrificio sería la mayor aberración de la historia contra los hombres que hacen patria, en la historia de las colonizaciones y la historia del progreso. Sería una traición a los más puros sentimientos de patriotismo y un castigo a los chilenos que consolidaron la soberanía de un territorio de más de cien mil kilómetros de superficie, y que hoy es la tercera provincia de Chile en extensión.

Pedimos la intervención de los parlamentarios de todos los partidos políticos y de las autoridades del país y el apoyo moral de todos los chilenos, que de una u otra forma nos conocen y que sabemos siempre nos han distinguido con simpatía y admiración por nuestra calidad de pioneros.

Que los hombres nuevos que quieran tierras, que las conquisten y las trabajen como hicieron los primeros. Tienen justo derecho a pedir las y pretenderlas y también obligación de trabajarlas para merecerlas. La provincia de Aysén es muy grande. Todavía hay mucho por hacer y descubrir. Hoy es más fácil. Las sendas están abiertas: a todos los hombres honrados que quieran venir a compartir con nosotros el sacrificio y la paz de vivir en esta tierra chilena, noble y generosa, les ofrecemos nuestro apoyo y amistad y pueden incorporarse dignamente a la legión y hermandad que con orgullo formamos los pioneros de Aysén.

No trepidará nuestro corazón ni temblará nuestro brazo. Recibimos la antorcha de la libertad, no para extinguirla en melancolías ni lamentaciones, sino para llevarla encendida, corriendo por todos los campos, desgredada de energía para luchar contra todos los vientos y contra todas las tiranías. Salvemos a Aysén una vez más para Chile.

Atilio Cosmelli Esteva

Efectivamente, el monstruo tan temido no tardó en llegar a San José de Mallín Grande. En 1972, cuando el gobierno de Salvador Allende cumplía dos años, el ministerio de Agricultura le había notificado al papá acerca de la expropiación de esas tierras compradas y formadas por él hacía más de veinticinco años, cuando aún el lago se llamaba Buenos Aires y por aquí transitaban más argentinos que chilenos.

A mi hermano Cristóbal le tocó vivir en carne propia esta situación y la cuenta como uno de los episodios más difíciles que debió enfrentar mi papá en el campo. Recuerda verlo apesadumbrado, caminando de un lado a otro como león enjaulado. Nunca nadie lo había visto así. Cristóbal describe lo sucedido de esta forma:

He venido a pasar dos meses con mi amigo Francisco Elton y estamos dispuestos a ayudar como sea. Acabo de terminar cuarto medio, di la Prueba de Aptitud Académica y estoy tranquilo, quiero radicarme en esta zona. Ya tengo un perro, un hacha y la invitación de mi papá para desarrollar aquí una existencia de trabajo duro y de servicio.

Me gusta esta vida porque aquí nos conocemos todos, sin embargo esta realidad, que siempre me ha parecido idílica, hoy la veo con más realismo y percibo que hay divisiones y existen los mismos sufrimientos propios de cualquier ser humano en cualquier lugar.

La situación política se ha ido poniendo cada día más difícil y tensa, este país ha cambiado bruscamente, la tecnología ya llegó acá y también la droga. La vida está en permanente transformación. Es necesario romper huevos para hacer tortillas.

En otros países se ha hecho una reforma agraria, y seguro que habrá fórmulas mejores y peores. Dicen que si alguien tiene tierras mal trabajadas debe entregarlas a los campesinos, pero este no es el caso de San José de Mallín Grande. Mi papá dijo con firmeza que no firmará nada. No está dispuesto a aceptar ningún ofrecimiento de dinero de parte del gobierno a cambio de sus tierras.

Hace un mes que llegamos para estar con mi papá y han pasado muchas cosas. Lo primero fue tomar un taxi aéreo y volar al campo, al acercarnos a la pista nos dimos cuenta de que no podíamos aterrizar porque estaba cubierta de palos y elementos contundentes. Debimos dirigirnos a la pampa, donde hay otra cancha donde aterrizan aviones de la Fuerza Aérea. Allí nos esperaban nuestros vecinos, Juan Vidal y Amadeo Leichle.

Después de un par de pasadas rasantes sobre la casa y ver qué ocurría en los alrededores, aterrizamos. Mi papá con la energía y decisión pintadas en su cara, se dirigió en su caballo al lugar donde se encontraban los usurpadores, un grupo de personas desconocidas y afuerinas que pretendían

apropiarse del fundo. Nosotros íbamos detrás sin saber cómo terminaría la historia. Todo fue corto y preciso; el papá avisó su presencia con un par de disparos contra las latas de una vieja chimenea en desuso. El estruendo fue grande. A los pocos minutos vimos una bandera blanca asomarse, qué alivio. Entonces yo, que había sido designado para esa misión, tuve que bajarme del caballo, acercarme al grupo y decirles: “Tienen tres horas para salir del campo”. Ellos pidieron un plazo más largo. A las cinco horas volvimos y vimos que estaban acompañados de carabineros de Guadal y sostenían que todo se haría legalmente. Luego llegaron más Carabineros en barco desde Chile Chico. En el intertanto nosotros nos habíamos dirigido al pueblo a hacer trámites para demostrar que de legalidad no había nada. La gente no se movió de allí hasta el día del golpe militar.



1973, LOS MILITARES AL GOBIERNO

El martes 11 de septiembre de 1973 comenzó lo que fueron diecisiete años de gobierno militar. Muy temprano se supo del bombardeo a La Moneda, del suicidio de Salvador Allende y algunos de sus colaboradores. Encerrados en nuestras casas, sabíamos solo lo que comunicaban los medios oficiales: una Junta de Gobierno formada por los comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y Carabineros, tomaba el mando del país.

Aparte de la molestia del toque de queda, muy pronto comenzamos a ver la limpieza de la ciudad y se borraron las consignas de los muros. Reaparecieron los alimentos y todo lo que

durante tres años había escaseado, como electrodomésticos y artículos de uso cotidiano.

Desde un punto de vista económico, el país comenzó a normalizarse poco a poco, pero la guerra subterránea siguió y, como toda guerra, fue horrible. Creció el odio y la violencia, hubo muertes y desapariciones --obviamente la mayoría de militantes de izquierda--, pero también murió un gran número de uniformados. En mi interior, y supongo que en el alma de todo chileno, cada una de las historias produce un enorme dolor, pues hoy conocemos nombres, rostros, detalles espantosos que quisiéramos que nunca hubieran existido y esperamos que no vuelvan a existir. Ese es el sentir de los que no creemos en la vía de las armas.

El domingo 15 de septiembre de 1973, cuatro días después del golpe, yo estaba en la plaza de San Felipe —con pinta de hippie, seguramente— pues finalizaba un paseo con un grupo de mis compañeros de Arte de la Universidad Católica. Venía de un campo florido y perfumado, lleno de tranquilidad y silencio, y de pronto veo gran cantidad de soldados, todos muy jóvenes. Así fui enterándome un poco de lo que pasaba. Me puse en una fila para tomar micro a Santiago y debo haber dicho algo tonto, pues se me acercó un militar y me ordenó: “Mire, señorita, si no quiere que le pase nada compórtese bien y diríjase lo más rápido posible a su casa. Si busca problemas, los va a encontrar”. Por la forma en que me habló y el arma que llevaba empuñada, entendí que era muy seria la situación, sin duda había que conducirse con mucha prudencia y acatar las disposiciones. Ahora tengo más conciencia de que muchos no estaban dispuestos a obedecer debido a su profunda convicción política de izquierda. Ellos fueron los que dieron la batalla desde un bando contrario, donde sí se creía en la lucha armada. Sufrieron persecuciones, torturas, muertes. Muchos cuerpos desaparecieron y, sin duda, en ese río revuelto también pagaron justos por pecadores.

Después de diecisiete años gobernando el país, Augusto Pinochet llamó a un plebiscito para que la ciudadanía expresara si deseaba que él siguiera de Presidente por otros ocho años, votando que sí, o si quería que se llamara a elecciones libres, para lo que había que votar que no, que fue lo que mayoría quiso.

Chile entonces recuperó la democracia y Patricio Aylwin fue elegido Presidente. Con esto empezó un periodo de transición nada fácil y comenzó a salir a la luz el sufrimiento oculto de mucha gente, lo que dejó heridas profundas, hasta hoy sin cicatrizar.

EL ACCIDENTE DE LA LUZ Y LAS CATEQUESIS

Ese mismo año 1973, en medio del clima de convulsión y desorden que vivía el país, sucedió un hecho que vino a absorber bastante la vida de la familia y que luego tendría repercusiones providenciales para todos nosotros.

Mi hermana Luz, una típica lola regia, iba montada en una motito con nuestro primo menor, Raimundo, cerca del lugar donde vivían mi abuela, tíos y primos Carvallo. De pronto, se les vino encima un auto que pasó una luz roja. El golpe alcanzó a expulsar al niño, que voló y salvó ileso, pero ella recibió el impacto de frente. Quedó con fracturas en todo el cuerpo y en estado de inconciencia profunda. La creyeron muerta y la taparon con diarios, pero alguien del barrio los reconoció y avisó a mis tíos. Mi hermano León, que se encontraba ahí, fue corriendo y se dio cuenta de que la Luz aún respiraba. Once días estuvo entre la vida y la muerte, sin despertar, hasta que pasadas casi dos semanas, de a poco, fue dando algunas señales.

Enyesada de pies a cabeza y de espaldas en una cama del hospital Salvador, mi hermana empezó una segunda vida, fue lentamente recuperando sus facultades y asumiendo que tendría secuelas para siempre.

Recién después de un año pudo caminar con muletas, pero ya se le había desencadenado una fuerte depresión. No se sentía motivada a retomar las actividades que le ofrecía el mundo a su alrededor. Fue entonces, cuando Dios, que había escuchado sus constantes ruegos, permitió que un domingo, excepcionalmente, Cristóbal, la Gati y ella fueran a misa a la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles. Allí se encontraba un equipo de misioneros haciendo una invitación para unas catequesis, en las que daban testimonio de que Jesucristo quería y podía realmente entrar en la vida del triste, del fracasado, del pobre, del que le abriera la puerta. La Luz sintió en su corazón que esa Buena Noticia era para ella, y partió al día siguiente a escuchar. Así comenzó un ciclo de catorce catequesis bíblicas, al final de esta predicación, la Luz era otra persona.

Se compró la Biblia y los hermanos le pusimos cariñosamente “la rabina”, pero como se veía tan contenta empezamos a seguirla. La Gati, la mamá, Cristóbal, la Nieves, y yo, en distintos momentos y lugares, llegamos a las catequesis.

EL ANUNCIO DE JESUCRISTO

Así empezó a cumplirse la Palabra: “Dios ha querido salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación” (I Cor 1, 21). San Pablo habla así porque no se pensaría que la vida puede cambiar a través de la escucha de la Palabra de Dios.

Se nos anunció a Alguien, que ayuda en la vida, que es salvador de esclavitudes y de miedos concretos. Fue un encuentro con Jesucristo que marcaría fuertemente un antes y un después en la familia.

Los catequistas, que habían sido traídos a Chile por el obispo don Enrique Alvear —quien conoció esta pastoral del catecumenado en España y en Colombia—, entre otras cosas, nos hablaron de dos ciegos. El ciego de Jericó, que aparece en el evangelio. Al ver que Jesús pasa a su lado, le grita insistentemente: “Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí” (Lc 18,38). Jesús se acerca a él y le responde: “Recupera la vista, tu fe te ha salvado”.

El segundo ciego que mencionaron era un pobre hombre que pedía limosna en la puerta del templo, que ya no esperaba nada más de la vida, no tenía ganas de que lo movieran de ese lugar, aunque sufría en forma permanente. Yo me sentí profundamente identificada con este segundo ciego: el sentimiento de soledad puede apoderarse de uno aunque viva rodeada de mucha gente. San Agustín afirma que si uno no ha descubierto que Dios existe realmente y que nos quiere así como somos, hagamos lo que hagamos, estaremos inquietos y turbados. Sin duda mi inquietud era grande y buscaba en muchas partes una respuesta, ansiaba llenar



"Dios pone en el alma el deseo de buscarlo".
Estampa escrita por la mamá.

mis vacíos, porque a pesar de haber visto tantas maravillas de parte de Dios, no tenía Su palabra como un alimento diario, sin el cual hoy me moriría.

Poco a poco, los de Villa Aysén fuimos poniendo la oreja y empezamos este camino de fe, que hemos seguido por años, unos más y otros menos, como un camino de vida, que ha llegado también a nuestros hijos. Los primeros milagros patentes que vi, fueron un acercamiento cálido entre los integrantes de la familia, más bien escueta a la hora de manifestar sentimientos, y lo que fue muy fuerte es que podíamos formar una comunidad en la parroquia, juntarnos, celebrar liturgia, convivir personas de bandos políticos opuestos sin juzgarnos ni odiarnos. Pasando a la fe nuestras historias, sabiendo que el bando no se elige, casi siempre se hereda y Dios nos daba otra luz, otra herencia, en este Chile que en ese tiempo estaba tan convulsionado.

El papá, también desde Coyhaique recibió una fuerte influencia. Nos íbamos a menudo a los retiros en Punta de Tralca con la mamá, ella decía: *“Qué rico sentirme contemporánea de ustedes, me sirve enormemente todo este contacto con la Palabra de Dios, me encanta preparar cualquier tema con la Biblia en las manos, es una luz potente que me ayuda a entender tantas cosas, me permite ver, aceptar, comprender a los demás. Muchas cosas que me han hecho y me hacen sufrir, sobre todo el distanciamiento con su papá, ahora lo acepto porque sé, que la capacidad de amar de los seres humanos es limitada, que sin Dios no hay nada puro en el hombre; esto me ayuda a no juzgar, a estar en paz. A estar agradecida por esta larga y hermosa vida que Dios me ha dado. Por habernos encontrado con Atilio y haber podido formar una familia grande. Me siento premiada por el privilegio que tuve de llevar una vida sencilla, cerca de gente sencilla durante tantos años en Aysén. También por los sufrimientos inherentes a una vida de crecimiento. Hoy asumo esta etapa de la distancia que me hace ser el tronco del hogar aquí en Santiago para los hijos”*.

MUERE LA MAMÁ

La mama murió trágicamente el 27 de diciembre de 1979, con poco más de sesenta y cinco años, después de haber recogido y cocinado unas callampas que resultaron ser venenosas, en Almahue. Confiada en que eran de las buenas, las comió y falleció 3 días después. Le ocurrió lo mismo a un señor que la acompañaba; al mes de comer esos hongos, murió.

Había partido al campo el 22 de diciembre para volver al día siguiente. Antes de salir, y como era su costumbre, nos advirtió a todos que nos preocupáramos de la casa, que apagáramos las luces y cerráramos bien las puertas.

Sus viajes se habían ido convirtiendo poco a poco en un esfuerzo mayor. Decía que se sentía sola en Almahue, que los ratones en el entretecho eran los únicos seres vivos que la acompañaban en las largas noches.

León, que le administraba el fundo, acababa de emprender viaje a Aysén con su mujer, Bernardita, y los niños. Tenían planeado radicarse allá. La mamá, que buscaba un reemplazante para León, partió a Almahue con un técnico a decidir algunos aspectos agrícolas. Recorriendo el jardín recogió las famosas callampas, la señora María, que ayudaba a la mamá, le aconsejaba que no los comiera. Porfiada la mamá, insistió en que eran de las buenas y los comió a la hora de almuerzo. Al poco rato comenzó a sentirse pésimo y llamó a la Nieves que con su marido, Gabriel Edwards —el Flaco—, la fueron a buscar desde Nancagua para llevarla a su casa en Santiago.

Allí la examinó Guy Heiremans, médico y marido de la Pilar, y de inmediato nos advirtió de la gravedad. Guy llamó a un colega, quien confirmó el diagnóstico y entre todos decidimos que permaneciera en la casa, no había nada que hacer. “Su hígado no resistirá más de cuatro días”, vaticinaron los doctores. Eso era el 22 de diciembre. El 24, al volver de la misa del Gallo en los Benedictinos, corrí a verla. La encontré plácida y tranquila en su cama, sin quejarse de nada. Le leí una lectura de la misa de Navidad. Al día siguiente amaneció igual y nuestra espera se hizo más angustiada al no ver mejoría. El 26 yo pensé “hoy se cumplen los cuatro días que anunció Guy”, y rogaba que resistiera. No ocurrió así y ella se fue despidiendo de cada uno a su manera. Por la tarde se agravó, pero con

las escasas fuerzas que le quedaban nos miró y dijo “ustedes son todas muy buenas”. Su médico tratante aconsejó trasladarla a la UTI del hospital Salvador, podría recibir cuidados especiales.

Cuando se acercaba su partida, la Luz y yo, llevadas por un impulso misterioso, partimos al hospital, queríamos acompañarla. Estábamos en pleno toque de queda y salimos con una banderita blanca asomada por una ventana. La delicadeza de Dios permitió que, a pesar del toque de queda y de que según el reglamento del hospital no se permitía a nadie entrar a la UTI, pudierámos hacerlo. Sentí que muchos ángeles nos acompañaron para ayudarla a morir. Al momento de su fallecimiento en mi corazón había paz, agradecimiento y la certeza de que había llegado su momento de partir. Todo estaba bien.

La velamos en el comedor de la casa de la Villa Aysén y luego con las comunidades celebramos una solemne y preciosa misa en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles por su tránsito al cielo. Ahora yace en una tumba en el gran panteón de los Pereira en el Cementerio General.

UNIDOS MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Durante los últimos años de mi mamá tuve la suerte de compartir mucho tiempo con ella pues éramos dos solitarias, yo aún no me casaba. Realizamos entretenidos paseos, uno de los cuales fue al Médano, de Talca hacia la cordillera, invitadas por la familia Di Girolamo Armanet. Fuimos varias veces juntas a Aysén los veranos, aunque ella captaba que algo había cambiado. Me decía: “Ahora me siento como una visita en Coyhaique. Creo que en Santiago soy más necesaria”. Otros momentos inolvidables los pasamos en la casa de Recreo. Aparte de recorrer Valparaíso y Viña, ella siempre se las ingeniaba para darle un toque nuevo a la casa, cambiar algo, hacer arreglos.

Además pintábamos acuarela juntas, pues en tres fulminantes clases aprendió fascinada.

Para el papá, la muerte de la mamá fue un golpe duro, que expresó en las palabras que transcribo y que fueron publicadas en el diario El Mercurio.

“Estamos unidos por el sentimiento de cariño, admiración y felices recuerdos. A todos nos alcanzabas con tu generosidad, tu alegría de vivir y tu seguridad en las decisiones. No había vacíos ni mezquindades en tu acción, eras un baluarte para todos.

Fuiste pionera heroica en las soledades inmensas de Aysén, gozando y padeciendo en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, compartiendo junto a tu marido tantas jornadas de dulzura y también de desolación.

Fuiste feliz en esta tierra, bendecida en plenitud. Tu carácter auténtico, creativo y sencillo y de noble porte, te ubicaban en el centro de la acción, con igual naturalidad en una humilde cabaña o en un salón palaciego.

Estoy seguro de que en muchas lejanas cabañas perdidas en la distancia y el humo, te recordarán siempre por tu simpatía y el cariño con que visitabas a la gente, alentándola con tu bondad.

Hoy estamos todos juntos en esta linda casa de Las Condes, que acoge con el estilo tan propio que le imprimías a los ambientes, y en este maravilloso jardín lleno de flores y de niños, que ríen y lloran con la misma espontaneidad que tú lo hacías. Te sabemos en la paz de la eternidad, junto a Dios”

Sentí en esas palabras una enorme sinceridad. También sentí que la partida de la mamá no había sido en vano. Por cierto, nos remeció profundamente, lo que nos hizo más adultos, más responsables, sobre todo a los cinco menores, que aún estábamos solteros. Pero lo más importante fue que decidimos organizarnos y acompañar más al papá. Desde ese día estuvimos más unidos que nunca.



Cada verano partíamos a San José.

El año 75 tomando la barcasa Pilchero, con algunas primas.

Sentados la Luz Carvallo, Carlos Vial y Bárbara, de pie Bernardita, la Carmen Pereira y la Gati con algunos de los niños de León.

DOÑA QUITERIA VARAS

Antes de terminar con los capítulos que hacen referencia a la mamá, quiero que vivamos juntos, querido lector, algunos momentos de desahogo que venían en ayuda de la comunicación y la alegría familiar, y que se producían y se siguen produciendo como un ritual insólito año a año, cada 20 de enero. El génesis de esta tradición, fue de la siguiente manera:

La abuela de mi mamá, Carolina Iñiguez, recibió por allá en los años 1920 una fotografía (retrato) y los versos de una inspirada señora llamada Quiteria Varas, quien le agradecía una invitación al campo, decían:



*“De una beldad el retrato
Es como flor inodora
Sin alma ni pensamiento
Es un cielo sin aurora.*

*No habiendo nacido hermosa
Retratarse es cosa seria
Atrevimiento en tu amiga
A enero veinte, Quiteria”*

Algo provocó en las tranquilas vidas de estas veraneantes de Marchihue, que nunca más paró la familia de mandarse versos en esa fecha. Hoy, con el computador, es fácil: las ramas de la descendencia son muchas y en alguna de ellas, es ya una tradición. Nosotros, los Cosmelli Pereira, después de 100 años intercambiamos noticias del verano entre hermanos y sobrinos, sin mayor procuración por la rima y la métrica. Para mi mamá, era una fecha importante, oportunidad de humor, también de melancolía. Por ejemplo, pondré como botones de muestra, pedazos entresacados de borradores de diferentes años, y que reflejan sus distintos y característicos estados de ánimo.

Este poema pudo ser escrito, cualquier verano de la etapa ya contada, previo a nuestro traslado a San José de Mallín Grande,

*Quiteria de nuestros abuelos
luego de nuestros padres
por generaciones el rebuelo.
Terminaron los veranos sosegados
Infancia con trenes y tortas de grasa
Jóvenes y niños por la vida ilusionados
Partimos en rumbos separados.
Hoy desde Aysen me voy al campo
Enero veinte en un camión
Tapados con grandes lonas
Bártulos por montón
Treparemos cordilleras
Orillando bosques y nieve
Gargantas lunares de terror
En recio lago insondable
Seguiremos Quiteria navegando
Azotados por olas lluvias y viento
Esquila y, la veranada esperando
De nuestros hijos es el tiempo.*



En otra oportunidad, con mucha nostalgia, también desde el sur, manda estos versos a todos los parientes. En este momento en se encontraba, al parecer, cansada.

*Aunque yo no lo quisiera
Y el que hacer diario me agobia
Viene a endulzar mi quimera
El recuerdo de Quiteria.....
Choclos melones sandias
Versos y risas alegres
Corredores de aquellos días
Infancia amada que añoro
Lejos tan lejos de ti
Un torrente de recuerdos
Lloro te juro que lloro
Viendo el retrato inodoro
Mi gran mamá con su gracia
Sentada bajo las parras
Con gran sombrero de paja
Hoy en mis pampas heladas
Cierro los ojos y veo
Tantas personas amadas.*



En este, aparece la esencia de nuestras navegaciones... enero 20 sobre la luciérnaga.

*En una barca ligera
recorremos los canales
témpanos fiordos, mar del sur
árboles contra el cielo azul
Yo me siento feliz
saturada de hermosura
la barca corre veloz
llevándonos sin premura
como una gaviota de Dios
Aguas verdes profundas
espejos de hondos quebrantos
peces atrapados en redes
telarañas del corazón.*



Corresponde que las nuevas generaciones, extracten, seleccionen, guarden las inspiraciones preciosas de los últimos años y cultiven esta tradición con esmero.



Querida Lucy:
Hej sea un recuerdo
Siempre en cariño, los muros
dedicados ya 35 años. Nuestros
muros heredarán los afectos de
esta buena gente y las bondades
de esta tierra sorprendente y generosa
Atelio
Rafaelique Abril de 1978

Dedicatoria escrita por el papá en la
primera edición de la revista Trapananda.

LOS ACONTECIMIENTOS QUE MARCAN EL FIN DE LA VIDA DEL PAPÁ.

La muerte de la mamá dejó una dolorosa huella en el papá y, tres años después, en 1982, la crisis económica fue otro impacto en su vida. La devaluación del dólar –que el gobierno había fijado en \$39-- cambió la situación en la economía del país y además, por otros acontecimientos, él empezó a vislumbrar que era necesario terminar con la barraca. Le gustaba el trabajo con la madera, era perfeccionista, buscaba máquinas alemanas para lograr finas terminaciones. Desde Santiago, los hijos vimos cómo lo invadió una fuerte depresión, y más tarde notamos la aparición de los primeros síntomas de Parkinson, enfermedad que lo puso más rígido y sin fuerzas. Comenzaba a perder lo que siempre había defendido: su independencia.

Debido a estos contratiempos, la cercanía con los hijos se estrechó mucho, y empezaron a ser frecuentes las conversaciones y las cartas sobre el Dios de la Biblia, que para las catecúmenas era siempre tema de actualidad.

Un día me dijo: *“Este Dios que ustedes me muestran es distinto al que me habían enseñado a mí, es un Dios cercano y salvador, y me gusta”*. Compartíamos las historias de Abraham y de todos los Patriarcas, de la Virgen y la Buena Noticia de la Resurrección obviamente intentando aterrizarlas y sacarles la experiencia que encierran para cada uno, con la intención de que el papá reconociera un poco su historia de salvación en la de ellos. A estas alturas no costaba mucho, su alma era un terreno fértil, trabajada y pulida por la vida misma y sobre todo por la soledad, por la vejez más cercana, por la ausencia de la mamá, por sus problemas económicos. La cruz se le estaba haciendo cada vez más pesada, pero esta historia de salvación que Dios quiere hacer con cada uno es siempre abrazando la cruz. Al comprender esto, nos escuchaba con mucha atención.

Recuerdo una vez que se acercaba el Día del Padre y se me ocurrió escribir unas líneas en una gran tarjeta --que también firmó la Gati-- que descubrí al pasar en la calle. Tenía impresa la imagen de un mapa y un reloj, o sea, era apropiadísima. Decía: “Gracias papá porque nunca has esperado que alguien reconozca tus sacrificios y calladamente lo soportas todo. Gracias por ser mi padre”. Y aunque mi mala ortografía lo hacía sufrir, le agregué de mi pobre puño y letra lo siguiente: “Pienso que es justo, usted ha hecho

tantas cosas únicamente por la familia y sobre todo por los hijos, que sepa en este momento difícil, que no nos importa nada más que la amistad, el cariño y tener esos lugares maravillosos donde llegar”. Yo estaba consciente de su sensación de fracaso concreto y creo que efectivamente fue muy justo lo que le expresé. Él me la agradeció con humildad contándome de las tristezas que vivía en esos días y diciéndome que le había ayudado mucho.

Fue un padre estricto a veces, pero a mí no me afectó creo. Recuerdo un día en que corrí detrás de él en el campo, pues él iba muy enojado a retar a un trabajador por un portón que había quedado mal hecho. Yo, partí detrás para aplacar su ira. Cuando llegó, saludó a esta persona y pedagógicamente le explicó donde estaba el error, quedé felizmente sorprendida. Conmigo fue siempre increíblemente paciente y respetuoso, tuve una larga e inquieta adolescencia, la mayoría de las veces le discutía porfiadamente, queriendo convencerlo de cómo se mejoraría el mundo a mi manera, y debatíamos de igual a igual. Al final de la discusión, cuando lo veía algo exasperado, me callaba. Ya había probado su aguante.

Los últimos en casarnos, Cristóbal, la Gati y yo, lo acompañábamos largas temporadas en Coyhaique y en San José. A mí me gustaba estar allá y preocuparme de la casa, de sus comidas. Si nadie le cocinaba



él abría latas de conserva; se declaraba incompetente en la materia. Un día me pidió que consiguiera más recetas porque no era chino y tanto arroz lo tenía cansado. Llevaba un mes completo con él en el sur, y mis menús no eran nada variados.

Sus energías disminuían, como corresponde al ciclo de la vida, por lo que se venía bastante seguido a Santiago donde la Pilar y Guy, que habían vivido diez años en Coyhaique con él. Ella, como hija mayor, paciente y tranquila, y Guy como médico sabio, lo hacían sentir muy a gusto. El papá había visto nacer y crecer a los tres niños mayores, por lo que le gustaba especialmente estar con ellos. Se construyó en la Villa Aysén una linda pieza con baño anexada a la casa de la Pilar.

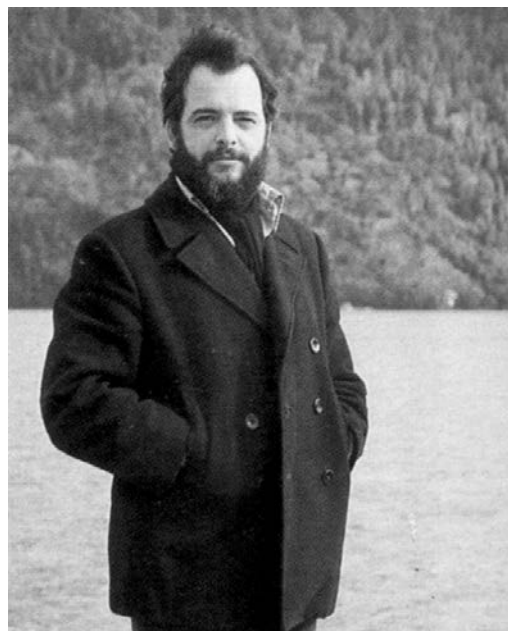
En ese tiempo vivían en Coyhaique León con la Bernardita y sus nueve hijos, además de Carlos y la Gati, en plena crianza, con cinco niños y otro en camino. Cristóbal, aún soltero, también se había radicado allá, por lo que los encuentros familiares, visitas y viajes a la zona eran muy frecuentes.

Por último para retratar y redondear un poco más la figura y el aporte de este hombre que, obviamente lleno de limitaciones, pudo ser fiel a su sueño, transcribiré un par de documentos que hablan de él.

En 1990, el papá fue invitado a la celebración de los veintiocho años de la fundación de Villa Mañihuales, en la Carretera Austral Norte, pero por su salud ya muy débil no pudo ir y le pidió a León que lo representara. Este, con su hijo Atilio Cosmelli, quien habló, elaboraron un



Yo, Ismael y Diego veraneando con el papá, en la Isla.



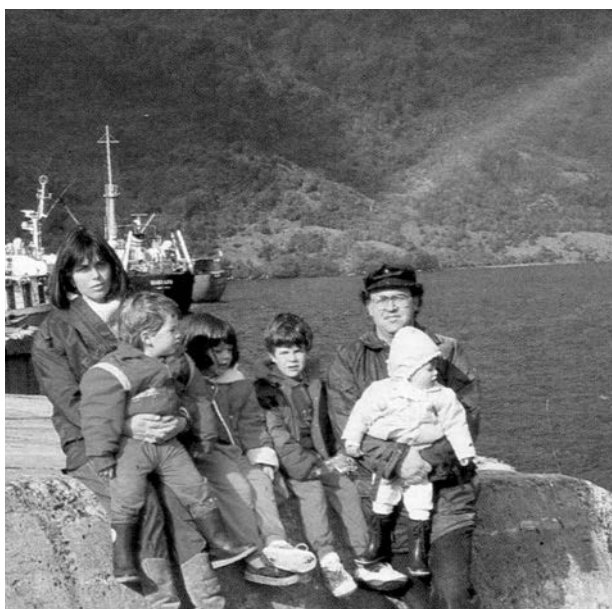
Cristóbal, el Choco, nuestro embajador en la Patagonia.

discurso, del cual tomo algunos párrafos porque resume muy bien la vida y aporte del papá en Aysén.

Me cabe el honor de representar a mi abuelo, cuyo nombre llevo. Él me ha pedido que transmita a todos los presentes, y muy especialmente a los antiguos pobladores que participaron con él en la fundación de esta villa, un caluroso y afectuoso saludo.

Entre los años 1958 y 1964 le cupo el honor de ser Intendente de la región. En ese periodo se pudieron hacer grandes obras en Aysén, entre las cuales se puede destacar:

- ❖ *Conferencia Internacional de Perito Moreno, que logra afianzar una efectiva integración e intercambio con Argentina.*
- ❖ *Desarrollo en todas las localidades de servicios públicos, como municipalidades, vialidad, educación, salud, viviendas, aduanas, Carabineros.*
- ❖ *Puente colgante sobre el río Aysén, con 210 metros de luz, la obra de ingeniería más interesante realizada en Chile en ese periodo.*
- ❖ *Más de 25 aeródromos, en los más apartados lugares, para romper el aislamiento, debido a la falta de caminos y territorio tan extenso.*
- ❖ *Entrega de títulos de dominio de tierras a más de 6.200 familias, con más de 577.000 hectáreas, arraigándolos así definitivamente en la provincia.*



Familia Vial Cosmelli, en formación.



Familia Cosmelli Munita, en formación.

- ❖ *Se creó el Parque Nacional Laguna San Rafael, que hoy es un hito turístico tanto nacional como internacional.*
- ❖ *Diseñó un plan caminero con sendas de penetración, lo cual permitió a los esforzados colonos poder transitar, al menos durante el verano, con cierta facilidad desde sus distantes predios hasta los centros poblados.*
- ❖ *Se estableció una línea regular de cabotaje entre Puerto Aysén y Puerto Montt, atendida por Empremar, con los legendarios barcos “Los Quellones”.*
- ❖ *Fundación de esta Villa Mañihuales, hoy próspera localidad sobre la Carretera Austral Norte.*

También en esa oportunidad el entonces intendente, don Gabriel Santelices, rindió un homenaje “Reconocimiento de Gabriel Santelices a Ex Intendente”, el periodista, que no pone su nombre dice:

El señor Santelices dijo que quería ser justo con un hombre “que, habiendo tenido una situación económica que le habría permitido vivir espléndidamente en cualquier otro lugar de Chile o el extranjero, prefirió vivir en Aysén. Se enamoró de Aysén y aquí entregó toda su vida y la sigue entregando”. Don Gabriel reconoció además que todo lo que él había aprendido sobre el arte de gobernar, que es una larga, dura y difícil tarea, se lo había enseñado el papá. Y aquí vino lo enaltecedor, porque dijo que aunque eran de tiendas políticas diferentes, el papá lo apoyó, lo alentó, lo entusiasmó por Aysén, para que siguiera su huella. Y terminó diciendo: “Por esos azares de la vida, el destino quiso que yo fuera su sucesor en la intendencia en el gobierno de Eduardo Frei”.

Un mes después de este acto, el papá volcó en su jeep. Su Parkinson ya estaba bastante avanzado, lo tenía muy rígido y casi inmóvil, pero quiso salir a cazar aves, lo que no debió hacer. Murió en su ley, con las botas puestas y dentro de su campo, el 15 de diciembre de 1990, a pocos días de cumplirse once años de la muerte de la mamá y con 86 años. Luego de una misa en la catedral de Coyhaique lo sepultamos en una tumba de piedra, bajo un coigüe, en un cementerio campestre a las afueras de la ciudad. En ese lugar descansa en la paz de Dios, como era su deseo.

HOMENAJE EN MEMORIA DE DON ATILIO COSMELLI ESTEVA¹.

Sesión 34^a ordinaria, Senado de Chile, en miércoles 16 de enero de 1991
presentada por el ex senador Hugo Ortiz de Filippi.

Señor Presidente, Honorables colegas:

Me he puesto de pie para rendir homenaje en memoria de un gran hombre recientemente fallecido:
Atilio Cosmelli Esteva.

Dedicó cincuenta años en cuerpo y alma a la fantasía de Aisén, embrujado por sus inconmensurables extensiones, sus variados climas y sus tempestades y angustias.
Se enamoró de esa tierra. Es más: la intuyó antes de pisarla.

Llegó a pocos años del despertar de Aisén. En sus muchos relatos, este hombre con alma de poeta decía: “Cuando yo llegué, había incendios que duraban seis meses, se oscurecían los cielos, las cenizas llegaban hasta las costas del Atlántico. Miles de hectáreas ardían, los colonos embravecidos por la selva impenetrable, prendían fuego. Un daño tremendo a la ecología sin duda, pero ha sido el costo que ha debido pagar muchas veces la humanidad.

El gran error, fue que no hubo preocupación de los gobiernos de entonces, que debieron haber proporcionado semillas de pastos a los colonos para afirmar los suelos de esa tierra, vigorosa y fértil. Las cenizas volaron durante años.”.

Atilio Cosmelli nació en Valparaíso, en 1914. Su juventud la vivió en España, donde se presentó voluntariamente, a los 22 años, en la Falange Nacionalista, lleno de ideales. Participó tres años en la revolución, donde recibió condecoraciones por actuaciones destacadas.

Posteriormente viajó a Chile, por mandato de su padre, a ver algunos intereses que había dejado en el país. Estando ya aquí, contaba:

“Decidí irme a Tierra del Fuego por un año para hacer una prueba física de autodisciplina; necesitaba probarme para irme a Aisén; quería saber cómo era de cruda la vida en la soledad del campo patagónico. Así aprendí el manejo de la voluntad”.

Con la tenacidad propia de los hombres de su temple, unido a ello el hecho de la sangre española que corría por sus venas, y con el espíritu de aventura y afán de descubrir nuevas tierras, no se doblegó ante nada y cumplió todas las tareas que esta empresa le significó.

Fue un poeta, un marino, un soñador, con los pies bien puestos sobre la tierra, y además, un gran realizador.

Como marino, se dedicó primero a la explotación y comercialización de la langosta desde la isla Juan Fernández a Valparaíso, para lo cual viajó a Nueva York, donde pasó un año y adquirió una goleta-velero que condujo a Chile en pleno inicio de la segunda guerra mundial: “El Starling”, considerada una de las goletas-veleros más marineras y bonitas de la época. Desgraciadamente, en uno de sus primeros viajes

naufregó, lo que motivó a Atilio Cosmelli a intentar trabajar en el cabotaje en el lago General Carrera, ese maravilloso e inmenso lago, el más grande de Chile y el segundo de América. Fue así como se radicó durante 15 años en Chile Chico, donde se le recuerda con admiración y cariño. Allí estuve esta semana, pudiendo constatar que su muerte produjo un gran impacto, al igual que en todo Aisén.

Aisén se pobló primero por la frontera, siendo Balmaceda la localidad más antigua, y posteriormente, en 1918, Chile Chico, llamado así por los chilenos que fueron expulsados de la Patagonia argentina y buscaron en esa zona un lugar para vivir.

Paralelamente, en esos años el Gobierno designó a Moraleda, un marino, y luego, al comandante Simpson, para explorar las costas del litoral chileno.

Fueron tan cuerdos, sabios e intuitivos, que el comandante Simpson desembarcó donde hoy se encuentra Puerto Aisén; avanzó en unas chalupas por el río que ahora lleva su nombre, hasta las praderas naturales, actualmente centro ganadero, e intuyó, siendo marino, que debía sembrarse pasto ovillo, el cual no ha podido ser reemplazado por otro mejor.

Fue en esos años que el Gobierno empezó a preocuparse por dicha provincia, dividiendo este enorme territorio, de más de 100 mil kilómetros cuadrados, en tres grandes sociedades que fueron dadas en concesión: Estancia Ganadera Valle Chacabuco, Sociedad Industrial de Aisén y Sociedad Ganadera Río Cisnes, cuyo presidente y director fue don Ismael Pereira Iñíguez, quien curiosamente, sin mediar contacto alguno y sin que se conocieran siquiera, sería más tarde suegro de Atilio Cosmelli.

El señor Pereira, con el mismo espíritu y la misma sangre castiza de Atilio Cosmelli, había iniciado en los años 20 una obra similar en esas remotas latitudes, al formar la gran Estancia Cisnes. Quizás su ejemplo fue determinante en su hija Luz Pereira Lyon, con quien posteriormente contrajo matrimonio Atilio Cosmelli, participando después junto a él en cada paso que dio, compartiendo los mismos sinsabores, iguales privaciones, prolongadas separaciones, pero a la vez, las mismas esperanzas y alegrías. Todo esto no habría sido posible sin el apoyo y el amor que recíprocamente se brindaron.

Fueron ellos los que formaron profundos valores en sus ocho hijos, en sus nietos y en quienes los rodearon. Con justa razón, Atilio Cosmelli decía que su familia ya tenía generaciones relacionadas con la arisca Patagonia.

En 1958 fue designado Intendente de la provincia por el entonces Presidente de la República, don Jorge Alessandri Rodríguez, radicándose en Puerto Aisén, capital de aquélla en ese momento. Fue en 1960 cuando el Gobierno redactó la Ley de Colonización, que asignaba 600 hectáreas a título gratuito a cada chileno que se avencindara en esos lugares. De este modo, aquellos colonos que, junto a sus mujeres e hijos, abrieron caminos con un machete por el bosque y los fachinales buscando dónde instalarse y construir una vivienda, aunque fuera precaria, pudieron optar a sus títulos de dominio y consolidar nuestra soberanía en los lugares fronterizos.

Así se ha hecho la Región, señores Senadores. Y hombres como Atilio Cosmelli han jugado un papel relevante en todo esto.

Como Intendente de Aisén, tiene el mérito de un récord en la normalización de la tenencia de tierras, que para los colonos resultaba y resulta de gran importancia. Además de su cargo, debió actuar como juez, para evitar problemas entre los colonos. Creó un tribunal mediante el cual lograba acuerdos frente a discusiones por límites precisos, riegos y otros aspectos. Dentro de sus anécdotas, contaba: *“Me acusaron en el Congreso de tener un tribunal ilegal”*. Junto con solucionar conflictos graves entre los colonos, que defendían sus tierras a costa de cualquier sacrificio, permitió la consolidación y permanencia de muchos de ellos en aisladas, alejadas e inhóspitas tierras.

Durante su período de Intendente gestionó la construcción de pistas aéreas, volando por lugares de fuertes turbulencias, con todos los riesgos que ello involucraba. Pero estas canchas aéreas harían factible un mayor desarrollo, ya que se podría llegar a lugares a los que por tierra resultaba imposible acceder.

Fue gestor de la primera división administrativa y política de la provincia de Aisén, hoy Undécima Región, creando las primeras provincias y comunas.

En esos años llegó también a la zona doña Eugenia Pirzio Birolli. Con Atilio Cosmelli y su familia conversaron, analizaron y llevaron adelante una serie de ideas, fundándose Puerto Cisnes. Atilio Cosmelli, junto a la señora Pirzio Birolli, gestionó, entre otras, cinco grandes realizaciones para Puerto Cisnes: el aeródromo, la escuela de la localidad, la construcción del muelle, la creación de la comuna y la dotación de un grupo electrógeno para dar luz durante algunas horas del día. Hoy es ésa una ciudad pequeña, pero pujante.

Fundó la Villa Mañihuales, donde poco antes de su muerte la comunidad, como intuyendo su partida, le rindió un cálido homenaje, en el que destacaron las palabras del ex Intendente señor Gabriel Santelices.

Trabajó en esos años por un proyecto de Carretera Austral, que vio concretado por la obra del Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden.

Consiguió el primer vuelo de LAN-Chile a Chile Chico.

Siempre recordó que tuvo una especial preocupación, apoyo y contacto con el entonces Presidente de la República, don Jorge Alessandri, quien en forma personal se interesó por el desarrollo de esta remota provincia, que hoy constituye la Undécima Región.

Divulgó infatigablemente la realidad de Aisén, informando, entre sus conocidos, en diversas esferas y círculos de sus amistades, en la Capital y, además, en charlas y conferencias en escuelas y universidades, sobre la geografía, clima, recursos y bellezas naturales de esa tierra, entonces casi desconocida y legendaria para la mayoría de los chilenos, a fin de motivar una conciencia nacional en torno a Aisén. Su esfuerzo no fue vano. Y hoy todos se interesan en saber algo de esa tierra hermosa y promisoría, que aún está en pleno período de colonización, lo que justifica sobradamente un trato preferente.

En 1959 fueron honrados, junto a su mujer, por el Provincial General de los Siervos de María con una bendición especialísima, dada a muy pocas personas. Decía esa bendición: *“Por su generosidad hacia la Congregación en el Vicariato Apostólico de Aisén”,* tierra de misiones; y les conceden *“tanto durante la vida como después de la muerte, una especial comunicación en todas las misas, oficios, oraciones, ayunos, abstinencias, disciplinas y peregrinaciones que se hacen entre los religiosos de nuestra Orden”.*

Atilio Cosmelli fue pionero de la zona. Conocía, a fondo la realidad de Aisén. Se ganó el respeto de aquellos que lo conocieron y de quienes oyeron sus hazañas. Trabajó con generosidad por la tierra aisenina, para originar progreso. Y su ejemplo, sin duda alguna, ha sido reconocido por todos. Con una goleta de su propiedad, piloteada por él mismo, en compañía de su mujer y sus hijos, recorrió los estuarios, el litoral y las islas, contactándose con pobladores de los lugares más remotos y aislados, ayudándolos en sus proyectos y afanes, dándoles consejos, animándolos en sus iniciativas, alentándolos en sus tareas. Fue uno de los primeros en visitar la laguna San Rafael y los ventisqueros, y en divulgar el potencial turístico de la Región. Era un enamorado de la zona y colaborador incansable para lograr el progreso.

A fines de 1964 trasladó su residencia a Coihaique, para instalar una moderna industria maderera, que hasta la fecha es una de las más importantes de la Región.

Trabajó activamente en todos los frentes, sabiendo que muchos de sus esfuerzos sólo tenían una recompensa espiritual. Pero era feliz sirviendo en esas tareas, ya que fue un idealista y un romántico hasta el día de su muerte.

Participó también en política, como una manera de canalizar sus esfuerzos en forma más adecuada, haciéndolo a través de un partido político, porque estimaba que era la manera más efectiva de colaborar.

Además de Intendente, en 1969 fue candidato a Diputado por el Partido Nacional. Y posteriormente, dirigente y fundador del Partido Renovación Nacional en la Región, gozando del respeto de todos los sectores y de la admiración y el cariño de todos los militantes. En lo personal, le estoy agradecido por sus consejos y por la ayuda que me brindó.

Fue un hombre de gran estatura moral, recto, de una sola línea, preocupado de crear cosas, de enriquecerse intelectual y espiritualmente en forma permanente. Tan interesante fue su vida en el mar y en el campo como en la política. Tuvo aserraderos en las montañas y varios campos en diversas partes, siendo uno de los puntos principales de sus actividades como agricultor su campo de San José de Mallín Grande o la llamada “Meseta Cosmelli”, ubicados a orillas del lago General Carrera, en el paralelo 47, lugar en el cual lo acompañé cuando enfrentó problemas con gente ajena a su campo, en los tiempos en que se preconizaba la reforma agraria. Sin embargo, gozaba del cariño y respeto de sus trabajadores, con quienes mantuvo siempre una relación muy estrecha.

Habían impresionado, sin duda, a ese joven soñador los relatos de Don Bosco, fundador de la Orden de los Salesianos, cuya principal preocupación fue el abandono en que se encontraban los habitantes de la Patagonia.

“Este hombre santo solía tener un sueño recurrente en que anunciaba que en el paralelo 47 del hemisferio sur existiría en el año 2000 una ciudad que regiría los destinos del mundo”.

Nos relató también la leyenda de la Ciudad de los Césares: *“Cuenta la leyenda que los náufragos de los barcos que viajaban de la opulenta Europa pasando del Atlántico al Pacífico Sur por el Estrecho de Magallanes, caminaron por instinto buscando un lugar amable y un clima generoso. Se dice que los tesoros enterrados por ellos, y que han sido seriamente buscados, se encuentran en la Región del Lago General Carrera, en el paralelo 47”.*

Decía Atilio Cosmelli: *“Nos acercamos al año 2000, y se avecinan para esta zona grandes bendiciones. Coinciden estas profecías con los recursos naturales de la zona: lago poderoso, cuenca, los ríos más caudalosos de Chile, siendo una de las zonas más auríferas del continente, donde se proyectaban grandes explotaciones mineras. Hoy la Carretera Austral ha incorporado un vasto territorio de Aisén a la economía y a la geografía del país”.*

Poco antes de su muerte, ocurrida el 15 de diciembre recién pasado, Atilio Cosmelli decía: *“¡Quién hubiera imaginado que mientras estuviéramos vivos iba a haber un camino, puentes, comunicación, avión y carretera! ¡Ya se produjo el despertar de Aisén! “Tarde o temprano, todo lo que ves sin nieve deberá poblarse”. Y tenía razón.*

Es éste un momento de profunda tristeza, pero, a la vez, de una gran admiración para aquellos que lo rodearon y conocieron, para sus hijos y nietos, muchos de los cuales se encuentran hoy presentes en las tribunas de esta Corporación. Cincuenta años no han pasado en vano. Su vida, sus historias, sus leyendas, su gran aporte a la zona. Queda mucho por conocer de las cosas de Atilio Cosmelli. Se podría escribir un libro. Un trovador que calladamente, como era su estilo, fue convirtiendo sus sueños en realidad. Tuvo una vida plena de significado, dejando su ejemplo de trabajo, lealtad y sólidos principios a quienes seguimos viviendo en este mundo, en esa Región, y a las generaciones venideras.

Probó ser más fuerte y testarudo que esa naturaleza magnífica y despiadada. Siempre llegó a donde se propuso, gracias a que aprendió “el manejo de la voluntad”.

A pie, a caballo, en medio de la lluvia, de la nieve, del viento y del frío, entre las olas y el peligro, luchó por conquistar esa tierra de Aisén. Murió recorriendo su campo, en un lamentable accidente.

Nos sentimos orgullosos de que sus restos descansen para siempre en esas tierras que él tanto amó. Desde el Senado de la República digo, junto a su familia, a la gente de la Región y a quienes lo conocieron:

“¡Trataremos de seguir tu ejemplo, amigo Atilio Cosmelli Esteva!”.

He dicho, señor Presidente.

El señor VALDÉS (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Díez.

El señor DÍEZ.- Señor Presidente, quiero adherir personalmente, y también en nombre de Renovación Nacional, al sentido homenaje rendido a don Atilio Cosmelli, hombre al que Chile debe mucho y a quien tuve el honor de conocer. Además, trabajé con él cuando recién asumió la Intendencia de Aisén. Muchas gracias.

El señor SIEBERT.- Pido la palabra, señor Presidente.

El señor VALDÉS (Presidente).- Tiene la palabra Su Señoría.

El señor SIEBERT.- Señor Presidente, con relación al homenaje rendido por el Honorable señor Ortiz, solicito que se oficie a la familia de don Atilio Cosmelli transcribiéndole las expresiones de Su Señoría, como asimismo que se haga llegar a los medios de comunicación copia de ellas, con el objeto de que sean publicadas.

El señor RUIZ-ESQUIDE.- También en nombre del Comité Demócrata Cristiano.

El señor SULE.- Y del Comité Radical Social Demócrata.

El señor ALESSANDRI.- Y del Comité Independiente.

El señor VALDÉS (Presidente).- Se enviará la comunicación pertinente, en nombre de los señores Senadores y Comités que adhirieron al homenaje.

LAS RAMAS



Para terminar, haré un recorrido muy escueto de las ramas que se formaron a partir de Atilio y Luz y que se siguen ramificando en numerosos nietos y biznietos.

La Pilar, se casó con Guy Heiremanns, el 16 de mayo de 1970. Y partieron a Coyhaique, pues, en el hospital se necesitaba un genio silencioso. En esos tiempos, contaba Guy, le tocó hacer de todo, desde sacar un bistec atragantado a una gorda señora de un gran puñetazo en la espalda, hasta recorrer cerros nevados para auxiliar a cualquier necesitado de su medicina. La Pilar, al mismo tiempo, atendía niños desnutridos. Nacieron allá, sus tres primeros hijos, que para mi papá fueron como propios, pues vivieron con él. Nuestro querido doctor y psicólogo de la familia, nos abandonó sorpresivamente el 1 de noviembre del año pasado. Vino la muerte como un ladrón, y sin que él se diera cuenta, murió después de un pequeño suspiro dejándonos con una profunda pena. Hoy en día, ayudada por sus hijos, la Pili, es agricultora en Almahue.

La Nina se casó el 9 de junio de 1972 con Fernando Bezanilla, Dios les regaló un matrimonio durante 30 años, del que nacieron 5 hijos. Siendo los dos últimos pequeñitos, comenzaron avatares, penosos de contar, que terminaron con la noticia de un cáncer que se llevó a Folio el año 2004. Sus genes alemanes le permitieron, con enorme responsabilidad y cariño, dejar muy protegida a esta linda familia, para que los niños continuaran estudiando y creciendo unidos. La Nina, con el apoyo de familia, desarrolla un trabajo incansable en Aysén, a orillas del lago Elizalde, aportando una presencia entretenida y laboriosa a la zona.

León, el mayor de los hermanos, se casó con Bernardita Munita el año 1973. Dios les regaló diez hijos, uno de los cuales ya está en el cielo, Tomasito, que continúa estando muy presente. Se fueron a Aysén el año 1979 con tres niños, allí creció su familia. Lo que fue para mi papá un gran motivo de orgullo. Luego de 10 años de trabajar en campo, madera y diferentes faenas, regresaron para llevar a sus hijos a la universidad en Santiago. Almahue se perfilaba también, como una fuente de trabajo, la división realizada entre los hermanos ha hecho posible que cada uno trabaje su pedazo. Hoy se ve realizado como productor de finos vinos y múltiples proyectos de apoyo a la cultura y buenas costumbres.

La Nieves se casó con Gabriel Edwards, "el Flaco", el 9 de junio de 1979. Sus tres hijos hombres, han heredado el inmenso amor por la vida Nancahuina y se proyectan para hacer sus familias en la zona de Colchagua, donde "el Flaco" se crió y absorbió toda la sabiduría del campo, lo que lo hace ser hoy día un agrónomo destacado también en Almahue. La Nieves, y las dos hijas mujeres, desde sus profesiones de arquitectura y sociología, con enorme espíritu de servicio y creatividad, contribuyen a embellecer todo lo que esté destruido en la zona, levantando tanto caserones como casitas y también el ánimo y la entereza a quien lo necesite.

La Luz, se casó con José Manuel Eguiguren Guzmán en abril de 1980, en pascua de resurrección. Este romántico encuentro se produjo cuando Jorge Bulnes, mi marido, vio que eran dos almas complementarias que había que presentar. Efectivamente, nos juntamos los cuatro a tomar té en el Club de Golf, y desde allí no se separaron más. Ellos tienen 5 hijos, de los cuales, Ignacio es el rey. Dios lo ha visitado de una manera especial permitiendo para él una enfermedad invalidante, una cruz física, la que ha sabido llevar con una entereza y alegría ejemplar. Esto ha sido un testimonio, no solo para la familia, para el movimiento apostólico Manquehue, que formó José Manuel, si no que trasciende hasta límites desconocidos. De esta fuerza que suman José Manuel, la Luz, Ignacio y los demás hijos y los oblatos benedictinos, han nacido tres colegios, además de toda una obra

de comunión hacia el interior de las antiguas congregaciones benedictinas del mundo. También un fruto maravilloso, es el monasterio emplazado en San José de Mallín Grande, donde mi papá lo soñó y, secretamente, a mí me lo dijo muchas veces.

La Gati, la menor, se casó el año 6 de noviembre de 1982 con Carlos Vial Izquierdo quienes aceptaron encantados la oportunidad de irse a trabajar a una empresa pesquera en Aysén. Como los hijos iban llegando seguiditos, ella organizó un jardín infantil que hoy es un gran colegio, Santa Teresa, que cuenta con una preciosa infraestructura en la que ha participado la familia Vial completa. Ellos comparten hoy día el fundo San José de Mallín Grande y, generosamente, quisieron donar una parte de él para hacer realidad el monasterio benedictino, que allí está para ayudar espiritualmente a toda la zona y, de forma especial, a nosotros. Todos los años, se instalan los diez hijos Vial Cosmelli, con sus padres y muchos amigos, y al trabajo que conlleva la estadía allá, se sumó este año, el de desarmar la casa después de un triste incendio, para pronto volver a construir.

Yo, me casé el 9 de enero de 1987 con Jorge Bulnes Cerda, visionario celestino de la Luz. Después de un pololeo que se prolongó bastante, pues no se compatibilizaban la vocación de evangelizar que él sentía como un fuerte llamado, se nos aclaró que juntos podríamos emprender esa hermosa tarea, que de hecho realizamos como catequistas itinerantes durante 23 años, recorriendo desde Iquique a Ancud, y que hoy continuamos en el día a día, con la ayuda de Dios, en cualquier parte donde podamos. Pues transmitir, lo que para nosotros es una buena noticia y vivir la fe en comunidad, no necesita ya de grandes viajes. Estamos, junto a nuestras dos preciosas hijas adolescentes, las que siempre han participado con entusiasmo de este camino de fe, instalados en Santiago, saboreando ya lo que es estar en la tercera edad y tener como regalo de mis padres nuestra casita sencilla y preciosa en Almahue.

Cristóbal se casó con Mariela García, el 7 de junio de 1991, hija y nieta de colonos también venidos de España a la onceava región. Hoy tienen su casa en Puerto Varas, aunque Cristóbal trabaja en su campo en Coyhaique, debe además recorrer a sus tres chiquillas, que en este largo Chile, se le han desparramado por sus distintas carreras universitarias. La Mariela nos acoge a todos, con ricos preparativos culinarios y un gran corazón, a orillas del lago Llanquihue.

255 Ridgeway Drive
Palm Beach, Florida 33480
(407) 845-0685

6 Diciembre 89

Querido Tilo,

hace medio siglo, nos conocimos en una isla en guerra y nuestra amistad fue inmediata. Recuerdo como hoy, tu expresión "compenetración" para hablar de solidaridad y disciplina a nuestros miserables y semi-analfabetas "tropas" de la Falange Naval. Nada me olvidado. - Gracias a Eduardo Solá Franco, he recibido un artículo (La Década América: Finales 47) que me ha conmovido en lo más profundo, sacando a flote todos los recuerdos de adolescencia y juventud tan ligados a tu amistad y compañía.

¿Recuerdas que me habías prometido,
que yo sería un pintor célebre, y tú
un "conquistador" millonario!...
Por el artículo veo que la realidad
ha sobrepasado tus sueños, eres
más de lo que ambicionabas, (porque
siempre fuiste modesto) - El valor,
los valores, que yo admiraba en ti,
se han revelado aún más profundos.
~~Has tenido la vida que merecías (salvo~~
~~la triste y prematura desaparición de Lucy).~~
He encontrado este esbozo al lápiz
(muy mala foto) de Lucy, dibujado por
tu servidor en Buenos Aires...

Te ruego me digas algo, aquí, donde
resido en invierno (y trabajo) - Creo
que mi mayor alegría (antes de pasar
del otro lado) sería que pudiéramos reen-
contrarnos una vez (Yo he cumplido 70 este
año, imagino que tú estarás por los 73?)
Pronto, unas líneas, o un golpe de teléfono
Un abrazo de tu "camarada" Alejo

EPÍLOGO

Queridas hijas Bárbara Clara y Anita Rosa, hermanos, sobrinos y sobrinos nietos, quienes me inspiraron para hacer este libro, estos son recuerdos de una niña cuya mente captó muchas cosas de lo que pasaba a su alrededor y he querido relatarlas, sin entrar en las profundidades.

Ahora de adulta se que las profundidades del ser humano son insondables, que la procección que llevamos por dentro es complicada, que el problema más grande que tenemos que resolver en esta vida es existencial ¿quien soy? ¿para que estoy en esta vida? ¿qué sentido tiene todo? ¿que dirección? y que también vivimos insatisfechos pues no tenemos la respuesta.

Es nesesario que seamos un poco filosofos que tengamos tiempo de sentarnos, solitarios y silenciosos, y busquemos la respuesta profunda. Jesucristo la dio con su vida, venció el miedo a la muerte, pudo entrar en ella por amor y salir resucitado. La Fe es un regalo que hay que pedir y también buscar, a veces es como la llamita de una vela vacilante a punto de apagarse, otras como una fogata, pidamos esa fuerza de salvación, mis papás fueron muy consientes de sus fragilidades y supieron mil veces invocar esa ayuda que viene de lo alto. Es importante recordar que está dicho: pedid y recibireis, una gran promesa.

Dios quiera seguir sembrando, cuidando a todas las nuevas generaciones para que podamos disfrutar luego de bienes que no perecen en una eternidad, todos cerca en la comunión de los santos.

Atilio Cosmelli Esteva cc Luz Pereira Lyon

León cc

Bernardita Munita Izquierdo

Pilar cc

Guy Heiremans Etchevery (†)

Carolina cc

Fernando Bezanilla Urrutia (†)

Luz cc

José Manuel Eguiguren Guzmán

Bernardita cc Bernardo Larraín Matte

María

Clara

Bernardo

Jacinta cc José Manuel Domínguez Acuña

José

Lucas

Jacinta

Santiago

León cc María José García-Huidobro Rivas

Amparo

Eloisa

León

Rosalía

Atilio cc Francisca Piwonka Ariztía

Amalia

Atilio

Francisca

Lucía

José Tomás

Tomás (†)

Teresita cc José Luis Délano Méndez

José Luis

Jerónimo

Jorge

Teresita

Sara

Felipe cc Antonia Gutiérrez Cisternas

Federico

María Luisa cc Jose Pedro Scagliotti Ravera

Julia

Rosa

Martín cc Fernanda Costa Codou

Bautista

Juana

Elisa cc Felipe Carey Astaburuaga

Julián

Lucio

Colomba cc José Concha Subercaseaux

José

Paloma

Gracia

Carolina cc Luis Rivadeneira Urrutia

Carolina

Blanca

León

cc Clemente Pérez Errázuriz

Fernando

Lourdes

Álvaro

Sofía cc Jose Antonio Berríos Cruzat

Lucía

Ana

Cristobal cc Catalina Silva Puga

Amelia

Antonia

Diego cc Fernanda Grez Castro

Diego

Martín

Lucía

Ismael cc Magdalena Price Elton

Magdalena

Elisa

Agustín cc Magdalena Tyrer Krause

Colomba

Silvestre

León

Lia

Pilar cc Gustavo Price Elton

Elena

Samuel

Ana

José Manuel cc Rosa Castro Zarzur

José Manuel

Pedro cc Rosario Burgos García Huidobro

Juan Pedro

Blanca

Ismael

Domingo cc Magdalena Baeza Santa María

Ignacio Justino

Atilio

Domingo Aurelio

Ignacio (†)

María de la Luz cc Arturo del Río Fernández

Luz Juanita

Sara María

Bárbara cc
Jorge Bulnes Cerda

Cristóbal cc
Mariela García Gutiérrez

Nieves cc
José Gabriel Edwards Fernández

Gracia cc
Carlos Vial Izquierdo

Mariela
Trinidad
Isabella

José Gabriel cc Macarena Crespo Parro
Ángela
Alicia
Victoria
Santiago cc Trinidad Calvo Aldunate
Isidora
Gracia
Lucía
Juan Atilio
Nieves cc Nicolás Emden Hortal
Leonor
Aurelio
Adela
Antonio cc Javiera Santibañez Peralta
José Domingo
Carmen
Francisco
Rosario

Bárbara cc Benjamín Méndez Rodríguez
María de Loreto
Benjamín Jorge de Loreto
Clara de Loreto
Ana Rosa

Carlos
Gracia cc Guillermo Toro Parot
Inés María
Simón Guillermo
Gregorio José
Nicolás cc Bernardita Ariztía Moreno
Alicia
Julia
Juan Nicolás
Gastón
Catalina cc Tomás Rivadeneira Hurtado
Javier
Santiago
Antonio
Tomás
Margarita cc Santiago Henríquez Cox
Luz
Rosa
Pedro
María cc Fermín Hughes Urruticoechea
Sara
Bosco
Lucía
María Ignacia
Isabel

Al presentar esta segunda edición con pequeñísimas correcciones y el cuidado atento de la Gracia Vial, que me ha ayudado a levantar este proyecto, quisiera destacar, animar y agradecer a Dios la presencia en la región de Aysén, de tantos integrantes de la familia, también conyuges, hijos e hijitas que han sentido el llamado de hacer en esas tierras su lugar de vida, de trabajo y re-creación, porque de esta manera se contribuye a Chile, a hacer de la patagonia chilena un lugar fraterno, más próspero y más hermoso aún.